

LOS ARTRÓPODOS EN LA MITOLOGÍA, LA CIENCIA Y EL ARTE DE MESOPOTAMIA

Víctor J. Monserrat

Departamento de Zoología y Antropología Física, Facultad de Biología, Universidad Complutense, 28040 Madrid (España)
– artmad@bio.ucm.es

Resumen: Tras una breve introducción sobre los primeros asentamientos humanos durante el Neolítico, entraremos en las civilizaciones mesopotámicas.

Ya en ellas, comentamos primero, de forma general, los animales que aparecen en su mitología, creencias y manifestaciones prácticas y artísticas, y posteriormente nos centramos en los artrópodos en particular, siendo los mesopotámicos quienes por primera vez en la historia los dibujaron sobre cerámica y los que escribieron sus nombres en sus textos (multitud de órdenes y grupos citados son aún hoy día reconocibles), aportando las primeras listas taxonómicas y los primeros textos de entomología aplicada. Estudiaremos los artrópodos que dibujaron y que aún permanecen en el cielo, los que plasmaron en sus creencias y en su mitología, muy frecuentemente representados en muy diversos objetos y sustratos, y nos detendremos en la importancia simbólica, ritual, aplicada y económica que tuvieron algunos insectos benéficos y otros más maléficos o destructores, que abundan entre sus dioses, deidades, manifestaciones artísticas y textos.

También citamos algunos artrópodos vinculados a su medicina, con sus conocimientos sobre algunas dolencias de índole entomológica y con ciertos artrópodos ectoparásitos y el uso terapéutico de escarabajos cantháridos.

Aportamos otros numerosos ejemplos sobre la "entomología mesopotámica", citando información sobre otros artrópodos de los que los mesopotámicos nos dejaron constancia sobre sus conocimientos y creencias, y que plasmaron en sus manifestaciones artísticas, prácticas, comerciales, científicas y literarias.

En todos estos elementos mesopotámicos hallamos antecedentes de conocimientos, mitos y creencias que, en algunos casos, aún perduran en Occidente, ya que a través del contacto con los persas llegarán al Helenismo, y cuya herencia recogerá y hará suyo el mundo romano, y a través de Roma y la Biblia llegarán al cristianismo, quien recibirá posteriores y nuevas influencias mesopotámicas a través del Islam, ya entrado el Medioevo.

Palabras clave: Artrópodos, entomología cultural, entomología aplicada, arte, Mesopotamia.

Arthropods in the mythology, science and art of Mesopotamia

Abstract: After a brief introduction on the first human settlements of the Neolithic period, we move on into Mesopotamian civilizations.

We discuss, first, their animals in general, and subsequently their arthropods in particular; the Mesopotamians were the first to draw them on ceramics and write their names in their texts (many recorded orders and groups are still recognizable today), providing the first taxonomic lists and the first texts on applied entomology. We study the arthropods they drew in the sky, which still remain, those which shaped in their beliefs and mythology, very often represented on a variety of objects and substrates, and we dwell on some other arthropods of symbolic or ritual importance, other beneficial insects of economic / applied relevance and others with destructive powers, which abound in references among their myths, deities, artistic manifestations and texts.

We also mention some arthropods associated with their medicine, showing some entomological knowledge on some ailments and certain ectoparasitic arthropods, as well as the therapeutic use of cantharid beetles.

We provide numerous other examples of "Mesopotamian entomology", citing information on other arthropods of which the Mesopotamians left us evidence on their knowledge and beliefs and which populate their artistic manifestations and their scientific and literary texts.

All this is background knowledge, myths and beliefs that, in some cases, still remain in the West, since through their contact with the Persians they reached Hellenism, and whose legacy would be received and endorsed by the Roman world, and that through Rome and the Bible would reach Christianity, which later would receive new Mesopotamian influences through Islam in the Middle Ages.

Key words: Arthropods, cultural entomology, applied entomology, art, Mesopotamia.

Introducción

Después de haber abordado frecuentemente el interés que, desde nuestro punto de vista, posee el dar a conocer la presencia y significación de los artrópodos en muy diversas manifestaciones culturales humanas (Pintura, Escultura, Arquitectura, Urbanismo, Arqueología, Literatura, Grafiti, Tatuaje, Cine, etc.), dentro de lo que ha sido considerado como Entomología Cultural (Hogue, 1975, 1979, 1980, 1981, 1987), de haber introducido y discutido la casi generalizada ausencia de obras que relacionen la Entomología con estas parcelas del hacer humano, y de haber abordado la cuestión en temas tan diversos como los que van del Grafiti Ibérico y las ciudades de Venecia y Florencia a las Piedras Duras y la Numismática greco-latina, de la Arquitectura Ibérica y el

Tatuaje a autores como Heródoto o Cervantes, desde la presencia de los artrópodos en el origen de la abstracción y la figuración humana a la presencia de algunos órdenes de insectos y quelicerados en el Arte o en la obra de artistas y autores que van desde Picasso, van Gogh y El Bosco a Goya, Dalí, Buñuel o Almodóvar (Monserrat & Aguilar, 2007; Monserrat, 2008, 2009 a, b, c, d, 2010 a, b, c, d, 2011 a, b, c, d, e, f, 2012 a, b; Monserrat & Melic, 2012), iniciamos con esta nueva contribución una nueva línea de artículos, mucho más generales, sobre la Entomología presente en las diferentes civilizaciones conocidas. Comenzamos con la/s Civilización/ones Mesopotámica/s, génesis de la Historia y de todo lo que, incluida la Entomología, llegaría después (Schmökel, 1965;

(Smith, Mittler, & Smith, 1973; Schimitschek, 1977; Lara Peinado, 1989, 1999, 2000; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Ascalone, 2008; Algaze, 2008; Foster, 2011).

En estas contribuciones mayoritariamente lamentábamos la permanente ausencia de trabajos entomológicos previos que trataran la obra de estos autores o de los temas abordados, hecho que, como citábamos, es un elemento casi constante. En el caso del tema que nos ocupa, existe una abundante información sobre el mundo zoológico-entomológico mesopotámico (ver bibliografía general), pero mayoritariamente está enfocada hacia elementos mitológicos, históricos, artísticos o, a veces, culturales-científicos, y en cualquier caso está muy dispersa y, como era de esperar, no existe, que sepamos, ninguna contribución que compile la abundante información entomológica existente, y que nos permita una visión global, ya que las únicas referencias al respecto que hemos hallado tratan a los animales mesopotámicos en su conjunto, con escasa incidencia en nuestros artrópodos, aunque merecen destacarse ciertas obras que mayoritariamente se dedican a la imagen y significación de ciertos insectos y del escorpión en particular (Catherine, 1929; Van Buren, 1937, 1939; Rawson, 1997; Cloudsley-Thompson, 1990; Collins, 2002).

Paliar esta entomológica carencia es el motivo de esta nueva contribución, en la que intentamos abordar de forma integral, y por primera vez en la bibliografía disponible que hemos consultado, la Entomología en una/s Civilización /es que es/ son la cuna de todo lo que vino después en el largo camino social, cultural y técnico de la humanidad. Génesis de mitos, religiones y creencias que afectaron en su base a los propios inicios de Occidente (Prada, 1997; Yoffee, 2005), y que fueron el origen de la Historia, la Civilización, la Cultura, la Escritura y la Literatura, y con ellas de la Ciencia y de la Entomología primevas (Lambert, 1960; Smith *et al.*, 1973), y nos estamos refiriendo a la/s Civilización/es Mesopotámica/s (Wagner, 1999; Algaze, 2008).

Haremos especial hincapié en su particular entomológico mundo, muchas de cuyas creencias y conceptos parcialmente aún permanecen en nuestros días, ya que a través de su expansión y de los contactos comerciales y bélicos ejercerían una enorme influencia en los pueblos y regiones periféricos, llegando a los del Mediterráneo primero, y con ellos a la Grecia Clásica después (Thoorens, 1977; Penglase, 1994), quien transmitirá su herencia a otros pueblos mediterráneos, en el caso de Occidente, a los etruscos y a Roma, y que sumada a las abundantes referencias bíblicas nos traerán a Europa y a Occidente, nuevas remesas de sus conocimientos y herencia heredados de ellos y de los persas por los árabes, ya durante el Medioevo.

Lógicamente ya habíamos anotado alguna referencia a Mesopotamia cuando habíamos tratado temas generales como el origen de la abstracción y figuración humana (Monserat, 2011a), y evidentemente aparecen artrópodos mesopotámicos cuando se aborda cualquier obra relacionada con sus manifestaciones artísticas (ver bibliografía y enlaces) o cuando se abordan los artrópodos como tema cultural de una forma general (Melic, 1997, 2003), y especialmente cuando el tema está relacionado con Occidente en particular, como cuando comentábamos la Entomología en la obra del historiador griego Heródoto, o en el origen de algunos mitos que mostraba la numismática Greco-Latina (Monserat, 2011b, 2012a), siendo inevitables las referencias a Mesopotamia en muchos otros temas relacionados con la Cultura Occidental, incluso

contemporáneos (Monserat, 2010 b, c, 2011 c, 2012 b; Monserat & Melic, 2012).

Con una breve introducción a los primeros asentamientos humanos durante el Neolítico inicial, que acabaron por generar las primeras civilizaciones, poco a poco nos introduciremos en la/s Civilización/ ones Mesopotámica/s, e iremos centrando el tema, primero de forma general sobre sus animales, y posteriormente sobre los artrópodos en particular. Fueron ellos los que por primera vez en la historia los dibujaron sobre cerámica (escorpión) y quienes escribieron sus nombres en sus textos con una (su propia) escritura por ellos inventada (multitud de órdenes y grupos son aún hoy día reconocibles), y los que aportaron las primeras listas taxonómicas y los primeros textos de Entomología Aplicada (Smith, Mittler, & Smith, 1973; Schimitschek, 1977).

De todos estos artrópodos, estudiaremos los que dibujaron en el cielo (cangrejo y escorpión), donde aún permanecen desde entonces, los que plasmaron en sus creencias y en su mitología (mayoritariamente araña y escorpión), muy frecuentemente representados en diversos objetos y soportes, y con ellos llegaremos a los artrópodos que hallamos en sus manifestaciones prácticas y legislativas, como son los que aparecen en sus conocidos sellos y kudurrus, y nos detendremos en la importancia simbólica, ritual, aplicada y económica que tuvieron alguno de ellos (la abeja y sus derivados) y en otros más maléficos como la mosca o los devastadores saltamontes-langostas, que abundan entre sus deidades, iconografía y textos (Lám. 1, 2).

Citaremos también aquellos artrópodos vinculados a su medicina (Herms, 1939; Labat, 1951), e iremos viendo sus conocimientos sobre algunas dolencias de índole entomológica como la malaria, la esquistosomiasis, la filariasis y otras relacionadas con artrópodos ectoparásitos y el uso terapéutico de escarabajos cantáridos. Unido a todo ello anotamos información sobre la Entomología Mesopotámica, citando abundante información sobre otros artrópodos como otros escarabajos, mariposas, orugas, hormigas, grillos, cangrejos, ciempiés, libélulas, megalópteros y cucarachas que los mesopotámicos nos dejaron constancia sobre sus conocimientos y creencias y que plasmaron en sus manifestaciones artísticas, científicas y literarias. Todo ello como antecedentes de conocimientos, mitos y creencias que, en muchos casos, aún perduran en Occidente (Prada, 1997; Yoffee, 2005), ya que son numerosas las referencias mesopotámicas en la Biblia y también su influencia llegará al Helenismo a través del contacto con los persas (Thoorens, 1977; Penglase, 1994; Robertson, 1997) y cuya herencia recogerá y hará suyo el Mundo Romano, y de él pasará al Mundo Cristiano, y que, como hemos anotado, recibirá una nueva oleada de conocimientos mesopotámicos a través del Islam.

El mundo mesopotámico: orígenes, evolución y colapso

Tras las etapas iniciales de nuestra especie, y desde el Paleolítico Superior al Neolítico, la nueva climatología (con el fin de la última glaciación), las nuevas aportaciones culturales y técnicas, y los nuevos modos de vida, abrirán paso al origen de las civilizaciones tras el cambio trascendental en la forma de vida nómada a la sedentaria, a través de lo que se conoce como Revolución Neolítica (Cauvin, 1994).

De forma casi simultánea, y acabada esta última glaciación (c. 12.000 - 10.000 años), en los despejados valles fluviales de Mesopotamia, del Nilo, del Ganges y del Indo (Gomis, 1992), así como en otras muchas zonas de China y América, se generará la agricultura (trigo y avena en la zona, arroz y mijo en China, sorgo en África, maíz en América, etc.) y la ganadería (Cauvin, 1994; Lévêque, 1991), con un marcado sedentarismo, un nuevo componente organizativo y social, y un progresivo conocimiento de nuevas técnicas y herramientas, de la alfarería, del uso de los metales o la escritura, elementos que serán los encargados de aportar a la humanidad lo que conocemos como civilizaciones (Wagner, 1999; Algaze, 2008).

Dejando aparte las otras de las primeras civilizaciones asiáticas y americanas citadas, después del tránsito del Neolítico (que según las zonas suele datarse entre hace 10.000 - 3.000 años y que comprende desde el origen de la agricultura a la creación de las primeras ciudades) han sido varias las culturas y civilizaciones que a lo largo de los siglos se desarrollaron en el Próximo Oriente y Oriente Medio, dentro del marco geográfico limitado por el Mediterráneo, el Mar Negro, el Mar Caspio y el Golfo Pérsico, y que alcanzaron una mayor o menor desarrollo, hegemonía, duración, expansión o influencia en otras civilizaciones (Wolf, 1972).

Consideradas como las más iniciales de entre todas, entre ellas destacan sin duda las Civilizaciones Mesopotámicas (Lévêque, 1991; Wagner, 1999; Algaze, 2008; Foster, 2011), a las que dedicamos mayoritariamente esta contribución, en la que, al margen de la influencia que ejerció sobre ellos Egipto en el culto al escarabajo que citaremos, muy someramente haremos alguna referencia a los iniciales asentamientos de Anatolia, y a otras civilizaciones como la Hitita, la Fenicia, la Siria o la Persa en sus fases iniciales, especialmente al hablar de la apicultura, dentro de los escasos elementos entomológicos que se han conservado de esas civilizaciones ya que son casi inexistentes los datos que hemos obtenido de ellas en relación al tema que nos ocupa, y sólo habría que incluirlas muy honrosamente si el tema estuviera relacionado con las diosas Madre, la caza o grandes animales como los felinos o los ciervos, y sólo haremos algunas contadas referencias sobre estas culturas, ya que hemos centrado mayoritariamente esta contribución en la Entomología de la Civilización y Arte Sumerio - Acadio - Babilónico de los que se posee mucha más información y de la que se han obtenido numerosas referencias que posibilitan el estudio que iniciamos y que de forma esquemática hemos llamado mesopotámico (Oppenheim, 1977).

A diferencia de otras civilizaciones más o menos similares y coetáneas (Wolf, 1972), como es la Egipcia, las Civilizaciones Mesopotámicas resultan particular y paradójicamente mucho más desconocidas (Algaze, 2008; Foster, 2011), bien por la mayor antigüedad de sus restos, bien por lo poco perdurable o efímero de muchos de los materiales empleados (mayoritariamente adobe y no piedra), bien por la constante destrucción-resurgimiento de sus fases históricas, bien por la ausencia de datos de enormes periodos de tiempo frente a otros periodos mucho mejor documentados, bien por lo histórica-/ recientemente destruido-saqueado, o bien por lo que aún queda bajo el desierto. Todo ello agravado por una cierta confusión terminológica en la nominación (en Sumerio-Acadio-Persa-Fenicio-Hebreo-Griego-Latín-Arameo-Árabe) de lugares, deidades o personajes, y por la diversidad en las

posibles traducciones de estos nombres y datos al transcribirlos a otras lenguas escritas, especialmente indoeuropeas o semíticas (Thomsen, 1991).

En cualquier caso, la Civilización Mesopotámica representa el inicio de otra forma de vivir plenamente urbana, ligada a la agricultura, la ganadería y el comercio, al origen de las grandes ciudades, de la escritura, de la centralización del poder, de los ejércitos y las guerras, de la burocracia, de la especialización laboral, del Arte Monumental, de la Historia y la Literatura, del conocimiento no sólo oralmente transcrito y, por qué no, de la "Ciencia" (Lambert, 1960; Schmökel, 1965; Lara Peinado, 1989, 1999, 2000; Lévêque, 1991; Wagner, 1999; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Calvet, 2007; Ascalone, 2008; Algaze, 2008; Foster, 2011) y particularmente de la "Entomología" (Smith *et al.*, 1973; Schimitschek, 1977), y con todo ello representa, por alejado que se nos antoje, uno de los más directos e importantes primordios y antecesores de lo que hoy día llamamos Civilización Occidental (pondremos a lo largo de esta contribución multitud de ejemplos que lo avalan).

Con la milenaria experiencia en observar la Naturaleza que, desde sus inicios, el hombre desarrolló a lo largo de todo el Paleolítico, observando, aprendiendo y adaptándose a la multitud de cambios que ésta ofrecía, el hombre de las culturas neolíticas heredó sin duda un impresionante legado y un inestimable acervo de conocimientos sobre ella, pero ahora estaba aún más obligado a observarla y predecirla, ya que dependía de ella, no ya para obtener los recursos que espontáneamente y azarosamente la naturaleza le brindaba, sino para obtener, con su esfuerzo y previsión, el éxito en sus propias cosechas que se hallaban extremadamente vinculadas a los ciclos naturales y, por ende, empezará a tratar de controlarla tanto de forma física, por ejemplo con el acopio y desvío de sus recursos hídricos o con el inicio de la selección (no natural sino inducida por él) de las plantas y animales más convenientes para sus intereses, como a través de otras ayudas, tanto de la observación de los ciclos astrales como del empleo de cada vez más complejos ritos totémicos de fertilidad, en una apropiación de la Naturaleza que desde entonces practicaremos.

La magia para favorecer e inducir la caza que vemos en periodos previos, se prolongó, probablemente sin demasiados cambios, evolucionando para favorecer la fertilidad, las cosechas y traer la lluvia (aún permanece en la Cristiandad con cientos de procesiones locales invocando lluvias y nieves) y, consecuentemente, tanto plantas como animales (y los artrópodos con ellos) formarán parte indisoluble de sus rituales mágicos (Ciraolo & Seidel, 2002; Annus, 2010) y sus manifestaciones culturales y artísticas, si bien inicialmente se mantendrá, como atávica y totémica, la figura femenina relacionada con su propia reproducción y supervivencia, frecuentemente asociada con ciertos animales (Neumann, 1955; Gimbutas, 1991, 1996; Downing, 1999).

El rito y la magia se transformarían en gobierno y en religión, y uno y otra evolucionaban hacia prácticas más complejas conforme las sociedades también se hacían más complejas, formalizando y conexionando a los grupos, que acabarían por tener unas determinadas señas de identidad, y sin duda fue la religión el motor que transformó las aldeas en ciudades, el liderazgo en poder, y los grupos humanos tribales en civilizaciones (Klima, 1983; Huot, 1994; Leick, 2002; Algaze, 2008). El innato deseo de satisfacer las nece-

sidades alimenticias básicas tuvo que modificarse, especialmente ante el sacrificio que representaba el no consumir, sino guardar, un número suficiente de semillas para germinarlas en el periodo de la siembra, o el no sacrificar animales gestantes, hechos que generaron la idea del sacrificio personal que quedará vinculado desde este momento a todas las religiones.

Como ocurre en la Civilización Egipcia, en la Civilización que llamamos Mesopotámica, también es difícil trazar la barrera que establezca dónde y cuándo se da el tránsito entre la Prehistoria o la Protohistoria y la Historia, máxime sabiendo que la humanidad estaba ya suficientemente preparada para este salto, y que probablemente hubo varios intentos de los que poco conocemos, y sabemos que no existe demasiada solución de continuidad entre poblaciones y culturas pertenecientes a la Prehistoria y la Historia (Wolf, 1972).

Los asentamientos neolíticos de Anatolia, así como los de Egipto y del Próximo y Medio Oriente, inicialmente en cerros escalonados, demuestran la invención de técnicas complejas como el uso del ladrillo, pulido de objetos líticos, la rueda/ el carro, el torno de alfarería, el hilado, el arado, etc., dentro del contexto y logros de la llamada Revolución del Neolítico (Cauvin, 1994), en la que se va generalizando el cultivo de cereales silvestres como el trigo, la cebada, el sésamo y el mijo (El Faïz, 1995), y se genera la domesticación de ovejas, cabras, cerdos y équidos (Vila, 1998), apareciendo una configuración urbana cada vez más compleja (no de elementos aisladamente circulares, sino en agrupación cuadrangular en varios niveles), inicialmente sin espacios comunes ni aparentemente reservados a elementos de poder (ejemplo tenemos en Çatal Huyuk de Anatolia). Posteriormente aparecerán y se sumarán éstos a los de aparente culto-gobierno (poder) y a otros de marcado carácter defensivo (Huot, 1994), pasando de una organización colectiva-comunal (tribal) a la aparición de las élites-privilegios (familiar), necesitando nuevos elementos improductivos para mantener sus privilegios, su poder/ autoridad (jerarquía/ heredabilidad /guardias-sacerdotes/ ejércitos/ impuestos). Desde entonces poco han cambiado sustancialmente las cosas.

A todo esto se añadirá la progresiva utilización de los metales y un arte geométrico o con figuras naturalistas y estilizadas de hombres y animales y una estatuaría con pequeños ídolos femeninos. Las chozas paleolíticas se hicieron casas, y éstas se agruparon en aldeas que cooperaban consiguiendo mejoras en las técnicas de regadío y producción. Aparecen nuevas labores (arar, sembrar, escardar, segar, trillar, almacenar, moler, ordeñar, etc.) y nuevas herramientas que incrementaron enormemente la productividad. Aparecen nuevas técnicas como tejer, hilar, modelar, fundir, esculpir, escribir y un nuevo tipo de sociedad cualitativa- y cuantitativamente diferente (Klima, 1983; Huot, 1994).

La Revolución Neolítica les proporciona mayor bienestar, mejor alimentación, mayor esperanza de vida y capacidad de supervivencia, generando, sin duda, una mayor expectativa y, consecuentemente, un aumento de población, e indujo, con la existencia de excedentes de producción/tiempo de ocio, una mayor especialización manual de sus artesanos y una mayor complejidad organizativa, defensiva y social y, consecuentemente, comercial y cultural (Cauvin, 1994) y con ello se generan las ciudades (Huot, 1994; Wagner, 1999; Leick, 2002) y con ellas la arquitectura monumental con los palacios y el templo.

Conviene anotar que los mesopotámicos se preocupaban de la vida terrenal y no de la de los muertos, por tanto las edificaciones más representativas eran el templo y el palacio como centros del poder (con ausencia de otro tipo de edificios públicos, como para espectáculos y deportes, y solo como espacios “públicos” las murallas, canales de riego, puentes o puertas). El templo era el centro religioso, económico y político. Disponía de tierras de cultivo, rebaños, almacenes (donde se guardaban las cosechas) y talleres. Los sacerdotes organizaban los excedentes y el comercio, y empleaban a campesinos, pastores y artesanos, quienes recibían como pago parcelas de tierra para cultivo de cereales, dátiles o lana. Nunca anteriormente un espacio había sido poblado ni tanto tiempo ni por tantas personas a la vez. Las aldeas se harán ciudades amuralladas y los agricultores y artesanos diversifican tanto el trabajo como las piezas generadas. Unos gobernarán a otros, y surgirán las leyes y el derecho para proteger sus privilegios y las propiedades que se acumulan y con las que se comercia. Cada cual en sus viviendas, junto a palacios, templos, dioses, sacerdotes, servidores, artesanos, siervos y esclavos que gestarán las ciudades y los estados, cuya estructura marcadamente jerárquica-clasista aún conservamos.

A partir de este punto, la atávica (mamífero social-primatesco-simiesca) jerarquización de los grupos humanos se une a los excedentes de producción, apareciendo una nueva clase social que ni cultivaba las tierras ni cuidaba el ganado. Llegaron los artesanos, constructores, sacerdotes, escribas, gobernantes y gobernados, y el interés por lo colectivo del grupo vira hacia el interés individual y personal de sus dirigentes. Como primates que somos, no cabe duda que los grupos humanos contaban con una jerarquía y probablemente un líder (o una líder) que asesoraban los más ancianos, y todos contribuían al éxito del grupo. A partir del Neolítico en esta colaboración y cooperación dentro de los grupos ancestrales surge un factor que nos acompañará hasta nuestros días. El más fuerte (o matón), que no siempre el más inteligente, se encargará de erigirse como jefe o régulo (vicario), que sus interesados hechiceros y sacerdotes (clientela) pronto se encargarán de afirmar y legitimar como caudillo, y que pronto acabará siendo el “dios” que protege al grupo, y el grupo lo admirará y adorará agradecido. De ahí se generarán los linajes, las monarquías, las estirpes y las dinastías que la genética se encargará de perpetuar hasta hoy día, y bajo esta casta privilegiada se reorganizan las nuevas sociedades humanas basadas en esta fiel clientela, en la que el más poderoso “rige los destinos de la Naturaleza” y “protege” al débil de los abusos de otros poderosos, y éste lo sirve y obedece agradecido, y bajo la beneficiosa influencia de las nuevas técnicas y logros adquiridos, asume este esquema social como bueno, necesario y natural. El poderoso se encargará primero de regular los excedentes y posteriormente acumular bienes que ostenten su estatus privilegiado, y este inicial sistema clientelar marca el esquema social entre los señores de la guerra (aristócratas-guerreros) que acaparan la mayor parte de los bienes de consumo, y la mayoría de la población, agrícola o artesana (esclavos incluidos) que se somete a ellos buscando su protección (física primero y espiritual después) ante potenciales grupos rivales/ ira de los dioses.

Así se generaron desde entonces las historias de la Historia que todos conocemos (maquilladas con mil proezas, avances y revoluciones sociales), y así llegan las cosas hasta hoy día con invasiones, pactos y alianzas en los que unos y

otros compiten por sus intereses manteniendo la fractura y abismo entre ricos y pobres, entre poderosos y miserables, entre privilegiados y abandonados a su suerte, sean continentes, países, castas, etnias o ciudadanos, bien dirigidos por los históricos intereses de los sempiternos poderosos (algunos hoy día eufemísticamente llamados “mercados”), y que actualmente no son fornidos guerreros, sino anónimos seres que regulan el sistema y acumulan beneficios y bienes con los que retienen su estatus privilegiado y mantienen su, desde entonces, establecido y perverso sistema, decidiendo sobre sus “súbditos” (sean continentes, países o ciudadanos) quienes imploran/amos la bondad de sus primas, créditos e hipotecas para seguir sobreviviendo “agradecidos y seguros”, y en base a este maquiavélico sistema generado hace milenios por los mesopotámicos, se han desarrollado las historias de la Humanidad, con sus guerras, sus invasiones, sus conflictos y su codicia, y que de forma incomprensiblemente “inevitable” aún hoy día son incluso nuestros propios gobernantes “democráticamente elegidos” en nuestros “países democráticos” (aforados y “obviamente” con inmunidad parlamentaria entre muchos de sus privilegios) los que inyectan, desde la tributaciones establecidas sobre los ciudadanos mortales, millones de recursos a los poderosos para poder perpetuar y mantener el frágil e inestable sistema establecido, mientras que se incrementan los impuestos y se recortan logros sociales, prestaciones, sueldos y recursos que, muy poco a poco y duramente siglos, se han conseguido por sus “agradecidos súbditos”, y mientras tanto muestran su “incapacidad” (desinterés) en asumir sus responsabilidades, se mantienen los paraísos fiscales, se amnistían las fortunas y “curiosamente” se olvidan de regular o modificar los tributos sobre los económicamente poderosos.

No en vano, no ha habido nuevas “Revoluciones Neolíticas”, y desde esta fase sólo ha habido gigantescas revoluciones/ innovaciones en nuestras herramientas y tecnología, pero el esquema social (anecdóticas y muy puntuales excepciones al margen, por mucho que se empeñe la Historia o ciertos Partidos Políticos) es el mismo orden que desde entonces por ellos fue establecido, el de unos pocos privilegiados sobre otros muchos sin, o casi sin, privilegios. Con las primeras “civilizaciones”, la agresividad se convierte en violencia, las trifulcas tribales se convierten en las primeras guerras, los recursos en codicia, las personas en tributarios, y los cautivos en esclavos, apareciendo las primeras alianzas registradas y sus consecuencias, tácitas normas que persisten desde entonces como forma de hacer y “justificar” las cosas así establecidas.

Lo cierto es que este tránsito entre el Neolítico y la Historia lo define la aparición de la escritura y, en función de lo que sabemos, y al margen de otras interpretaciones y dataciones (como los signos escritos del llamado Berebere Antiguo), este honor le corresponde a lo que hoy conocemos como Civilización Mesopotámica (Wagner, 1999; Bottéro, 2004; Calvet, 2007; Algaze, 2008), siendo sus primeros registros las tablillas de arcilla donde se registraban, primero con números y más adelante con el empleo de signos, fonemas y palabras, tanto el comercio asirio con las colonias de Anatolia (c. 1925 – 1650 a.C.) como en la contabilidad del Templo de Uruk (4.000 – 3.500 a.C.) o las tablillas administrativas asirias de Tall Qabr al-Atiq (de 3.200 años de antigüedad).

Para entender mejor la Civilización Mesopotámica (el término Mesopotamia nunca fue utilizado por sus habitantes y

procede del griego *Μεσποταμία*: “entre ríos”, traducción del antiguo persa *Miyanrudan*: “la tierra entre los ríos” o del arameo *Beth Nahrin*: “entre dos ríos”) (hoy Irak y parte de Irán y de Siria), indiquemos que la cuenca fluvial mesopotámica estaba formada por los valles de los ríos Tigris y Éufrates y su enorme delta (Gomis, 1992), área que poseía unas características climáticas, ecológicas y geográficas durante el final de la última glaciación (c. 10.000 años) muy distintas a las actuales, con variables líneas de costas hacia el exterior según el paso de los siglos, y un ambiente mucho menos árido que en la actualidad hacia el interior (Fagan, 2004). Quizás haya sido el aumento de esta paulatina desertización (desde el IV-III milenio a.C.) y los cada vez más escasos recursos, los que pudieron haber fomentado y generado la concentración humana y el nacimiento de la agricultura, las ciudades y las civilizaciones (Wolf, 1972; Cauvin, 1994; Roaf, 2000; Leick, 2002).

Esta fértil zona ya había sido utilizada por el hombre desde fases muy iniciales (Paleolítico – Mesolítico), y los primeros restos de su actividad en esta zona se remontan al 34.000 – 30.000 a.C. en la *Cueva de Shanidar* (Irak), pero mucho tiempo después, y en este punto de tránsito - desde la nómada a la organización neolítica, jerarquizada y eficaz a la hora de optimizar los recursos a su disposición- encontramos los primeros asentamientos (hace 7.000 años) de carácter agrícola con uno de los pueblos, los Sumerios (Parrot, 1963; Crawford, 2004), que (c. 3.500 a.C.) se habían instalado en esta zona y habían conseguido una economía productiva y cultivaban trigo y cebada, que eran conscientes del valor del agua y de las aportaciones que las inundaciones periódicas proporcionaban, y que habían conseguido crear un sistema de canales y represas para aumentar la productividad de sus cultivos (El Faiz, 1995; Roux *et al.*, 2002; Liverani, 2008), y domesticaron algunos de los animales salvajes circundantes, y tras sus primeras poblaciones de adobe generaron las primeras sociedades urbanas en la zona (Klima, 1983) y sentaron base de la Civilización/es Mesopotámica/s (c. 3.500 a.C.) que se desarrolló/aron hasta la conquista de Babilonia por los Persas en el 539 a.C. (Schmökel, 1965; Lara Peinado, 1989, 1999, 2000; Wagner, 1999; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Ascalone, 2008; Algaze, G. 2008; Foster, 2011).

La enorme extensión de tiempo que abarca el periodo mesopotámico con más de 10.000 años, hace que sean muy diferentes las culturas que se desarrollaron al abrigo de estos dos ríos. Son neolíticos (7.000 – 4.000 a.C.) los asentamientos de Buqras, Umm Dabaghiyah y Yarim y, más tardíamente los de Tell es-Sawwan y Choga Mami, que formaron la llamada cultura Umm Dabaghiyah. Posteriormente ésta fue sustituida por las culturas de Hassuna-Samarra, entre el 5.600 y el 5.000 a. C. (con vasijas pintadas con peces y mamíferos domesticables/ésticos), y por la cultura Halaf entre el 5.600 y el 4.000 a. C. (Halaf tardío) con yacimientos mesopotámicos en Hassuna, Samarra, Susa o Gawra, coetáneos con Halaf y Ubaid en Palestina y a Çatal Huyuk de Anatolia, y que con Uruk entroncan con la Edad de Bronce (hace 5.000 años) con el empleo del cobre y el bronce, los sellos que ahora trataremos, y la escritura, la rueda, y con los Asirios y Babilonios se adentrarán en la Edad de Hierro (hace unos 3.000 años), cuando, hacia el s. XV a.C., aparece el vidrio y la cerámica vidriada, el hierro fundido, el latón, el algodón, etc. Al principio de su historia sólo eran pequeños grupos humanos dedicados a la

caza, recogida de frutos, semillas y a la pesca, pero al final de su historia habían conseguido crear imperios que dominaban la casi totalidad del antiguo mundo civilizado. La civilización urbana mantuvo su avance durante el período de El Obeid (5.000 – 3.700 a. C.) con mejoras en las técnicas cerámicas y de regadío y la construcción de los primeros templos urbanos. Tras El Obeid, se sucede el Período de Uruk sumerio, en el cual la civilización urbana se asentó definitivamente con enormes avances técnicos como la rueda y el cálculo, realizado mediante anotaciones en tablillas de arcilla y que evolucionaría hacia las primeras formas de escritura.

Aunque disponemos de una información muy fragmentaria, los primeros elementos fidedignos al respecto corresponden a los yacimientos de la ciudad de Muallafat y de la aldea de Yarmo, datados en torno a 5.000 años a.C., y se hallan situados en las proximidades del río Tigris, que junto al Éufrates sirvieron de estímulo, sustento y abrigo para el asentamiento de sucesivas culturas (Schmökel, 1965; Gomis, 1992) (Sumer, Akad, Asirios, Isin-Larsa, Casitas, Elamitas, Asirios, Babilonios, Mittani, Hititas, Hurritas, Neobabilónico, hasta ser conquistados por los Aqueménidas Persas que más tarde acaban bajo el Imperio de Alejandro Magno) y que hoy, de forma bastante simplista, citamos como Civilización/es Mesopotámica/s, y que geográficamente podemos abreviar anotando la región norte o Asiria con capital en Assur, y la meridional Babilonia, cuya capital les dio nombre, y que a su vez se dividía en la zona norte o Akad y la sur o Sumeria.

Los citados yacimientos de la ciudad de Muallafat y de la aldea de Yarmo son inequívocamente líticos, y podrían entroncarse con los yacimientos cercanos de Shanidar correspondientes al Neolítico, periodo donde fueron descubriendo el arado, el regadío, la cerámica, los ladrillos y los tejidos, y hacían templos y ciudades amuralladas, pero en aquellos están también presentes no sólo la recién inventada arquitectura y los sellos que generarán la escritura, sino una concepción de lo bello más acorde con el auténtico espíritu humano. Así, a través de las aldeas de Muallafat y Yarmo de Iraq, se inicia esta andadura que, heredando los elementos proto-históricos del Calcolítico, evoluciona y se desarrolla acabando por generar estructuras sociales más complejas y la primera experiencia totalmente urbana de la humanidad (Huot, 1994), con la creación del concepto de ciudad (con decoración en las casas como las pinturas murales de Uqair, Mari, Til Barsip o Bouqras -probablemente modificadas de su condición original) similares a las de Çatal Huyuk en Anatolia, con un centro de elaboración, intercambio, gestión y control de la producción en manos de un rey-sacerdote y su casta sacerdotal, de murallas defensivas y las primeras edificaciones urbanas con carácter inequívocamente religioso, como las de Eridu, Tepe Gaura o Uruk y la explosión urbana acaecida a mediados del Período Uruk entre el 4.000 – 3.000 a.C., y con ciudades amuralladas como Kullaba o Eanna, donde aparecen los primeros vestigios de escritura (Bottéro, 2004; Calvet, 2007).

De este periodo más antiguo destacan las Culturas de Hassuna, Qalat Yarmo, Sialk, Halaf, Samarra, Arpachiyah, Tell Madhhur, Choga Mami, Tepe Gaura, El Obeid o Susa, de interesante cerámica, y que en su evolución, ya en la Edad de Bronce, desembocarán en la primera gran civilización humana conocida como Cultura Sumeria, que acaba por poseer la categoría de primera civilización de la humanidad, la primera en utilizar de forma generalizada la rueda, el arado, la alfare-

ría, el ladrillo, el torno, el sillar o el bronce, en fundar auténticas ciudades (Huot, 1994) con espacios públicos, aún vigentes, destinados a mercados, templos para la administración, estratificación en la división del trabajo, etc., y que alcanzó notables conocimientos especialmente en las obras de Urbanismo, Ingeniería, Matemáticas y Astronomía y que, con el uso de la escritura (c. 3000 a.C.), tuvo el honor de haber sido quien abrió la primera página de la Historia (Høyrup, 2002; Bottéro, 2004; Calvet, 2007).

El inicial culto a sus muertos, sus figurillas de diosas-madre de barro y sus decoraciones abstractas sobre su alfarería reclaman una mayor espiritualidad, y en sus útiles de cerámica parece prestarse más atención a sus elementos decorativos que al uso hogareño y práctico que tienen destinado. Tras la aparición de la cerámica (originada de forma simultánea a la agricultura en muy diversos y distantes puntos como Biblos en Líbano, Ganj Dareh en Irán, Tell Mureybet, Ramad III y Bouqras en Siria entre el VIII-VI milenio a.C.), y especialmente desde que empiezan a incluirse incisiones y figuras de adorno, se inicia la presencia de figuras concéntricas como elementos de adorno, tanto incisas, excisas, como pintadas que serán relacionadas con las abejas y la miel (Monserrat, 2011 a) y serán comunes en las facies neolíticas y posteriores que conocemos en todas las civilizaciones de Oriente Medio y del Mediterráneo. Las plantas y los animales aparecen representados en ella poco después, y las figuras de animales silvestres van dando paso a otros (ovejas, cerdos, cabras, caballos) conforme la domesticación avanza, y salvo en el Arte Asirio, los artesanos y artistas normalmente se empeñarán en no mostrarnoslos en su entorno o en su modo de vida, aunque sí aparecerán asociados a determinadas herramientas como arados, carros, etc.

No deja de resultar sorprendente que partiendo de situaciones similares, no sean comparables el Mesolítico postglaciar europeo y las Culturas Prehistóricas Mesopotámicas (7.000 a.C.) y que se alcanzaran los Periodos Iniciales y Medios de Uruk (4.000 – 3.500 a.C.) cuando en Europa aún se desarrollaba la tosca (y titánica) Cultura Megalítica y se completara Stonehenge, ya en el esplendor el Período Kassita Babilónico (1.651-1.157 a.C.). En cualquier caso, el hecho es que entre el 3.200 – 2.800 a.C. los Sumerios, cuyo origen es fuente de controversia (parece que procedían de Persia) y estaban emparentados con los fundadores de la Cultura del Indo (c. 3000-1500 a.C.), fueron estableciéndose y ocupando diferentes asentamientos de Mesopotamia meridional, mayoritariamente las cuencas del Tigris y Éufrates (Gomis, 1992).

Los condicionantes geográficos de la zona, con amplios ríos y amplias zonas cultivables extendidas en enormes y distantes áreas, no indujo a la unificación del territorio bajo un único imperio, salvo puntuales periodos, como sí ocurrió en Egipto, con una muy estrecha banda fértil rodeada de un inmenso y hostil medio sub/desértico, y la presencia de Ciudades Estado rivales estaba servida, y son una constante en su beligerante historia.

Los Sumerios desarrollaron en un enorme periodo de tiempo su civilización, creando un conjunto de Ciudades-Estado, hasta que fueron vencidos por los Acadios (Sargon I), éstos por los Semitas provenientes del desierto, y por otros Imperios, Dinastías y Etnias como el Acadio, el Asirio Antiguo, el Isin-Larsa, el Elamita, el Cassita, el Cananeo - Fenicio, el Hicso, el Hitita, el Hurrita, el Babilónico, el Asirio Medio y Nuevo o el Neobabilónico, que surgen y pugnan, se

suceden o se solapan desde Nubia, Siria y Capadocia a los dominios Medos, Persas e Hindúes, pueblos que tangencialmente citaremos, hasta ser conquistados por los Persas (539 a.C.), pasando a ser una provincia del Imperio Aqueménida hasta la conquista de Babilonia por Alejandro Magno (331 a.C.).

Conocedores del metal, fueron fundando y originando a lo largo de su dilatada historia diversas ciudades estados y dinastías independientes cuyo centro era el Templo que alojaba una divinidad local, y que permanentemente pugnaban con los grupos vecinos o nómadas que intentaban hacerse con el terreno fértil, y que dio un fuerte carácter belicoso a su historia en la que, como se ha indicado, se sucedieron, coexistieron, o fueron invadidos y sometidos por otros pueblos extranjeros, mayoritariamente semitas, pero siempre interrelacionándose y pugnando por su hegemonía y alcanzando cotas de una sofisticada y compleja civilización que logró elaboradas estructuras arquitectónicas e importó materiales desde zonas alejadas.

A ciudades como Nippur, Ebla, Uruk, Ur, Akhik, Kish, Lagash, Larsa, Mari, Uruk, Eridu, Ea o Assur, le seguirán otras como Nínive, Pasargada, Susa, Persépolis o Babilonia que son ya míticas y nos han legado registros de su poder, su fortaleza, su teocracia y sus impresionantes construcciones con jardines, murallas, templos y zigurates, y desde luego sus conocimientos, su literatura y su arte (Lambert, 1960; Strommenger, 1964). Muchas de ellas adquirieron un gran refinamiento y organización que causó admiración a los legendarios y cultivados griegos (Thoores, 1977), y al margen de rivalidades, saqueos y guerras, alguna de ellas parece que entró en colapso por desastres meteorológicos y climáticos, como parece deducirse hacia el 2.100 a.C. del caso de la ciudad de Ur, y que en lengua sumeria registran las conocidas *Tablillas de las lamentaciones* sitas en el Museo Británico.

Las razones aducidas sobre la problemática en la datación e interpretación que presenta este complejo y vasto periodo de la humanidad de más de 10.000 años, hace que aún hoy día tengamos muchas lagunas en la interpretación de su historia, de sus creencias y su mitología, y también sobre la cronología y datación de enormes periodos previos predinásticos y sobre la aparición de la escritura (finales del Periodo Uruk tardío), y que a veces hacen muy difícil su cronología, variable según las fuentes consultadas. Pese a la existencia de las listas reales sumerias (ver enlaces) y de los *Limmu* (funcionario real seleccionado por sorteo entre las familias más importantes para registrar los actos y periodos y cuyo nombre es importante para fijar la cronología de algunos periodos, principalmente asirios), la historia de algunos periodos es relativamente desconocida, ya que gran parte de los reinados expuestos en ellas tienen fechas magnificadas y realmente imposibles. Por esta falta de otras referencias, a veces se nos presenta demasiado vinculada en su interpretación a ciertos textos históricos, en especial al *Antiguo Testamento* hebraico y en particular el *Génesis* (Chavalas, & Lawson Youn, 2002), que han forzado en demasía el análisis objetivo y la interpretación, al menos en sus estudios iniciales, de esta Gran Civilización Mesopotámica, que durante casi cuatro mil años de belicosa historia alcanzó momentos de gloria y apogeo alternados con otros más oscuros, solapándose diferentes imperios que varían según los autores, pero que de forma esquemática pueden seriarase según hemos adoptado y a continuación se indican:

Periodos protohistóricos (5.000 – 2.900 a.C.)
 Ciudades Estado sumerias de Ur, Lagash y Mari (2.900 – 2.350 a.C.)
 Imperios Accadio y Sargón (2.350 – 2.185 a.C.)
 Imperio Neosumerio y los Guti (2.185 – 2.016 a.C.)
 Imperio Amorrita y Babilonia (2.016 – 1.595 a.C.)
 Imperio Asirio Antiguo (1.800 – 1.375 a.C.)
 Imperio Asirio Medio (1.375 – 1.047 a.C.)
 Imperios Kassita y Elamita (1.730 – 1.155 a.C.)
 Imperio Asirio Nuevo (c.1.000/883 – 612 a.C.)
 Imperio Neobabilónico (625/612 – 539 a.C.)
 Imperio Aqueménido (559/538 – 331 a.C.)
 Época Seleucida (330 – c.128 a.C.)

Podemos ahora explicar mejor al lector el por qué venimos hablando de la (s) Civilización (nes) Mesopotámica (s) y exponer mejor que fue un ir y venir de pueblos de diverso origen, de distintas creencias, sistemas sociales, religiones y lenguas, incluso no hubo realmente una identidad geográfica unitaria y definida (originariamente *Tierra entre* (dos) *ríos*, pero que sus límites de influencia alcanzaron desde el actual Irán y Paquistán a Arabia, Turquía, Líbano y Egipto, incluso Chipre y Grecia), sin estar confinadas como otras civilizaciones posteriores próximas como la egipcia, la minoica, la micénica o la fenicia, pero que aún así compartirá la escritura como elementos unificadores, el sincretismo y la fusión de la religión con el poder y las tradiciones, y una forma de hacer y entender las cosas que consideraban bellas, y que se desarrollaron a lo largo de miles de años, desde los establecimientos neolíticos a la conquista persa, pero a partir del desarrollo inicial de Sumer (segunda mitad del tercer milenio) se dan sucesiones de otros pueblos, mayoritariamente Semitas del norte, que generarán el periodo Acadio y Sargónico, imponiendo la idea del Imperio sobre el de las Ciudades Estado sumerias, de forma análoga a lo que luego sucedería en Grecia, y más adelante se sumarían también otros pueblos y etnias vecinos o nómadas como los creativos Caldeos, los peculiares Amorritas, donde parecen hundirse las raíces de los Babilonios, los Arameos desde Siria a Palestina (c.626 a.C.) y cuna del Imperio Neo-Babilónico, los nómadas Gutis o Gutianos, probablemente responsables de la caída del Imperio Acadio, los indoeuropeos y norteños Mitanienses (Hurritas o Hurrianos) con su propia lengua hurritiana, que lograron un enorme esplendor (c.1.400 a.C.), los enigmáticos Kassitas, ya citados de Siria en el s. VIII a.C. y de inclasificable lenguaje y que llegaron a controlar la misma Babilonia, o los estetas Elamitas del este (S. O. de Irán), que tantos elementos mágicos aportaron, y por último los religiosos Hititas (Beckman, 1989), cuya capital Hattusas extendió su influencia y rivalidad hasta Egipto, siendo entre el 1.500 a 1.200 a.C. una enorme potencia en Oriente Medio, dominando desde la forja del hierro a la apicultura y siendo portadores del primer idioma indo-europeo conocido y que, además de muchas otras tribus que cita la historia mesopotámica, guerrearon, comerciaron o fueron absorbidos unos por otros, generando nuevas culturas, dinastías e imperios beligerantes y rivales que parece ser una constante inseparable en toda esta zona y en particular en la Civilización Mesopotámica (Schmökel, 1965; Lara Peinado, 1999, 2000; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Ascalone, 2008; Algaze, G. 2008; Foster, 2011). Aun así, y poseyendo elementos característicos que permite hablar de Civilización y Arte Sumerio, Acadio, Amorrita, Babilónico, Casita, Sirio-

Palestino o Persa, según los textos y muchos otros elementos, son sorprendentemente comunes en su identidad, estética e iconografía, y se suelen asociar de forma general en la llamada Civilización Mesopotámica, o si se prefiere Civilizaciones Mesopotámicas (Oppenheim, 1977; Foster, 2011).

Es de reconocer que las Civilizaciones Mesopotámicas aportaron enormes innovaciones y avances a la humanidad (Dalley, 1998), especialmente entre el 3.200 – 2.700 a.C., pero se mantuvo técnicamente estancada durante siglos tras conseguirlas, con mera alternancia de épocas, dinastías y ciudades en apogeos y caídas, en un enorme periodo de tiempo política- y técnicamente paralizado. Los dirigentes se ocupaban más en acumular títulos, riquezas y excedentes que en mejorar las técnicas de producción, que se mantuvieron sin cambios durante milenios. Ilustrativa de esta mentalidad teocrática es la “humilde” presentación que de él mismo hace Hammurabi en su conocido Código: *“Yo soy Hammurabi: El Pastor Elegido del divino Enlil, el acumulador de la abundancia y de la opulencia, el que ha llevado a buen fin cuanto concierne a Nippur-Duranki (y es) devoto cuidador del Ekur; el Rey Eficiente que ha restaurado Eridu en su lugar (y) purificado el ritual del E'abzu; el Huracán de los Cuatro Cuadrantes; el Engrandecedor del nombre de Babilonia, el agrado del corazón de Marduk, su señor, el que acude a diario a servir al Esagil; la Semilla Regia generada por el divino Sin, el enriquecedor de Ur, el humilde, el fervoroso, el que aportó la abundancia al Ekishnugal; el Rey Prudente, obediente al divino Shamash, el poderoso que ha consolidado los cimientos de Sippar, el que ha revestido de frondosidad la capilla superior de Aya, el que ha hecho del Ebabbar un templo excelso, semejante a la morada de los cielos; el Guerrero Compasivo con Larsa, el renovador del Ebabbar para el divino Shamash, su aliado; el Señor Revitalizador de Uruk, el suministrador de aguas de la abundancia a su pueblo, el que ha levantado la cúspide del Eanna, el que ha acumulado abundancia para Anum y la divina Ishtar; el Protector del País, el que ha reunido a las gentes dispersas de Isin, el que ha colmado de abundancia el templo de Egalmaj; el Dragón de los Reyes, el hermano predilecto del divino Zababa, el consolidador de los cimientos de Kish, el que ha rodeado con un aura resplandeciente el Emete-ursag, el celebrante fiel de los solemnes ritos de Utar, el administrador del templo Jursagkalamma; la Malla Captora de enemigos, a quien Erra, su compañero, concedió el logro de sus deseos; el engrandecedor de Kuta, el que ha acrecentado inmensamente todo lo del Meslam; el Búfalo Fiero que cornea a los enemigos, el predilecto de Tutu, la alegría de Borsippa, el devoto que no abandona sus deberes para con el Ezida; el Dios de los Reyes [superior a los demás reyes], el sabio perspicaz, el ampliador de los cultivos de Dilbad, el que colmó los silos para el divino Urash, el audaz; el Señor Merecedor del cetro y la corona a quien hizo perfecto la sabia diosa Mama; el diseñador de los planos de Kesh; el suministrador de los alimentos puros de la divina Nintu; el Prudente, el Perfecto, el que proveyó pastos y abrevaderos a Lagash y a Girshu, el que suministró las magnas ofrendas al Eninnu; el Captor de Enemigos, el predilecto de Telitum que cumple los oráculos de Sugal, que alegra el corazón de Etar; el Príncipe Puro cuyas oraciones acepta el divino Adad; el que, en Karkara, aplaca el corazón del divino Adad, el guerrero; el proveedor continuo de lo que es debido en el E'udgalgal; el Rey Vivificador de Adab, el organizador del templo Emah; el Príncipe de los Reyes, irresistible en la*

guerra; el que donó la vida a Mashkan Shapir, el que hartó de agua al Emeslam; el Sabio, el Buen Ecónomo; el que alcanzó las profundidades de la sabiduría; el que amparó a los habitantes de Malgum en la catástrofe, el cimentador de sus casas; el que, en la abundancia, decretó para el divino Ea y la divina Damgalnunna -magnificadores de su reino- ofrendas eternamente puras; el Primero entre los Reyes, el sometedor de los pueblos del Éufrates por orden del divino Dagán, creador suyo; el que se apiadó de los habitantes de Mari y de Tuttul; el Príncipe Piadoso que hizo brillar el rostro del divino Tishpak, el que preparó banquetes santos al divino Ninazu; el salvador de su pueblo en la dificultad, el que consolidó sus cimientos en medio de Babilonia, en paz; el Pastor de la gente, cuyas obras son del agrado de Ishtar; el que aseguró la presencia de Ishtar en el Eulmash, en el centro de Acad; el Proclamador de la ley inmutable, el caudillo de los pueblos, el restaurador de su Virtud Protectora a la ciudad de Asur; el Silenciador de Rebeldes; el rey que, en el Emesmes de Nínive, proclamó los títulos de la divina Ishtar; el Piadoso Orante ante los Grandes Dioses; el descendiente de Sumula, el poderoso heredero de Sinmuballit, la semilla eterna de la realeza; el rey poderoso, Sol de Babilonia que hace amanecer la luz sobre el País de Súmer y Acad, rey sometedor de los Cuatro Cuadrantes, el protegido de Ishtar. Cuando Marduk me mandó a gobernar el pueblo, a enseñarle al País el buen camino, yo hice de la Verdad y la Equidad el asunto más importante: me ocupé del bienestar del pueblo”. La verdad es que “no tiene desperdicio”.

De generadores de riqueza, los reyes / dioses humanos, gestores/ sacerdotes se convirtieron en explotadores en beneficio particular y en constructores de templos y tumbas de creciente magnificencia. A cambio los campesinos, en virtual esclavitud, y los empobrecidos artesanos generaban una y otra vez conflictos que debilitaban y detenían el progreso intelectual y técnico de la sociedad (similar a lo que aún hoy está ocurriendo con las faraónicas obras autonómicas/ municipales frente a la drástica reducción de recursos a proyectos I+D+i), y aunque la explotación de la clase agrícola podría paliarse ampliando la zona cultivable, aparecían los inevitables conflictos entre ciudades y sociedades con la aparición de la guerra y el abastecimiento de ejércitos, que desequilibraron aún más la precaria economía urbana (Klima, 1983; Roux *et al.* 2002; Liverani, 2008) (en esta línea no consideramos necesario hacer ningún comentario sobre los gastos armamentísticos/ militares actuales frente a los de ayuda al desarrollo, que son de todos conocidos).

Las aldeas que habían creado las ciudades (Huot, 1994) generaron reinos e imperios guerreros, los vecinos se hicieron rivales, aliados o junto a los bárbaros fueron transformados en esclavos, y la primitiva asamblea de ciudadanos había cedido su poder a un solo gobernante como líder religioso y administrador del templo (*ensi*), que pronto se debió también convertir en Jefe Militar (*lugal*), y de sacerdote se hizo primero rey y luego, casi siempre, dios, y como pasará casi siempre en futuras civilizaciones y culturas, las clases privilegiadas se dedicaron a sus asuntos personales y se alejaron de las necesidades básicas de la sociedad que las mantenía, y la decadencia sería inevitable, y aunque se mantuvo la vida civilizada, el arte y especialmente la literatura se tornaron convencionales sobre grandes temas (mitos, himnos y lamentaciones) de alabanza a los dioses, reyes, ciudades o templos, aunque sentaron la base literaria en algunos elementos, y no nos referi-

mos sólo a sus grandes epopeyas que sentarán la base de la literatura épica descriptiva posterior (Lambert, 1960), la *Biblia* incluida, sino a una creación propia de la literatura sumeria que fue un tipo de poemas dialogados basados en la oposición de conceptos contrarios, técnica literaria que utilizarán desde Platón, Aristóteles y Cicerón a Galileo y Berkeley.

La particular cosmología y figuración artística asociada a cada uno de estos grupos y pueblos se hereda y se asume adoptando formas comunes interrelacionadas, pero también se especializa o se diversifica, y paralelamente sus dinastías crecen, evolucionan, se expanden, declinan o renacen. Se producen permanentes guerras, enfrentamientos, rupturas y renacimientos de nuevas dinastías rivales con unas características particulares, pero inequívocamente Mesopotámicas, siempre utilizando hábilmente y sin reparos sus elementos artísticos como material de referencia propagandística, sea personal, ideológica y / o política.

Ejemplo ilustrativo de este casi estéril devenir de rivalidades, invasiones, traiciones, caídas, destrucciones y alianzas es el primer registro documental de una “revolución social” acaecida en la ciudad sumeria de Lagash hacia el 2.400 a.C., cuando un tal Urukagina arrebató el poder a los tiranos e inició una serie de reformas encaminadas a limitar los excesos de los burócratas, sacerdotes y privilegiados, reduciendo la corrupción, los impuestos y privando a estos de muchas corveas y privilegios. Como hasta hoy día sigue ocurriendo, estos ahora desfavorecidos personajes no tardaron en reorganizarse y aliarse, en este caso con la ciudad rival de Umma, e iniciaron el pillaje y acabaron con la destrucción de la ciudad de Lagash. El éxito de los conquistadores no duró mucho pues fueron derrotado por Sargón, el primer rey de Akkad y fundador del primer imperio conocido. Ese será el *modus operandi* de todas las civilizaciones posteriores que llevará a cada una de ellas al efímero esplendor y posterior decadencia que todas las civilizaciones han conocido y la nuestra (y más al paso que vamos en la destrucción del Medio Ambiente y sus recursos) conocerá.

También la religión, cada vez más compleja, acabó por ser mera superstición de marcada intencionalidad (herencia de todo ello vemos hoy por doquier), y, salvo parcelas como el cálculo/ las matemáticas o la anatomía/ medicina (Herrero, 1984; Høyrup, 2002; Hodgkin, 2006), la mayor parte de la ciencia/ religión acabó, como tantas otras veces, en un mero recurso manipulador y adivinatorio (Levey, 1959; Sellés García & Solís, 2008), sean los enormes conocimientos astronómicos meramente aplicados a conocer los presagios basados en fenómenos celestes (como las predicciones de infortunios en función de los eclipses o la famosa estrella de Belén y los Magos de Oriente), sea revisar las vísceras de un animal (conocemos que los escorpiones y abejas, junto a serpientes, lagartos, perros o cerdos, se usaban en rituales adivinatorios), unidos a la quiromancia, los astros (aunque sin duda de uso muy anterior, el horóscopo más antiguo donde se predice el futuro de alguien en función de su nacimiento está fechado el 29 de abril del 410 a.C.), o sea la oniromancia para adivinar el futuro (Dalley, 1998), elementos que, aún fuertemente reprimidos en Occidente por la Cristiandad, han persistido a lo largo de la historia y han llegado hasta nosotros a través de estas mismas o similares prácticas, con las absurdas supersticiones, los espectáculos de magia, los horóscopos, los nocturnos programas de TV con adivinos/as, o los juegos de tarot y de azar.

Las características geológicas de la zona, eminentemente sedimentaria, la hacían carecer de piedra y de metales, por lo que el material inicial de sus obras fue el barro, hasta que fueron progresivamente importados de otros lugares y utilizados otros materiales como diorita, serpentina, dolerita, basalto, arenisca, alabastro, esteatita o hematina, habitualmente importados de Arabia o de otras zonas de geología eruptiva o volcánica (más raramente marfil), pero debido a su coste fueron sólo utilizadas para pequeñas piezas de relevancia, manteniéndose el uso de ladrillos de adobe, cocidos o simplemente secados al sol (como aún se utilizan), para las grandes obras arquitectónicas. La ausencia de material duradero hace que sean muy escasos y mal conservados muchos de sus restos, hecho que unido a la aparente falta de interés de los sumerios en la “vida” después de la muerte hizo que dispongamos de muchos menos datos que los que se conocen de otras civilizaciones similares como la egipcia.

El uso de los metales parece haberse descubierto simultáneamente en Turquía y en Irán hacia el 6.000 a.C., y muchos metales, y especialmente el cobre, obtenido simplemente al calentar ciertos minerales como la malaquita, se utilizaron ya desde el periodo de Halaf del V- IV milenio, y acaba por ser utilizado intensamente desde la época de Uruk. Inicialmente tallados, con la mejora en el uso del fuego después, se iniciaron las fundiciones y nuevas mezclas y aleaciones que hizo aparecer después el bronce (desde comienzos del III milenio) y posteriormente el plomo, el oro y la plata, más que nada como elementos de adorno. Su costoso transporte desde lejanos centros mineros y su laboriosa extracción hizo que su alto precio limitara estos materiales al ornato del templo y utensilios reales. Sólo con la aparición de la guerra se revalorizará su uso en la producción de armas y objetos ofensivos/defensivos.

Pues bien, tras esta introducción, y siguiendo el devenir de su larga historia y de sus sucesivos progresos técnicos, culturales y científicos, vamos a ir desgranando el tema que nos ocupa en función de los artrópodos que hallamos en su alfarería primero, en su escritura y sus textos después, y tras una breve reseña general sobre el Arte Mesopotámico y sus animales, pasaremos a los artrópodos que dibujaron en el firmamento, los que intervinieron en sus creencias y mitología, los que plasmaron en sus sellos y kudurrus, y mencionaremos otros elementos entomológicos mesopotámicos relacionados con su medicina, con la beneficiosa abeja y sus derivados, con la maléfica mosca y con la devastadora langosta, para finalizar con otras referencias del entomológico mundo mesopotámico, al que tantas cosas debemos y que agradecemos en un breve comentario final.

Los artrópodos en la alfarería y la cerámica mesopotámicas

Tras las citadas aldeas de Muallafat y Yarmo, y dentro del periodo protohistórico o protoliterario, encontramos asentamientos más organizados como el de Hassuna, plenamente sedentario y con marcado sentido arquitectónico y funcional, y entre las primeras manifestaciones se hallan piezas de cerámica en las que los elementos abstractos y geométricos se utilizan como elementos decorativos, bien dibujados o incisos, reflejo de su capacidad intelectual, y que posteriormente van a alternarse con otras figuras de animales, y desde ese momento la decoración de los objetos aparece como insepa-

rable en esta actividad humana, aún siendo objetos y elementos eminentemente útiles y de uso cotidiano.

Hemos citado que la cerámica en Oriente Medio había aparecido de forma independiente (3.000 años después de las piezas más antiguas halladas en Japón), pero al margen de su enorme interés arqueológico, especialmente en épocas donde la escritura no había aparecido o es escasa, en relación al tema que nos ocupa es interesante destacar que desde el inicio en la aparición de las formas figurativas, ya ofrece muestras de artrópodos en el principio de esta civilización, en los yacimientos de Samarra (5.000 a.C.). En los estratos iniciales aparecen restos de cerámica como evidencia de la Revolución Neolítica y reflejo de una nueva forma de pensar y de vivir. Las figuras con formas abstractas, bien geométricas, espirales o en zigzag, reflejan evidentes visiones mágicas en su percepción de las cosas y, antes de acabar derivando de nuevo en formas abstractas, van posteriormente siendo más figurativas incluyendo elementos observados de la naturaleza como aves, caballos, ciervos, leones o peces y también posibles abejas y escorpiones (Fig. 1, 2), siendo interesante señalar que mayoritariamente sus representaciones corresponden a grandes animales ya domésticos y muy frecuentemente asociados a las actividades humanas, sin prestar demasiada atención al detalle (identificativa), hecho diametralmente opuesto a lo que acontecerá en la Civilización Egipcia, en la que se han contabilizado multitud de especies perfectamente identificables, y que en este caso sólo hace posible asignarlo a pez, serpiente, vaca, león, pájaro o ciervo, sin demasiada mayor precisión o detalle.

Aunque hablaremos de ellos, es sobradamente conocida la importancia de los animales silvestres a la hora de que el hombre diera explicación a muchas de las cosas que le rodeaban y diera salida a sus miedos e interrogantes. Y es precisamente en estas culturas iniciales donde aparecen de forma más básica y elemental los animales, que provistos de determinadas cualidades sentarán las bases de posteriores divinidades, de posteriores seres parcialmente humanizados o de hombres parcialmente animalizados, generando el totemismo y la zoolatría que alcanzará elevadas cotas en la Civilización Mesopotámica, y herencia conservamos en bestiarios, capiteles, fábulas, escudos, emblemas, logos, banderas, evangelistas y santos.

Sobre el tipo y modo en los que los elementos figurativos se representan, primero sobre su cerámica y posteriormente labrados en piedra, parece como si la dualidad estilística-realista o naturalista / narrativa – simbólica estuviera asentada en la mente humana desde sus inicios prehistóricos cuando el Arte nació, y la dualidad abstracción/síntesis–realismo/detalle alcanza el Arte desde sus inicios y llega hasta nuestros días. Como ocurrirá en Egipto, también merece destacarse que todas las representaciones de los animales que se mueven con el vientre sobre la tierra como tortugas, serpientes, cangrejos, arañas o escorpiones, siempre se representan vistos desde arriba, y los restantes, sean salvajes o domésticos, en vista lateral, y comúnmente en posición estática, sin ninguna naturalidad, casi como suelen estar los aburridos animales domésticos, pero a veces rampante, como algunos leones y en algunas escenas de caza, sobre todo de felinos, que llegarán a alcanzar un interesante movimiento. Los animales terrestres son de ancestral naturaleza relacionada con deidades femeninas (Vieja Europa) y los alados y aéreos representarán deidades masculinas (Oriente) (Neumann, 1955; Gimbutas, 1991, 1996; Downing, 1999; Marinatos,

2000; Monserrat & Melic, 2012). En Occidente las primeras acabarán siendo absorbidas por los segundos con las invasiones indoeuropeas, y la masculinización de las deidades será generalizada, aunque quedarán reminiscencias femeninas entre sus diosas o sus atributos (Grecia y Roma), y llegará a su máxima masculinización en las Religiones Monoteístas (dioses, profetas, apóstoles, evangelistas, curia, oficiantes, etc., son/ fueron hombres), y por otra parte permanecen remanentes del “divino” carácter “alado” de algunos personajes, símbolos o hechos (Espíritu Santo, ángeles, ascensiones, leones / caballos alados, etc.).

Los periodos iniciales de la Civilización Mesopotámica no escapan de este análisis, y volviendo a sus representaciones en cerámica anteriormente citadas, ya aparecen varios tipos de artrópodos, concretamente uno beneficioso (abeja) y otro muy perjudicial (escorpión). Respecto al primero de ellos alguna de las figuras paralelas/espirales que aparecen en su cerámica recuerdan mucho aquellas que aparecían en el Arte Parietal relacionadas con las abejas y la miel que con anterioridad hemos analizado (Monserrat, 2011 a) (Fig. 2) y conocemos enormemente extendido desde el Mediterráneo a la cerámica mesolítica de Laos, y algunos de los puntos asociados podrían representar abejas en vuelo. Veremos la importancia de la miel y la incipiente apicultura al hablar de los Hititas y veremos su enorme desarrollo en Mesopotamia (Ransome, 1937; Fraser, 1951; Hallman, 1951; Marchenay, 1979; Crane, 1983, 1999; Paulian, 1999). Pero al margen de estas posibles interpretaciones apícolas, otras figuras no admiten duda y demuestran una evidente capacidad de observación y una excelente capacidad del artista en generar movimiento a sus figuras y, en el caso de los escorpiones, una ingeniosa capacidad de simular el arqueado metasoma posterior del cuerpo (Fig. 1), siendo, junto a las arañas y escorpiones de Çatal Huyuk las más antiguas (V milenio a.C.) representaciones conocidas de estos animales en la iconografía artropodiana. Se conocen unas 75 especies de escorpiones pertenecientes a una treintena de géneros en la zona, y es de suponer que el peligro de sus dolorosas picaduras hiciera de este animal un símbolo contra el que defenderse (y tomarlo como emblema del poder o llevarlo al firmamento), y lo veremos más adelante muy frecuentemente representado, aunque por su capacidad canibal y la particularidad de las hembras de portar sobre su dorso a su prole durante un tiempo, y como progresivamente adquirirán todo tipo de animales entre los sumerios (Crawford, 2004), es muy probable que este arácnido tuviera otros valores simbólicos y otras connotaciones, en este caso probablemente relacionadas con la sexualidad y la maternidad (Fig. 37).

En esta secuencia progresiva encontramos los yacimientos de Tell Halaf, de Tell Brak y de Tello (V-IV milenio) con la utilización del metal (cobre) y la “lógica” aparición de figuras femeninas o diosas Madre (Neumann, 1955; Gimbutas, 1991, 1996; Downing, 1999) de las que hablábamos. Se trata de figuras en barro, que muestran orgullosos sus abultados pechos y generosos muslos en actitud que induce a la contemplación, y donde son estos elementos, y no la cara, apenas perfilada, los que ofrecen inequívocos signos de su intencionalidad invocada a la fertilidad.

Aparecen ya en fases protohistóricas su primera manifestación en relación con lo divino y estas diosas Madre de barro son uno de los principales reflejos del inicio del credo en la Civilización Sumeria y que desde esta fase y a través de

los períodos Obeid (IV milenio), Uruk y Yemdet Nasr (3.700 – 2.900 a.C.) no sólo avanzan en su rivalidad, en su organización, en sus técnicas y en sus posibilidades, sino que generan un progresivo aumento en su religiosidad y ya crean las bases para la asociación del poder del monarca con lo religioso, de forma que el Príncipe o Patesí era también el Sumo Sacerdote, y se consideraba representante de los dioses y poseía su corte de sacerdotes con quien llevaban a cabo ceremoniales destinados a prevenir el mal y buscar el beneplácito de los dioses. Varios tipos de sacerdotes se encargaban de la administración del templo, lugar donde se practicaban conjuros, exorcismos, augurios y adivinaciones (Annus, 2010), generando una sociedad con una jerarquización muy marcada y rígida con soberano, sacerdotes, guerreros, funcionarios, artesanos, comerciantes, labradores, siervos y esclavos, imponiéndose una férrea organización administrativa, con la prestación gratuita de trabajo comunitario (corvea) y la contribución de bienes (tributos) (Klima, 1983).

Asistimos a la proliferación obras destinadas a la irrigación de campos baldíos y su protección contra las inundaciones, de acueductos y represas para canalizar y almacenar el agua potable (que se potencia con el uso de la alfarería), la construcción de murallas y templos cada vez más protegidos por enormes muros que mostraban el culto al poder y que albergaban seres benéficos y maléficos, y complejos ritos votivos y ceremonias de oferentes y procesionantes y, como a veces se ha indicado, acabó por ser una disciplinada civilización de dioses y de orantes (más bien temerosamente acongojada/aterroizada, a tenor de la severa jurisprudencia), donde la religión (unida a la magia, la superstición, la ciencia y la filosofía casi en una misma cosa) (Levey, 1959; Ciraolo & Seidel, 2002; Sellés García & Solís, 2008; Annus, 2010) abarcaba todas las actividades y aspectos de la vida del templo/palacio, sea el gobierno y la política, las relaciones sociales, la educación, la ciencia o la literatura, sin que apenas sepamos nada de la religión y sentimientos del ciudadano corriente, elementos que darán impronta a las culturas posteriores. Aunque es mayoritaria la figura humana y es enorme la cantidad de figurillas de devotos orantes y exvotos como las halladas en Eshnunna o Tell Brak, la proliferación de figurillas de animales en arcilla muestra lo arraigado del mundo animal en rituales populares como la muerte o la fertilidad.

El nacimiento de la escritura y de la historia, y con ellas de la Entomología. Los artrópodos en sus textos

Es evidente que el comercio y el contacto con otros pueblos favorecieron la apertura de horizontes mentales dentro de una determinada forma de pensar y de creer comunes y propias, y es lógico pensar que no sólo estos asentamientos humanos del Tigris y del Éufrates tendrían su propia lengua, y es probable que en estos asentamientos humanos, por el mero contacto entre grupos y sobre todo por el progresivo intercambio de objetos entre ellos, y especialmente por el crecimiento de las operaciones implicadas en el templo, hiciera que los sacerdotes no pudieran confiar en su memoria y que esto pudiera haber generado tanto la utilización de las medidas y números, como de signos coherentes más o menos abstractos (como iba a ocurrir en China hacia el 1.000 a.C. con el uso de la escritura ideográfica) para identificar el contenido, así como cuanti-

ficar o mensurar ciertos objetos, actividades o mercancías, que ya se identificarían con fonemas específicos dentro de su lenguaje oral (Bottéro, 2004). De igual modo, y por necesidades de administración del templo se generó la necesidad de hacer calendarios y mirar a los astros y las estaciones que desarrollaría la Astrología y la Astronomía, y desde estos conocimientos en esta clase privilegiada surgirán la Medicina, la Anatomía y la Medicina/Fisiología, a hombros de la Magia y la Ciencia (Oppenheim, 1977; Herrero, 1984; Ciraolo & Seidel, 2002; Sellés García & Solís, 2008).

Sin embargo, documentos o restos de estas supuestas escrituras, o aún no han sido hallados, o no nos son inteligibles, o debido al soporte empleado no sólo no dejaron constancia escrita de su tradición oral, sino de su verdadera historia. Es curioso que las matemáticas primero (Høyrup, 2002; Hodgkin, 2006) y la economía y el control de las riquezas después (Roux *et al.* 2002; Liverani, 2008) hayan generado el origen simultáneo de la escritura, del cálculo y de los sistemas de medida y de los primeros objetos de la ciencia cuantitativa como es la balanza, que tantas consecuencias tuvo para el desarrollo posterior de la Ciencia (Levey, 1959; Høyrup, 2002; Sellés García & Solís, 2008). Los símbolos generaron los números y por extensión las palabras escritas, y más adelante por simplificación darán lugar al nacimiento de los alfabetos, siendo el alfabeto fonético inventado por los cananeos antes del 1.600 a.C. el que sustituyó a la escritura cuneiforme más de un milenio después.

La escritura apareció en Mesopotamia de forma pictográfica hacia el 4.000 – 3.500 a.C. en las ciudades estado de Sumer. Probablemente el sumerio era su lengua vernácula, siendo las tablillas en arcilla para registrar la contabilidad del *Templo de Uruk* su primera constancia (Bottéro, 2004). Se llegaron a utilizar más de 900 signos pictográficos en Uruk, que pasaron a 420 en Yemdet Nasr y continuó simplificándose y estilizándose representando palabras y fonemas hasta llegar a la escritura cuneiforme abstracta (Fig. 4) que todos conocemos y que parece ser logro de la Cultura Urtu (s. IX – VII a.C.) que se desarrolló en la actual Anatolia (Calvet, 2007). Como indicamos, la escritura no fue un invento “desinteresado”, sino una consecuencia del cálculo y de la propiedad privada (como aparecería el Arte Renacentista en manos del mecenazgo del papado romano y los banqueros florentinos). Primero se usó para cantidades y productos, luego para declaraciones propagandísticas, loas y oratoria real, himnos a los dioses, y finalmente para su Literatura y su Ciencia. Por primera vez en la Humanidad, la escritura no sólo permitirá consignar y almacenar sus conocimientos, sino transmitirlos en mucha mayor cantidad y precisión de la que cualquier tradición oral anteriormente permitía (empezó a transcribirse/traducirse partir de 1802, gracias a Groterfend quien descifró la *Estela persa de Behistun* que, a modo de *Piedra Roseta*, estaba escrita en persa, acadio y elamita).

Ninguna otra lengua había sido antes trascrita a la escritura, y consecuentemente ha permanecido desconocida para todos nosotros, y probablemente tanto el Asirio como el Babilonio no fueran más que dialectos del mucho más antiguo Akadio. Otras antiguas lenguas semíticas o de filogenia controvertida como el Amorita, el de los Hurritas, Kasitas, Arameos, Hititas, Elamitas o el recientemente descubierto de Ebla (oeste de Siria) fueron siendo absorbidas o desaparecieron ante el antiguo Akadio o ante sus dialectos citados (Calvet, 2007; Leick, 2007).

Como ejemplo de la enorme importancia de esta mesopotámica creación, citemos la *Biblioteca de Asurbanipal*, que fue una gran biblioteca sita en el palacio de la ciudad asiria de Nínive, iniciada por el rey Sargón II, que reinó desde el 722 al 705 a. C., y ampliada por el rey Asurbanipal (669-627 a. C.). Aunque fue parcialmente destruida cuando los babilonios arrasaron Nínive al mando de Nabopolasar en el 612 a. C., se han recuperado unas 22.000 tablillas, encontradas en el desescombre del *Palacio Real de Nínive*. A partir de toda esta bibliografía conocemos multitud de información sobre sus creencias, su literatura, leyes y conocimientos y, obviamente muchos de los datos entomológicos ahora anotados.

En cualquier caso, toda la excepcionalmente diversa cantidad de mitos y leyendas escritas (Prada, 1997; Lara Peinado, 2002; Yoffee, 2005) de las que podemos obtener datos sobre el motivo de esta contribución están mayoritariamente escritos en sumerio o en acadio (Thomsen, 1991), en un periodo de tiempo extremadamente extenso que abarca desde los primeros textos del 2.500 a.C. a los últimos del s. I a.C. Nos hallamos en ocasiones con varias copias de un mismo poema, mientras que escasos fragmentos de otros textos, y en cualquier caso, este periodo de tiempo tan enorme ha posibilitado diferentes versiones, a veces contradictorias e incluso dispar o no correlacionada con otras manifestaciones descriptivas en la que los objetos artísticos son el soporte, y por ello su lectura debe entenderse como inmersa en el periodo e intencionalidad en que esa versión o texto fue escrito, y además, al igual que citamos a la ciencia-magia-religión casi como un todo (Levey, 1959; Ciruolo & Seidel, 2002; Sellés García & Solís, 2008), lo que hoy tenemos perfectamente definido como mito-leyenda-historia, era también entonces casi una misma cosa. Por ello, el emplazamiento de muchos lugares es incierto, los cursos de los antiguos ríos, las líneas de costa o los límites de los reinos son muchas veces meras conjeturas o están sujetos a permanentes debates, y aun quedan muchas lagunas, interrogantes y pruebas muy fragmentarias y se encuentran numerosos textos que están aún por traducir y estudiar, o se han estudiado por sus implicaciones y relación con otros textos, principalmente hebreos o griegos en relación a los últimos periodos (Asirio, Babilonio y Persa), especialmente de Estrabón, Tolomeo y Heródoto, y particularmente la *Biblia*, que con tantas referencias mesopotámicas (Chavalas & Lawson Youn, 2002; Ohler, 2009), ha sido sin lugar a dudas uno de los principales “acicates” para abordar muchos de estos difíciles o farragosos textos, pero nada o casi nada sabíamos de los periodos anteriores. Por todo ello, tratamos una civilización especialmente difícil de interpretar.

Ha de resaltarse que no han transcurrido apenas 170 años desde que la Arqueología descubrió los primeros bajorrelieves de los palacios asirios, cuando entonces comenzaron las primeras excavaciones arqueológicas (Andrae, 2010). Las primeras someras pesquisas arqueológicas en la región se llevaron a cabo en 1786 por Joseph de Beauchamps, pero habría que esperar hasta 1842 para la primera excavación arqueológica real, realizada por el cónsul francés en Mosul, Paul Émile Botta, y que inicialmente se centró en el área de Tell Kujunjik, cerca de Nínive. Posteriormente, por consejos de un aldeano local, se trasladó a una nueva excavación [inicio del expolio de las potencias europeas sobre el patrimonio mesopotámico que hoy impunemente (suponemos que con todo tipo de “justificaciones legales y jurídicas”) muestran en sus museos, apropiaciones que no acabarán hasta el reciente y

vandálico expolio en 1991 del Museo Nacional de Antigüedades en Bagdad, durante la invasión americana (más del 80% de los 170.000 objetos almacenados en él fueron robados o destruidos durante el saqueo que siguió la ocupación militar de Bagdad, piezas universales que sirven para subvencionar grupos terroristas e integristas, y acaban en casas de subastas europeas o americanas)]. Con estas primeras excavaciones aparecieron los primeros bajorrelieves asirios, lo que supuso el primer hallazgo histórico de las civilizaciones mesopotámicas, desde las que, hasta entonces, solo algo se sabía por las leyendas y textos griegos y las menciones en la *Biblia*.

Volviendo a la información que nos aporta su escritura, en las fases pictográficas iniciales fueron utilizados signos visuales que representaban tanto una idea como un fonema, y estaban inspirados en lo que rodeaba al hombre, normalmente en elementos de su utillaje y entorno habitacional, pero también en elementos de la naturaleza, y curiosamente con escasos elementos antropomórficos. Muchos elementos animales fueron utilizados (animales domésticos, aves o peces, en particular 11 mamíferos, 2 aves y 1 pez) pero, a diferencia de la escritura egipcia, muy pocos artrópodos, si bien varios elementos de la escritura proto-elamita recuerdan bastante la imagen de la mosca (Fig. 3) que, sorprendentemente, también aparecerá en la escritura jeroglífica.

El uso de este tipo de escritura pictográfica en esta zona acaeció casi simultáneamente con lo ocurrido en Egipto, y mucho antes de la invención del alfabeto por los Fenicios (hacia el 1.000 a.C.) (Moscatti, 1988), modelo que un par de siglos después adoptarían los griegos (Fig. 5) y los hebreos rotando o modificando algunos caracteres. La escritura en Mesopotamia comienza como sistema pictográfico e ideográfico, es decir las manifestaciones eran dibujos que representaron objetos e ideas. El signo para la idea ‘boca’ podría significar la ‘boca’, ‘palabra’, ‘hable’ etc. Posteriormente el método de dibujar signos con estilos de cabeza triangular generó rápidamente la aparición de elementos abstractos y su característica escritura cuneiforme, bien en sumerio o en acadio, aunque los sumerios siempre llevaron lo ideográfico en su corazón (Thomsen, 1991; Bottéro, 2004; Calvet, 2007).

Los ideogramas pronto fueron suplidos por signos fonéticos que representaban combinaciones de sonidos, llamados ‘silabogramas’ (Fig. 4), y las construcciones conservan parte de este origen. En sumerio y acadio se han descifrado multitud de textos sobre tablas de arcilla que son de una variedad asombrosa (Fig. 6, 7). Hay textos históricos, médicos, religiosos, mágicos, legales, económicos, etc., y en muchos de ellos los silabogramas están relacionados con los animales, de los que obtenemos una interesante información, y también de nuestros *bichos*, y ahora hablaremos de su rico acervo lingüístico sobre este particular.

En la figura 4 vemos la transformación del escorpión pictográfico en *gir* (escorpión), GIR2 en Sumerio y *zuqaqipu* en Akadio. De igual forma conocemos al *lul/ alluttu* para el concepto cangrejo, *ha’ a/ kalabunu* para un tipo de langosta, *bir/erbu* para la langosta, *ium/dug lummû* para la araña, y un largo etc. Sobre este particular diremos que hay referencias en las que también los insectos, y en particular el escarabajo, podría haber sido uno de los símbolos idio-pictográficos que los Sumerios transformaron hacia el fonema “*uh*” de su escritura cuneiforme. Muchos términos sumerios están precedidos del citado determinativo “*uh*”, y muchos se inician con la palabra “*buru*”, y en acadio “*bu*” o “*nu*” forman parte de los

términos entomológicos, que no deja de sorprender al recordar el término anglosajón “bug” que familiarmente los define. La habilidad del escriba permitía transmitir una enorme cantidad de información en un espacio relativamente pequeño, manteniendo la legibilidad de los textos (Fig. 6, 7) (Bottéro, 2004; Calvet, 2007), que mayoritariamente son de naturaleza comercial o legislativa (la más antigua de Ur-Namu del periodo neosumerio).

Los textos del Rey asirio Ashurbanipal (669 – 626 a.C.) descubiertos en Nínive y en particular las *Tablillas XI-XV* de la Serie Har-ra Hubullu, dan cuenta en sumerio y acadio (dentro de los 407 animales citados) de 121 nombres diferentes de insectos agrupados en categorías similares a las que hoy conocemos (Odonata, Diptera, Hymenoptera, etc.), e incluso resulta muy interesante que alguna de estas listas incluyan de forma separada insectos nocivos para los cultivos o para los alimentos almacenados. La ausencia de hemípteros o coleópteros de estas listas sugieren que son incompletas y que alguna de ellas debió perderse y, en cualquier caso, representa el primer texto de Zoología conocido y es reflejo del interés que estos animales despertaban. Si bien su clasificación es muy básica y es similar a la que emplearía Plinio (sin llegar a lo que Aristóteles aportó), su influencia se mantuvo en la zona durante miles de años, y los árabes mantuvieron similar sistema de clasificación y quedan remanentes de todo ello en el *Talmud* hebreo, y las fuentes helenísticas también bebieron de la Ciencia Sumeria y Babilónica (Bottéro, 2004; Sellés García & Solís, 2008).

Aunque hablaremos de ello cuando tratemos su medicina, también conocemos tablillas babilónicas y sumerias donde aparecen conjuros para evitar las picaduras de escorpiones y remedios para ellas (GÍR.TAB T.I.LA: *zuqaqipa bullutu; ziqit zuqaqipi pussuhi*) o para evitar las langostas (KÚ BUR DIB.BI.DA: *akal erbi sūtuqi*). De la importancia de los insectos entre los mesopotámicos también dan fe algunos textos que representan vocabularios relacionados con los animales (KBO 1.52) y otro texto (KUB 3.94) lista una serie de insectos que producen daños, incluyendo langostas, orugas, grillos u hormigas, siendo pues el primer documento de Entomología Aplicada (Smith *et al.*, 1973), y hay referencias que demuestran la importancia de los insectos en su vida, ofrendas y cultos cotidianos, como es el caso de la oraciones para evitar sus devastadores efectos (Fig. 58, 59) o su uso en prácticas de adivinación relacionada con los cultivos (Annus, 2010).

Como ocurrirá en el Mundo Greco-Romano, los insectos formaban parte de sus rituales adivinatorios, o así se deduce del texto cuneiforme de la Colección Kuyunjik que contiene hasta 65 augurios relacionados con insectos. Los procesos de adivinación en Mesopotamia, fueron extremadamente cotidianos y representaban parte de su “ciencia” (Ciraolo & Seidel, 2002; Sellés García & Solís, 2008; Annus, 2010). Existen diferentes textos donde se listan los animales utilizados en oráculos y predicciones, y *bichos* como hormigas, polillas, saltamontes, grillos, orugas, e incluso xilófagos aparecen entre ellos (los griegos y romanos conservarían muchos de estos entomológicos elementos).

Citemos de pasada que también los textos hititas, que adoptaron caracteres asirios y desarrollaron una literatura llena de simbolismo y elocuencia, hallamos en su léxico numerosos términos relacionados con el mundo animal (y apícola) de donde obtuvieron mucho de su imaginería y simbología, muchos de ellos con similares potestad o figuración,

como el *Árbol sagrado* y el *Árbol del bien y del mal*, y la vinculación de la serpiente con el demonio o la coexistencia armoniosa y pacífica de animales predadores y presas en el Paraíso, que podría tener para los paraísos monoteístas en ellos su origen.

Generalidades sobre el arte mesopotámico

Dejando al margen su colosal arquitectura, de la que solo haremos contadas referencias, nos circunscribiremos a aquellas manifestaciones artísticas donde tendremos probabilidad de hallar elementos del tema que nos interesa. Al igual que hemos citado al hablar de los elementos escritos con sus versiones contradictorias o parcialmente perdidas, el Arte Mesopotámico (y veremos que también su mitología) igualmente está sometido a esta dificultad añadida, agravada por la falta de subtítulos o referencias con que nos han llegado la mayoría de las obras. Al margen de las descripciones escritas, prácticamente solo podemos poner como ejemplos de ello algunas deidades de algunos de los conocidos kudurrus que portan sus nombres (Fig. 46), ciertas inscripciones de deidades en figuras neo-asirias y neo-babilónicas, o palabras mágicas que los identifican (Ciraolo & Seidel, 2002) o estelas conmemorativas erigidas por reyes o gobernantes asirios que permiten correlacionar ciertos símbolos con las deidades que se citan y que en el Arte Glíptico, con mayor capacidad descriptiva y narrativa, especialmente en el Periodo Acadiano, sí nos puede proporcionar una mayor y fina información al respecto. Salvo esto, y poco más, es por lo que hallamos una enorme dificultad interpretativa en el Arte Mesopotámico, a diferencia de otros objetos egipcios o clásicos, que tanta información nos ha dado sobre ellos para identificar los personajes o sus historias. La cuestión se complica aún más tras los saqueos de unos y otros, el traslado a lugares alejados de piezas como botines de guerra y su utilización iconográfica o añadidos locales al servicio de su propia sociedad, de forma algo similar a lo que pasó con la absorción de elementos orientales o mediterráneos orientales por los griegos (Thoorens, 1977), y de estos a los romanos, y del mundo pagano a la cristianización de Europa, pero de unos y otros ya poseíamos una enorme información.

El Arte, por su capacidad visual, se utiliza por primera vez de forma inequívoca como medio ideológico de transmitir, fijar e instrumentalizar todas las estructuras del poder que permitía la cohesión de tan complejas y guerreras sociedades (Wolf, 1972). Consecuentemente resulta un arte muy masculinizado, y desde el Periodo Acadio la figura masculina resultó habitual en todo el Arte Mesopotámico (igual ocurrirá posteriormente con la citada masculinización del Panteón Europeo en el Mundo Griego y las religiones monoteístas).

A través de los yacimientos de Sumer, Babilonia, etc., parece deducirse que el Arte Mesopotámico es un arte sagrado, orante, fantástico, con pocas concesiones, austero y que parece hecho para orar o para inducir a los fieles a orar, hasta el punto que (como prácticamente ocurrirá con el Arte Medieval Europeo) en el tercer milenio es un Arte exclusivamente religioso. Desde las ciudades estado entre las que hallamos las míticas Uruk, Ur, Kish o Mari del llamado Periodo Pre-sargónico, lo divino empieza a ser el único motivo de inspiración en sus imágenes artísticas (el hecho se repetirá desde Egipto y las Civilizaciones Precolombinas al Medioevo Europeo), siendo sus recoletos y “piadosos” dioses - reyes y sus “asustados” orantes sus elementos característicos (Schmökel,

1965; Lara Peinado, 1989, 1999, 2000; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Ascalone, 2008; Algaze, 2008; Foster, 2011).

Nuestra actual mentalidad sintética y analítica choca con la mentalidad de esta civilización cargada de magia, de símbolos y de mensajes (Ciraolo & Seidel, 2002; Annus, 2010), y como ocurrirá en Egipto, su visión mítica del cosmos les hizo percibir el mundo a base de imágenes que poseen una evocación simbólica y mágica, y antes de medir o contar estrellas (que es lo que hoy haríamos nosotros) ellos vieron y dibujaron las figuras que formaban.

A partir de este punto, pasemos a sus animales (y sus artrópodos) en sus creencias y mitología, ya que nos van a dar mayor probabilidad de hallar a los artrópodos relacionados con ellas, sea en sus objetos de culto o cotidianos, en sus actividades o en sus conocimientos aplicados.

Los animales en las creencias y la figuración mesopotámicas

Generalidades sobre los animales mesopotámicos

Al margen de otros conocidos elementos arquitectónicos o de manifestaciones artísticas donde la figura humana es monotemática (Strommenger, 1964) de los que sólo haremos algunas referencias pues escapan de la intención de este artículo, nos centraremos en el Mundo Animal mesopotámico, del que anteriormente ya hemos citado algún elemento general, para particularizar posteriormente en el tema que, de entre ellos, nos ocupa.

Ya hemos citado la necesidad del hombre de dar explicación a las características de cada uno de los animales y, en cualquier caso, los animales son omnipresentes en el mundo mesopotámico, y si en un principio sus deidades eran animales con sus correspondientes atributos (Klingender, 1971; Roy, 1994; Rawson, 1997), hacia la primera mitad del segundo milenio a.C. empiezan a poseer rasgos humanos y posteriormente mezcla de elementos animales y humanos, similar a lo que acontecía en Egipto. Los animales son muy utilizados, y muy frecuentemente asociados a divinidades sobre todo en las llamadas épocas animalísticas de los diferentes periodos, en ocasiones más toscamente tallados, y en otras, como en el Arte Asirio, con un elevado realismo y un impresionante grado de naturalidad y expresividad (Strommenger, 1964), que tanto afectó a la hierática estética griega previa, aún similar a la hierática figura humana de la mayoría de las representaciones mesopotámicas (Grecia aplicaría en el Helenismo el movimiento, la anatomía, el dolor, los sentimientos y el gesto de las representaciones animalísticas mesopotámicas/persas a su estatuaría humana). Al margen de estos logros asirios, la representación humana mesopotámica sigue la ancestral Ley de la Frontalidad, e intenta sustituir a la persona más que representarla, con cabeza y rostro desproporcionados respecto al cuerpo (realismo conceptual), simplificadas y frontales (con parte derecha e izquierda absolutamente simétricas) y condicionadas por el geometrismo (figura dentro de un esquema geométrico que solía ser el cilindro y el cono), y donde sus representaciones humanas se veían afectadas por una total indiferencia de la realidad.

Es conocido que los dioses teromórficos (con forma de animal) son culturalmente de origen camita (norte Africano), mientras que los dioses antropomórficos (cuerpo humano y cabeza animal o al revés) son de origen semítico (Oriente Medio). De forma similar a la utilización de los animales en el

Arte y el Panteón de Egipto, donde los animales cumplían su papel en el día a día de las cosas, de las actividades y los rituales cotidianos, en el Arte Sumerio hallamos la misma intencionalidad (Roy, 1994; Rawson, 1997). Sólo en la Mesopotamia Asiria la imagen humana y de los grandes animales es narrativa, naturalista y generalmente utilizada para exaltar su visión cósmica de las cosas, como propaganda real para conmemorar las grandes hazañas y acontecimientos históricos, la gloria de los gobernantes o la heráldica animalística (por ellos inventada) de las grandes familias, alcanzando en ocasiones, como en el *Obelisco de Shalmaneser*, en las pinturas murales del *Palacio de Til-Barsip* o en los frisos del *Palacio de Persépolis* y del *Palacio de Asurbanipal* (c.650 a.C.), y aún sin el empleo de la perspectiva, un realismo impresionante, y donde el animal se representa sin otro simbolismo más que el propio animal, y cuya maestría tuvo una gran influencia en la Cultura Sasánida, Indú o Islámica, llegado su influencia hasta nuestra Edad Media principalmente a través del rastro Fenicio y Griego (Thoorens, 1977; Penglase, 1994; Robertson, 1997; Dalley, 1998), que generaron una enorme influencia en la iconografía y simbología de Occidente. También el Arte Iraní (Persa o Aqueménida) que tuvo su apogeo entre el 550-330 a.C., ofrece excelentes muestras de maestría a la hora de representar animales y narrar escenas con una peculiar personalidad e influencia de otras culturas.

Los animales aparecen en escenas de caza, religiosas, históricas, ceremoniales, domésticas o narrativas (Fig. 48), y en general estuvieron muy utilizados en su arte (Strommenger, 1964), casi tanto o más que la propia figura humana, que suele carecer de la vitalidad y la naturalidad que imprimieron en sus obras animalísticas los artistas mesopotámicos, aunque es verdad que sobre objetos pequeños, como los sellos, muchas veces se ofrecen demasiado esquemáticos y es imposible identificarlos con una mayor precisión (Lám. I).

Mayoritaria y casi omnipresente es la figura del toro (Strommenger, 1964), con enormes toros monumentales, muy estilizados y realistas (genios protectores, monstruosos y fantásticos como todo lo sobrenatural en Mesopotamia), símbolo de la virilidad que fue elevado a veces a la categoría de dios, y también de leones - leonas bien en forma individual o en escenas de caza, y que no siendo necesarios para la obtención del alimento, quedó ("obviamente") reservada a la realeza, y la practicaban para dar legitimidad a su poder, siendo los felinos los más representados en estas escenas, y las imágenes sobre su caza y muerte fueron la propaganda del poder real, de hecho la palabra *paraíso* deriva de la palabra persa que designa *el parque de caza del rey*. También los textos reflejan enormes cacerías (matanzas), así el Rey asirio *Tiglath-pileser I* se jactaba de haber dado muerte a 4 toros, 10 elefantes y 920 leones. Como conocemos en el Paleolítico Superior, en Egipto, y posteriormente en Europa y en África, también en Mesopotamia la extinción de los grandes mamíferos estaba servida (el asunto no acabó allí y las matanzas de millones de grandes animales en manos de marajás, emperadores, reyes, reyezuelos, nobles y burgueses continuaron sin solución de continuidad, y las "hazañas" de reyes cazadores llegan hasta nuestros días).

Al margen del toro, el Arte Mesopotámico se decanta por los mamíferos predadores (leones, panteras, gatos silvestres, guepardos, perros, zorros, lobos o chacales), otros como caballos, asnos, búfalos, osos, bisontes, camellos, dromedarios, jabalíes, perros y cabras, muflones y muchísimos cérvicos.

dos, y con menos frecuencia elefantes o animales marinos como delfines, y elementos foráneos como monos, cocodrilos, rinocerontes o ciertas aves que sugieren un comercio de animales exóticos con el Valle del Indo o Egipto, y hay constancia sobre su uso en parques y jardines zoológicos o de particulares (Segura Munguía, 2005), así como su utilización como pago de tributos (Fig. 48), que demuestran el valor con los que se les consideraba. También aparece una enorme variedad de aves, reptiles, anfibios, peces y desde luego *bichos*, principalmente cangrejos, moscas, saltamontes, escorpiones, arañas, ciempiés y cucarachas que iremos poco a poco viendo en los próximos apartados. En cualquier caso destacamos la poca frecuencia de animales de pequeño tamaño y de invertebrados, salvo ciertos reptiles como serpientes o tortugas y los citados artrópodos que aparecen, como veremos, con cierta frecuencia en vasos labrados, sellos, kudurrus y relieves. Recogemos en la bibliografía trabajos que tratan los animales representados en el Arte Mesopotámico y algunos recomendamos (Catherine, 1929; Van Buren, 1937, 1939; Schmökel, 1965; Cloudsley-Thompson, 1990; Lara Peinado, 1999, 2000; Collins, 2002; Margueron, 2003; Crawford, 2004; Ascalone, 2008; Algaze, G. 2008; Foster, 2011).

Los animales, y algunos artrópodos con ellos (cangrejo, escorpión) entre sus astros

Otro elemento interrelacionado con el mundo animal y omnipresente en el Arte Mesopotámico se origina y parte del firmamento, espacio a partir de cuyos astros y evolución prevenían y organizaban mayoritariamente su existencia, desde sus vidas cotidianas a sus guerras y hazañas. En su visión del universo los Caldeos y los Sumerios vieron, como no, figuras de animales que formaban las estrellas, y crearon el Zodiaco que aún hoy conservamos (Crawford, 2004). El término parece provenir del latín *zodiācus*, y éste del griego *ζῳδιακός* de *Zoo* (animal) y *diakós* (camino): *El camino de los animales*, aunque hay quien sostiene que su etimología deriva de *Zoo* (animal) y *Oikos* (casa): *Las casas de los animales* o *Los animales de las casas*. Por su interés respecto al tema que tratamos, dada la inclusión en el cielo de figuras que nos interesan (principalmente la constelación de Escorpio y de Cáncer) y por su repercusión en la iconografía de los zodiacos posteriores nos detenemos en ellos brevemente.

El simbólico, mágico y supersticioso mundo mesopotámico se nos ofrece lleno de sugerencias y con un marcado simbolismo y, al margen de lo acontecido en Egipto, sólo hasta el Románico Europeo llegará a desarrollarse una manifestación artística tan cargada de magia, símbolos y de mensajes, animales/artrópodos incluidos (Ciraolo & Seidel, 2002; Annus, 2010). Como ocurrirá a finales de la Civilización Egipcia, también en Mesopotamia, su visión mítica del cosmos les hizo percibir el mundo a base de imágenes que poseen una evocación simbólica y mágica (Roaf, 2000) y, como hemos indicado, antes de contar estrellas (que es lo que haríamos nosotros hoy día) ellos vieron las figuras que formaban donde, naturalmente, no faltan los animales.

Aunque más relacionadas con la adivinación que con la Astronomía en sentido objetivo (Annus, 2010), las primeras actividades astronómicas que se conocen de los Babilonios datan del siglo VIII a.C. (Frayne, 1990; Leick, 2007), y eran consideradas como señales de las intenciones divinas aplicables a predecir el futuro, especialmente en las esferas políticas y militares, pero también para medir y aplicar un necesario

calendario. Sabemos que en este período ya existían libros de astrología con la trayectoria de los astros (Fig. 7) y previsiones sobre los eclipses de sol, ampliando el saber científico, principalmente relacionado con las Matemáticas y la Astrología (Hodgkin, 2006), y que posteriormente daría origen a la Astronomía. Midieron con precisión el mes y la revolución sinódica de los planetas, y existen documentos que reflejan observaciones diarias de la bóveda celeste y su evolución. Ellos calcularon la periodicidad de los eclipses, y la observación más antigua de un eclipse solar procede también de los Babilonios y se remonta al 15 de junio del 763 a.C., así como registros del Cometa Halley en 164 a.C. y 87 a.C., describiendo el ciclo de Saros (= 223 meses sinódicos ó 18 años 11,3 días), el cual aun hoy se utiliza. Construyeron un calendario lunar y dividieron el día en 24 horas (que seguimos usando). Al margen de su finalidad religiosa, probablemente sus zigurates, especialmente en las ciudades de Babilonia y Uruk, fueron usados para estas observaciones, aunque constelaciones y estrellas siempre estuvieron vinculadas, como veremos, a sus deidades.

Salvo algunas interpretaciones citadas en la Prehistoria (Cuevas de Arce y petroglifos de Eira do Muros y Alvão de España y Portugal, y en el Neolítico de Çatal Huyuk, c. 7400-6200 a.C., en Anatolia), corresponde a los Babilonios la asociación de ciertas constelaciones con sus meses. Hacia el 1.000 a.C. 18 signos eran reconocidos (incluida la desaparecida araña), y hacia el 600 – 500 a.C. se limitaron a 12, pudiendo poseer un solo mes dos constelaciones (Tauro y Pléyades, Géminis y Orión, Piscis y Pegaso, etc.), y hacia el 400 a.C. quedarán en solo doce, una por mes, que en el mismo orden (iniciando por Aries o primer mes de la primavera que se corresponde con mediados de Abril-mediados de Mayo) permanecen hasta hoy día. Hacia el s. V a.C. se generalizó el uso del zodiaco para predecir la fortuna de los ciudadanos (Frayne, 1990), y finalmente nos legaron muchas de las descripciones y nombres de muchas constelaciones que Tolomeo y los árabes nos transmitieron.

El sol, la luna, los planetas y sus ciclos representaban su supervivencia en relación con las estaciones, la agricultura (El Faiz, 1995), y sobre todo con las crecidas y estiaje de los ríos (Gomis, 1992) y el depósito de sus sedimentos, no en vano citemos que recientes datos paleo-climáticos parecen hacer coincidir fuertes periodos de sequías de más de 200 años (hace 4.200 años) con los periodos de agitación política y social (Fagan, 2004) que coincidieron con la caída del Imperio Acadio (en los tres últimos años cuatro hombres fueron proclamados emperadores), hechos que parecen estar relacionados con épocas de terribles sequías (similares versiones se han citado con la caída del Imperio Romano o alguna Civilización Precolombina), y que un siglo después de su fundación acabaron con una civilización que había florecido hace 4.300 años y había generando el primer gran imperio conocido, desde la actual Siria, Anatolia a Irán, sustentado en un perfecto ejército, organización y comercio. Ya en Babilonia meridional (Caldea) se habían observado que las órbitas del sol, la luna y los cinco planetas entonces conocidos (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno) describían trayectorias de 16° de arco celeste (Fig. 7) y nos legaron muchas de las descripciones y nombres de las constelaciones algunas de las cuales luego los griegos llamaron zodiacos por contener grupos de estrellas que se asignaron mayoritariamente a animales (signos zodiacales) y que anotamos a continuación.

Nombre sumerio (acadio)	Traducción (sumeria)	Traducción acadia	Divinidad asociada	Constelación actual
1 Mul-Mul (<i>zappu</i>)	Las Estrellas	Crin, melena	Enlil	Pléyades
2 ^{mul} Gu-an-na	El Toro Celeste (de An)	La quijada del toro	Adad / Ishkur	Tauro
3 ^{mul} Sipa-zi-an-na	El Pastor Celeste (de An)		Papsukkal	Orión
4 ^{mul} Šu-gi	El Antepasado, el Viejo		Enmesharra	Perseo
5 ^{mul} Gam / ^{mul} Zubi	El Bastón, el Báculo		Gamlum	parte del Auriga
6 ^{mul} Maš-tab-ba-gal-gal	Los Grandes Gemelos		Lugalgirra y Meslamtea	Géminis
7 ^{mul} Al-lul	El Cangrejo		Anu / An	Cáncer
8 ^{mul} Ur-Gu-la	El León		Latarak	Leo
9 ^{mul} Ab-sin ₂	El Surco de la Siembra	Espiga	Shala	Virgo
10 ^{mul} Zi-ba-ni-tu ₄	La Balanza	La Balanza	Shamash / Utu	Libra
11 ^{mul} Gir ₂ -tab	El Escorpión		Ishhara	Escorpio
12 ^{mul} Pa-bil-sag /	El "Flechador", Arquero		Pabilsag	Sagitario
13 ^{mul} Suhur-mash	La Cabra-Pez		Ea / Enki	Capricornio
14 ^{mul} Gu-la	El Grande, el Gigante		Ea / Enki	Acuario
15 ^{mul} Sim-mah	(Las colas de la) Golondrina, la Gran Golondrina			Pegaso, Equulei y parte deste de Piscis
16 ^{mul} A-nu-ni-tu ₄	La Dama del Cielo		Anunitu	parte de Piscis (Pez oriental)
17 ^{mul} Lu ₂ -hun-ga	El Jornalero, el Aparcero, el Campesino		Dumuzi	Aries

El primer elemento artropodiano que desde entonces quedó fijado en el cielo fue Escorpio. Su vinculación al mundo astral se remonta al 4.000 a.C., y aparece en la citada cerámica de Samarra o Susa (Fig. 1, 2) en colores verde, pardo, violeta o rojos de gran estilización y belleza, e incluso, en yacimientos donde la representación animal es muy escasa, como es el caso de Eridu, se mantiene presente, y en otros periodos más animalísticos (el de Jemdet Nasr o en yacimientos de Fara, Tepe Gaura o Tell Asmar) son muy frecuentes (junto con jabalíes, grullas, zorros, serpientes, felinos o la araña, ya aparece en Çatal Huyuk de Anatolia, c. 7400-6200).

Conocemos este saber desde las *Tablillas de Cambises* (s. VI a.C.) y especialmente las *Tablas de Mul-Apin*, que son la principal fuente de conocimiento astronómico mesopotámico que poseemos (datan del periodo asirio c. 687 a.C.), aunque seguramente su composición se remonta al 1.000 a.C. y sin duda, en esta lista se incluyen datos astronómicos aún más antiguos, pero es difícil determinar cuáles se remontan a la época sumeria y cuáles son del primer milenio a.C. En estas tablas se introducen con un prefacio en el que se menciona al dios lunar Sin de origen semita: "Los dioses que están en el camino de la luna, de Sin a través de los que la luna pasa en el transcurso de un mes ..." y se asociaba cada una de las constelaciones con una divinidad (como a ellos afectaba e influía, la luna sigue marcando entre nosotros cuándo tendremos nuestros días de vacaciones en Semana Santa).

Por todo ello es frecuente que aparezcan o se citen cangrejos o escorpiones relacionados con los fenómenos astronómicos, así ocurre en una tablilla (Fig. 7) que menciona su trayectoria entre el 1º y 9º mes, o en la kasita *Estela de Melisikhu* hallada en Susa y datada hacia el 1.043 a.C. y que señala los equinoccios con dos signos, el de verano con un arco graduado y el del otoño con un escorpión y la palabra "N'ibiru" = travesía. También, especialmente el escorpión aparecerá en estelas funerarias kasitas o mojones fronterizos babilónicos claramente asociado a motivos astrales, especialmente al astro solar (Fig. 46, 47, 53, 54) o a otros seres benéficos como el toro o el centauro (Fig. 31, 50, 52) con ciertas reminiscencias mitráicas (Fig. 71, 72).

Aunque en ocasiones están por descifrar muchos de sus símbolos y credos, a partir de sus primeras actividades astronómicas deducimos de los Babilonios su naturaleza mágica (y poco o nada práctica/ aplicada) a pesar de sus enormes observaciones y conocimientos (Frayne, 1990; Ciruolo & Seidel, 2002; Leick, 2007). Pongamos como ejemplo de la a veces "esterilidad" de sus conocimientos astronómicos / matemáticos un sencillo caso relacionado con la magia de los números 3, 7 y 12. El tres era el signo mágico con el que se dividía el horizonte (Anu, Enlil y Ea), el siete de enorme poder mágico con sus siete dioses *Mayores*, las Pléyades y las siete *Puertas del inframundo*, y son doce los signos del zodiaco (que con nosotros heredarán islámicos, hindúes y chinos) y doce los cantos del poema babilónico *Gilgamesh*. Números cabalísticos de enorme repercusión en Occidente, y por mencionar reminiscencias citemos el 3: la Santísima Trinidad, tres estados del alma (paraíso, purgatorio, infierno) que refleja Dante en su *Divina Comedia* con tres partes divididas en cantos compuestos en tercetos, con tres personajes principales: *Dante*, *Beatriz*, y *Virgilio*, cada estrofa tiene tres versos y cada una de las tres partes cuenta con treinta y tres cantos, el 7, como los siete pecados capitales, los días de la semana, o el 12: doce trabajos de Hércules, doce tribus de Israel, doce mandamientos, doce profetas menores, doce apóstoles, doce escuelas de aritmética y lectura, doce artes mayores, doce meses al año, etc.

Los animales, y algunos artrópodos entre ellos (araña y escorpión), en sus creencias y su mitología

Utilicemos algunos datos sobre lo anteriormente citado como enlace a sus creencias y como elementos a tener en cuenta para adentrarnos en el estudio de los diferentes artrópodos que los mesopotámicos utilizaron es su mitología, en su complejo laberinto de dioses y deidades, y en definitiva en su religión. Hablamos de las citadas constelaciones del escorpión y del cangrejo, ya que en más de una ocasión los hallamos vinculadas con sus deidades Dhorme & Dussaud, 1949; Dalley, 1991; Yoffee, 2005).

Cada Ciudad Estado poseía su dios local (similar a lo acontecido con los *Nomos* egipcios o los dioses locales griegos, y reminiscencias quedan en nuestros Santos Patronos y Vírgenes locales), el cual era considerado inicialmente rey (*lugal* = gran hombre), y que con carácter hereditario era dueño de todas las cosas, personas y actividades. Su gobernante era su representante humano, también rey y también con carácter hereditario (hecho que desde entonces se mantiene, en algún caso incluso conserva sus prerrogativas “divinas”, alguna y hasta hace unos meses, muy cercano a nosotros), y transmitía sus órdenes al pueblo en el irónicamente llamado “Socialismo Teocrático”. En el templo estaban presentes los dioses en forma de severas estatuas, y éste edificio era el centro de las ciudades y el núcleo económico donde se acumulaban los bienes y se realizaban los préstamos. En ocasiones había otras ceremonias religiosas en próximos bosques sagrados o colinas.

Los sacerdotes administraban el templo dando origen a la escritura según hemos citado. El trabajo de toda la sociedad se realizaba en función de su divinidad, y el templo era el centro de administración, no sólo religioso sino del trabajo, los proyectos, las decisiones y los recursos (Dhorme & Dussaud, 1949; Klima, 1983). A cambio, el rey “humano” intercedía ante los dioses “no humanos” por su pueblo, y aseguraba las cosechas, el control de la naturaleza y su cosmología, basada en una aparente rigidez de su sistema. Posteriormente (desde el Período Sargónico) se va logrando la progresiva suplantación de poderes divinos entre los gobernantes en una marcada tendencia teocrática que generó la progresiva identificación del poder del monarca por su posición mayor tamaño con relación a los restantes elementos, y sus atributos, anteriormente reservados a los dioses, acaban recayendo sobre su persona, y consecuentemente con la identificación de la persona del monarca con una o varias deidades de las que acabó por ser su mera reencarnación entre los mortales, quienes ofrecían culto para glorificarle, de forma paralela a lo que estaba ocurriendo con los Asirios o a orillas del Nilo, no demasiado lejos de allí (y acabará ocurriendo en Roma), o a lo que, como influencia y ejemplo de su “eficacia”, fue heredado por tantas civilizaciones posteriores y se ha mantenido, 5.000 años después, en numerosas dinastías y credos, aún hoy día como deidades coronadas y vigentes (parece que la vanidad y la codicia humanas no tienen medida ni límites, siendo uno de los elementos más incommensurables del universo).

Entre la pléyade de divinidades y deidades mesopotámicas (Dhorme & Dussaud, 1949; Dalley, 1991; Black & Green, 1992), bien generales o bien locales que se sucedieron (cada etnia o ciudad tenía sus propios dioses y por citar un ejemplo, sólo en la ciudad sumeria de Suruppak se han contabilizado más de 500), su poder divino e importancia estaba lógicamente en relación al poder de la ciudad que lo veneraba (similar a lo adoptado en los citados *Nomos* egipcios), y que con una u otra denominación estaban sometidas a culto en las distintas ciudades, imperios o periodos anteriormente citados. Generalmente los dioses tenían forma, aspecto, necesidades y emociones humanas, y han sido definidas algunas (deidades, demonios, motivos o símbolos) relacionadas con la génesis del mundo, con los elementos celestes o terrestres, o asociadas a ciertas actividades humanas, junto a otros seres sobrenaturales (hadas, espíritus, espectros, etc.), responsables de potestades, enfermedades, plagas y males (Black & Green, 1992). Parece que existió una marcada tolerancia religiosa y que los dioses

de una y otra región se asimilaban, como es el caso de los panteones sumerio y acadio que se fusionaron. A veces cambiaban de sexo, de estatus o varias deidades menores se asociaban en una de rango mayor, y estas deidades aparecen con diferentes denominaciones o atributos según la zona del culto, lo que hace aún más difícil el seguimiento e interpretación de los datos que sobre ellas se han obtenido.

Junto a los tres grandes dioses Enlil, principal dios y progenitor de las divinidades menores; dios del viento, del agua y de la tierra, An (Anu), dios del cielo y el padre de los dioses y Enki, dios de la sabiduría (Ea, creador de los hombres) dios de las aguas subterráneas y de sus criaturas (los tres germen de la Trinidad Cristiana), existían otros como el dios Solar Utu (hacia el 5100 a. C. se llamaba Ninurta) o Lunar Nanna (Nannar). También pueden citarse a Aruru, diosa creadora de la humanidad, Adad, dios de los elementos, Ninhursag, diosa de las montañas, Dumuzi, dios que protegía el ganado de los animales salvajes, Abu, dios de la vegetación, Nidaba, diosa de los cultivos y la escritura o Ishtar y Zababa o Ninurta, diosa y dioses de la Guerra. Como hemos citado, también existieron multitud de dioses locales (Black & Green, 1992), y como ejemplo mencionemos a Marduk, dios encargado de restablecer el orden celeste, de hacer surgir la tierra del mar y de esculpir el cuerpo del primer hombre (de clara influencia en el *Génesis* bíblico) y que fue impuesto por el rey Hammurabi en el siglo XVII a. C., al unificar el estado y nombrar a Babilonia su capital.

Vemos que sus dioses y deidades estaban asociados a distintas actividades (ver bibliografía y enlaces), es decir, que tenían dioses de la ganadería, escritura, confección, etc. (tales potestades serán comunes a las religiones posteriores y reminiscencias de ello persisten en los Santos Patronos cristianos). El hombre necesitaba provocar la bondad o la ira de los dioses, ya que estas fuerzas escapaban a su control. Mediante oraciones y ofrendas a ellos, esperaba congraciarse con sus poderes ocultos, pero para ello necesitaba dotarles de una apariencia física que asociara su aspecto con sus poderes, siendo los animales y sus cualidades el elemento más próximo y conocido para este menester (igual ocurriría en las restantes civilizaciones, sea la egipcia, las precolombinas o los *Bestiarios Medievales*). El aspecto humano de los dioses les daba mayor accesibilidad (en el caso de los dioses griegos incluso adoptaron sus pasiones e impulsos), y con la herencia recibida de tiempos pretéritos, los elementos extraídos de las cualidades animales reforzaba sus potestades. Algunas deidades muestran atributos iconográficos que los acompañan en sus representaciones (Lara Peinado, 2002), así Shamash, dios sol - con un sol, Sin, dios lunar - aparece junto a una media luna o Nusku, dios del fuego - cuyo símbolo es una lámpara, y lógicamente muchas otras divinidades mesopotámicas estuvieron asociadas con determinados animales: dragón con Markud, centauro con Pabilsag, Bau diosa de la fecundidad se acompaña con un ganso, Gula, diosa de la salud se acompaña con un perro, o el pez con Ea, el león con Ninurta, la abubilla con Nusku, etc., y otras deidades zoomorfas como Ningirsu, diosa de la fertilidad con el águila leontocéfala o Shuqamuna que presidía la fecundidad del ganado y su emblema era un pájaro. Mención especial merecen las deidades que están relacionadas con los artrópodos, especialmente con el escorpión, la araña, el cangrejo, etc., y ya que hemos mencionado que el Arte Mesopotámico es un arte mayoritariamente religioso (Strommenger, 1964), será en la asociación con

estas deidades donde tendremos mayor oportunidad de hallarlos.

Una de las deidades artropodianas es la diosa sumeria Inanna, diosa creadora y de la Madre Naturaleza, de los dioses, del amor y de la guerra, que a veces aparece con unos juncos atados y está vinculada con la araña. También relacionada con la araña poseían los sumerios a Uttu, diosa de los tejidos y del arte de tejer, y que en las fases iniciales aparece como mujer desnuda y abundante, que derrocha atributos femeninos por doquier (Marinatos, 2000) y que luego adopta aspectos más elaborados. Estaba relacionada con el agua/ el pez y la araña donadoras de vida, y quizás por ello en sus primeras representaciones está asociada a imágenes de ordeño y batido de la leche, y a lo largo del tiempo adoptará otras denominaciones llamándose Istar entre los Acadios, Asarté en el Levante o Atargatis entre los Asirios y Nabateos. Diosa del destino, de la fertilidad y la creación y por ello de los cielos y del agua que riega los cultivos (por lo que también se la representa con un pez) y probablemente se refieran a ella muchas de las arañas que aparecen en sellos (Fig. 22) y otros objetos, y es curioso que la potestad creadora de la araña se repetirá en otras numerosas civilizaciones y culturas (Monserat & Melic, 2012). Por su naturaleza creadora aparece en ocasiones relacionada con la vegetación, los astros o los zodiacos (Fig. 69), y también aparece en referencias escritas con connotaciones protectoras y temibles, así en un poema sumerio se dice de ella: “*cual temible como un león con tu veneno aniquilaste a los hostiles y a los desobedientes*” que la asocian con la guerra. La araña es frecuentemente referida en otros textos y parece haber tenido siempre un simbolismo de construcción, destrucción y renovación del universo, de la tierra y las cosas que provoca el debido equilibrio en el cosmos, y por ello, la araña es frecuente en la mitología e iconografía de muy diferentes culturas mediterráneas, ya que estas creencias probablemente fueron dispersadas por los fenicios y los hititas, pero resulta curiosa la coincidencia con otras culturas como las orientales, las del Pacífico o las precolombinas, que poco o nada tuvieron que ver, donde también poseen estos atributos. Aunque muy referidas en su literatura, las arañas son iconográficamente muy poco frecuentes, aunque a veces aparecen representadas (Fig. 22). Tal es el caso de la que aparece en el cilindro de esteatita hallado en el estrato Jemdet Nasr en Ur, con mujeres sentadas del Periodo de Uruk (finales del IV – principios del III milenio), que sirve de ejemplo.

Otro símbolo relacionado con los dioses y las deidades mesopotámicas es el citado escorpión (Marinatos, 2000; Lara Peinado, 2002; Yoffee, 2005). Así, la diosa Ishara (Ishhara), de la hablaremos más adelante y que bendecía el matrimonio y la fecundidad, lo tenía como atributo y junto a él aparece representada (Fig. 24, 37, 42). Existen muchas contradicciones entre la figura del escorpión y sus atributos e interpretaciones, y probablemente se debe a que simplemente fueron cambiando a lo largo de su dilatada historia. En cualquier caso, también aparece junto a Ereshkigal, diosa del inframundo, esposa de Nergal, hija de Shamash e Ishtar (Fig. 70).

El escorpión también es considerado como demonio (Black & Green, 1992), según consta en textos de la época de Asurbanipal (s. VII a.C.), y en particular con el demonio asirio y babilonio del primer milenio a.C., el conocido y temido Pazuzu (Fig. 68), hijo de Hanbi, rey de los demonios, del viento y del mal, dios del inframundo que poseía cuatro alas,

garras de león y cola de escorpión, elemento que se conserva en la *Apocalipsis* de San Juan, y en la iconografía medieval europea (Monserat, 2011 c), y estos atributos no son extraños habida cuenta de lo peligroso y abundante que debería representar este animal en estas zonas subdesérticas. Por otra parte y “contradictoriamente”, el demonio Pazuzu era aliado frente a las plagas y muchos daños provocados por desastres naturales. Esta dualidad sugiere una fiel observación sobre la biología del escorpión, ya que siendo un animal peligroso y venenoso, no dejaba de proteger a los agricultores de multitud de pequeños animales que eran muy nocivos para sus cosechas.

No deja de ser curioso que el escorpión esté relacionado con la fertilidad, pues es la abeja la que suele ostentar esta asignación en casi todas las culturas (Ransome, 1937). Como citábamos, quizás el comportamiento de las hembras de escorpiones de portar sobre su dorso a sus numerosas crías recién nacidas durante los primeros días de vida indujo a los sumerios a asociar a este arácnido con la fecundidad. También son relativamente frecuentes los escorpiones, junto a serpientes o tortugas (elementos terrenales atávicamente asociados a las Diosas Madre) (Gimbutas, 1991, 1996) y así aparece en el arte glíptico Sirio-Palestino, en sellos, donde son extremadamente frecuentes y de los que hablaremos más adelante (Lám. 1), y curiosamente a veces asociados a otras figuras o deidades acuáticas como Enki (Ea) o Anu (An), en cuyas representaciones pueden aparecer escorpiones o cangrejos, que también aparecen sobre cerámica, joyería, marfil, etc. (reminiscencias acuáticas sobre los escorpiones perduran a través del Helenismo en la Europa Medieval).

Pero además de toda esta mala fama y significación, el escorpión también parece asociado a la prosperidad y a la fertilidad, por lo que están asociados a Istar o Nina y a Ishara, diosa de la justicia, protectora durante los eclipses, que santificaba los juramentos y diosa del amor que bendecía el matrimonio y la fecundidad y que lo tenía como atributo. La citada diosa Ishara parece tener un origen foráneo que fue adoptado por el culto babilónico, y es mencionada desde muy tempranos textos con denominaciones como *as-ha-ra*, *is-ha-a-ra*, *ê-sa-h-ira*, *shri*, *ushri* y un largo etc. de más difícil asignación, siendo una diosa muy venerada especialmente entre los Hititas, que desde el tercer milenio a.C. dispusieron de una vasta representación zoológica entre sus deidades, y también entre los Hurrianos (Hurritas) del norte y en Drehem en Ur, Assur, Sippar y en el barrio Suanna de Babilonia, que entre otras ciudades se conservan múltiples referencias escritas que tuvieron erigido un templo en su honor. Por ser un animal venenoso, por ser considerado como peligroso y enemigo del hombre, y por sus costumbres nocturnas y depredadoras ha sido relacionado con Istar (Fig. 42), que lo portaba como atributo representando la crueldad y el amor destructor, y así aparece en otros pasajes de la mitología sumeria donde se describe el paraíso como un lugar sin escorpiones, y se citan en textos mágicos y de exorcismo. Similar atributo disponía la diosa egipcia Serket-hetu o Selket, como era la araña para Neith (Monserat & Melic, 2012). Aunque hay textos tardíos que la relacionan con la estrella Dilbat (Venus), se le vincula mayoritariamente con su constelación, que desde textos del 4.000 a.C., se conoce como Escorpio, y probablemente representa la primera asociación comprobada de una diosa con un elemento astral y es la primera representación artropodiana conocida entre las estrellas (Fig. 42).

Desde el Periodo Akadio hasta el fin de la Primera Dinastía Babilónica, el escorpión aparece con frecuencia asociado a la figura de un adorador de ciertas deidades no definidas (quizás atribuibles a las citadas), en otros yacimientos aparece asociado a escenas de cultos (Fig. 43), a los oscuros mundos, a diosas desnudas, a vasos fluyendo líquido y otros símbolos de fertilidad (Fig. 24, 36) y un largo etc., que no sólo contribuyen a formar parte de las escenas de forma narrativa y simbólica (Fig. 11, 33), sino que estaban vinculados a significados mágicos, tal como aparecen en las *Tablillas de Harra*, coloreados de los cinco colores mágicos (blanco, negro, rojo, amarillo y punteado de varios colores). También en Persépolis se conserva un friso asociado al héroe Jerjes a modo de grifo rampante con cola de escorpión. De cualquiera de las formas los escorpiones aparecen muy frecuentemente hasta el Periodo Neobabilónico, donde ya son muy raros en los cilindros que ahora veremos.

Sobre los escorpiones conviene citar a los Qutus o “bárbaros del norte”, que eran conocidos por los sumerios como “escorpiones de las montañas” (Fig. 49, 50, 56), y este arácnido, quizás por su comportamiento de avanzar con los “brazos” (pedipalpos) abiertos antes de clavar su aguijón, fue símbolo de la traición desde el perjurio al pacto entre la ciudad de Ur y los Acadios, y este símbolo de la traición permanecerá en la iconografía/ ideario del Cristianismo asociado al Pueblo Judío (Monserrat, 2009 c).

A través de Grecia-Roma (Mitraísmo) el escorpión se mantuvo hasta la Cristiandad muy relacionado con Mitras, dios persa de la luz, quien sacrificó un toro sagrado para fertilizar el universo y con Ahriman, el espíritu de la maldad que envió una serpiente y un escorpión para impedirlo (Fig. 71, 72), y esta leyenda está muy relacionado con las historias mesopotámicas de Gilgamesh, Ishtar y Enkidu (Fig. 26, 52) que matan al toro de los infiernos dando primacía al hombre en el poder que ostentaba sobre los animales y la naturaleza en general, elemento que también heredará el Cristianismo (*Génesis*). El ya citado culto al toro, símbolo ancestral, solar y astral de la fuerza y la virilidad debió ser, ya desde el Paleolítico Superior, una de las primeras deidades zoológicas, y lo hallamos después en el Mediterráneo desde Çatal Huyuk y Egipto (Tumba del Rey Uadji de la I Dinastía en Saqqara) a Creta, Chipre o Menorca, y también tuvo estas connotaciones en Mesopotamia (Fig. 8, 11, 31, 33), y aún se mantiene entre los hindúes y en el mundo del toreo en España, Portugal y Francia. Esta relación entre el toro y el escorpión se mantuvo hasta entrado el s. III, especialmente en el norte de África, y ha influido iconográficamente en el Mundo Greco-Romano en el que fue muy popular el citado Mitraísmo (Fig. 71, 72), y como símbolo de la traición aún permanece en la Cristiandad asociado al Pueblo Judío, hecho que generará una frecuente iconografía en el Arte Occidental (Monserrat, 2009 c).

Tablas, sellos y cilindros mesopotámicos, como los de la III Dinastía de Ur, sugieren la intervención del escorpión como elemento religioso, y para los Acadios este arácnido estaba relacionado con Girtab, el dios Picador, que quizás originó la imagen del conocido Hombre-escorpión, y que posteriormente se relacionará con los dioses primigenios Apsu y Tiamat de cuya unión surgieron los primeros dioses del Universo Original. Referente creacionista que también vemos en la relación de Osiris y los escorpiones entre los egipcios. En sellos asirios y babilónicos se encuentran fre-

cuentemente asociados a ofrendas y deidades femeninas que manifiestan con ellos su poder o asociados a los más temibles y peligrosos seres de la Naturaleza (Fig. 17, 18, 21, 23, 24, 27, 36, 37, 57).

Según nos cuentan las *Tablas de la Creación* procedentes de la *Biblioteca de Ashurbanipal* (650 a.C.), al principio de los tiempos no había tierra, ni dioses, ni hombres, sólo dos seres Apsu (varón y espíritu del agua dulce y el espacio) y Tiamat (hembra y espíritu del agua salada y del caos), de ellos nacieron los primeros dioses del Universo que eran repugnantes e irrespetuosos, y pensaron en destruirlos. El dios Ea adivinó sus intenciones y lo mató para evitarlo, surgiendo en su lugar el dios Marduk del octavo mes y con el signo de Escorpio, cuyo animal asociado tiene entre su polimórfico acervo animalístico cola de escorpión (Fig. 57). Tiamat pidió ayuda a Ummu Khuber, madre de los seis mil demonios y de otros once poderosos señores, uno de los cuales era el Hombre escorpión, guardián de la puerta del Monte Mashu (Fig. 17, 18, 19). Así el escorpión llegó para siempre asociado en Occidente al mal y al pecado, vinculado en este caso al dios Marduk, particularmente venerado en Babilonia y a su correspondiente constelación.

Muy plausiblemente, y debido a lo anotado en relación con las deidades y la astronomía de los Mesopotámicos, los escorpiones no sólo son los Artrópodos más frecuentes en la simbología, religión y manifestaciones artísticas desde los más primeros tiempos (Strommenger, 1964), sino, como hemos indicado, los invertebrados más frecuentes en las representaciones animales mesopotámicas y, que junto a las serpientes, son los animales menores más frecuentemente empleados (Lám. 1, 2), existiendo multitud de referencias a ellos en los textos, especialmente adivinatorios, mágicos y religiosos, y se han publicado varios estudios específicos al respecto (ver bibliografía y enlaces).

A diferencia de lo que ocurrirá en Egipto con sus “inalterables modelos” en sus elementos figurativos, en Mesopotamia encontraremos tantos tipos de escorpiones representados como interpretaciones y gustos del artesano y artista que los labró (Lám. 1, 2), aunque siempre en vista dorsal, como corresponde a un animal que se “arrastra” sobre el suelo (femenino, y Escorpio mantiene esta cualidad). Los hallamos estilizados, detallados, gordos, angulosos, grandes, pequeños o abstractos, que con un número variable de patas (normalmente 4 pares, pero a veces 0, 2, 6 y hasta 10 pares) y a veces reducidos a puntos, que aparecen sobre una gran diversidad de soportes y materiales, a veces de naturaleza mercantil o comercial, como los de Samarra y Eridu, sobre vasos (Fig. 51, 67), en estelas (Fig. 46, 53), muy frecuentemente en sellos (Lám. 1), especialmente en sellos del Periodo Presargónico de la región de Diyala – Tell Asmar, Tell Halaf y Ur (III milenio), donde su imagen ha sido frecuentemente hallada y asociada al *Cementerio Real de Ur*, Tello (siglo XXII – XXI a.C.), sedimentos Babilónicos (principios del II Milenio) y en un sin fin de yacimientos en Uruk, Tepe Gaura, Tello, Assur, Susa, Nuzi, Khafajeh, Arpachiyah, que reflejan la extensión que poseía el uso de su imagen, tanto en sellos públicos, como de uso doméstico o privado, a veces como figuras dotadas de cierto movimiento, a veces integradas en la escena, sean agrícolas (Fig. 13), lúdicas, banquetes, u ofrendas (Fig. 10, 16, 23), etc., y principalmente en la III Dinastía de Ur se halla asociado con escenas de presentación (Fig. 35). De todo ello hablaremos en el próximo apartado.

Repetidas sus imágenes en hilera (Fig. 9, 39) o asociadas a otros atributos de la fecundidad como las serpientes, a temas acuáticos (Fig. 11, 28, 30, 39), a elementos celestes y bien por ser ambos –escorpión/cangrejo– constelaciones o por considerarse ambos acuáticos, los escorpiones se hayan con frecuencia asociados a cangrejos (Fig. 64-66), como en los relieves en alabastro de Sargón II (hacia 700 a.C.) o bien a otros animales como aves, leones, lagartos, tortugas, cabras o gacelas, a otros artrópodos como langostas, arañas o abejas, a frutas como granadas, a figuras humanas, teromorfos o zomorfos (Lám. 1, 2), a objetos como dagas, acompañando escenas de banquetes, bodas y alcobas matrimoniales, batallas o de caza o con motivos astrales (Fig. 53, 67). También aparecen reiteradamente representados y desde tiempos proto históricos al propio Imperio Persa (550-330 a.C.), con imágenes de escorpiones asociados a cabras e íbices en la cerámica iraní mayoritariamente hallada en Persépolis.

Se han hallado moldes con la figura de un escorpión para realizar amuletos en serie, como remedio contra sus picaduras, y cuyo número demuestra que llegaron a ser muy populares (en Egipto esto también se conoce), supersticiones en asociación con mágicos rituales para defenderse del maligno poder de Lamastu, que según la leyenda asiria, era hija del dios del cielo Anu y se introducía en las casas durante la noche para robar o matar bebés en sus cunas o, incluso, antes de que hubiesen nacido. Lamastu también podía atacar a los adultos con enfermedades, esterilidad, pesadillas o chupando la sangre de los más jóvenes. Para protegerse de Lamastu, las mujeres embarazadas usaban estos amuletos mostrando a Pazuzu (Fig. 68). Similar práctica tenían las egipcias con sus *cippus* o *Estelas de Horus* conocidas desde el Nuevo Imperio, y muy frecuentes en el Periodo Ptolomaico. Escorpiones labrados o incisos en concha o en esteatita se han hallado en el *Templo de Sin*, en Khafajeh, sobre cerámica en el *Templo de Bismaya* o en vasos de caliza gris asociados a otros animales venenosos (Fig. 51), y su imagen sobre otros materiales como plomo o cobre aparece en otros periodos.

Para finalizar con sus creencias, mencionemos relacionadas con la Entomología, y logro de la cultura mesopotámica y de su mitología a las hadas, que en esta civilización están asociadas al alma de los paisajes y a su brusca e inesperada posibilidad de cambio (damas de la llanura, del agua, de las fuentes) y cuya dualidad benéfica-maléfica y su carácter sobrenatural, y a pesar de las labores “poco divinas” que suelen tener encomendadas, las hizo siempre muy populares y aparecen por doquier en textos, mitologías y leyendas (Prada, 1997; Lara Peinado, 2002; Yoffee, 2005). Las hadas, posteriormente transformadas en otras civilizaciones en sirenas, lamias, parcas, etc., están asociadas a la espiritualidad, a las almas que generan una fuente inagotable de figuraciones mágicas, y su carácter etéreo y volátil las hará proclives a ser representadas con alas, muy frecuentemente de mariposa o libélula, y llegan hasta la actualidad con alas de insectos y que generarán una inagotable iconografía que llega hasta nuestros días (ejemplo bien conocido tenemos en Campanilla de Peter-Pan).

Todos estos dioses, deidades, seres e iconos dejarán una enorme huella en todas las creencias y religiones que vendrán después, y el Cristianismo recogerá cientos de ellos a través de las referencias de sus *Libros Sagrados* y de la herencia que el Helenismo/Roma le aportó, siendo el Islam el encargado de aportar nuevos elementos que hará suya la iconografía medieval cristiana.

Los artrópodos en los sellos mesopotámicos (Lám. 1)

Aunque ya hemos citado varios ejemplos, y son el reflejo de todo el ideario anteriormente citado, a esta iconografía artropodiana citada hay que sumar la iconografía glíptica que aparece en sus sellos, y especialmente en sus conocidos cilindros, que eran ya usados desde el Neolítico, y que derivaron de otros elementos de medida y contabilidad como las cuentas, esferas, conos de arcilla, etc., y que acabaron gestando la citada escritura (Lám. 1). Muchos datos sobre sus deidades se nos representan en estos conocidos sellos, y algún ejemplo relacionado con la araña o el escorpión ya hemos anotado. Parece ser la Cultura Urtu, rival de los asirios entre el s. IX – VII a.C. y asentada en la actual Anatolia, la inventora de los sellos cilindricos (Frankfort, 1939), objetos que heredará el resto de las Culturas Mesopotámicas (Petrie, 1917) y otras, y en ellos nos detendremos por su interés en el tema que tratamos y porque a través de ellos podemos interpretar multitud de elementos de su cosmología y seguir ahondando en sus creencias y deidades.

Fueron utilizados con anterioridad a la invención de la escritura, y eran tallados en piedra (generalmente caliza, esteatita, diorita o serpentina), a veces en vidrio, madera, hueso, concha o metal, llegando a ser verdaderos elementos de identidad que frecuentemente generaron auténticas joyas. Estaban grabados bien como alto-grabado o como bajo-grabado, en principio a modo de sellos de estampación a dos aguas, cónicos o piramidales, que hacia la segunda mitad del 4º milenio a.C. en Uruk y Susa, acabaron siendo cilíndricos (como media de 2,5 cm de alto y 1,5 cm de diámetro), con una perforación central para insertarlos en una cadena o montarlos en un eje o pivote (Fig. 28, 40, 43, 45), haciéndolos rodar sobre arcilla blanda para sellar cerrojos de almacenes, marcar las ánforas, vasos y tinajas de arcilla, y que servían como sellos de autenticación de documentos, de firma o identificación de comerciantes o contenidos, y por ello debían ser diferentes a cualquier otro, permitiendo el uso libre de elementos por parte del artista (Lám. 1), y al margen de otras manifestaciones sobre unos u otros soportes y objetos como placas perforadas (probablemente para decorar el exterior de los templos), los kudurrus o mojones que se situaban a la entrada de los templos, de los que ahora hablaremos (Fig. 49, 50), de estelas, tronos, joyas, vasos o instrumentos musicales, fueron especialmente los sellos o cilindros los objetos que permitieron a los artistas una mayor creatividad, dentro de una marcada libertad creativa. La herencia de estos objetos es de todos conocida, ya que a partir de aquí serán usados por todas las credos y culturas mediterráneas, llegando su uso hasta nuestros días con el lacrado de documentos.

Parece que inicialmente se usaron por los que guardaban los bienes del templo, pero su uso se extendió a otras clases sociales, especialmente entre los comerciantes, y por ello nos han dejado constancia labrada de escenas más o menos “laicas”, que también permitieron una mayor libertad y creatividad de sus artistas y que representan banquetes, músicos, arpistas, luchadores, pastores, labores del campo, talladores, escribas, escenas de caza, de batallas, guerreros o prisioneros que posibilitan la inclusión de otros elementos del medio natural (Fig. 13, 16, 36) (Frankfort, 1939).

Aunque la imagen de deidades y del hombre y los animales es mayoritaria, las representaciones de plantas, como el *Árbol de la Vida*, emparrados y jardines asociados con el Edén (Fig. 19) son muy frecuentes en los sellos sumerios y en

todo el Arte Mesopotámico en general (Segura Munguía, 2005). También cultivos y principalmente espigas de cereales, que están muy representadas en grabados y vasos labrados del III milenio y finales del IV, así como otras plantas como árboles frutales, juncos, cañas, palmeras, arados, etc. están muy frecuentemente representadas en sus sellos, y en ocasiones se encuentran algunos artrópodos asociados (Fig. 13, 19).

Aunque hay una enorme variación de materiales y estilos entre los sellos, que cambian y se solapan en determinadas épocas, y como pasará con los escarabeos egipcios (Petrie, 1917), sí hay una cierta “moda” o maneras de hacerlos según los periodos, así de como elementos figurativos y gramaticales, que sin resultar taxativos o excluyentes, sí poseen elementos asociados a determinadas épocas (el estilo “*brocado*” del Primer Periodo Dinástico, piedras traslúcidas del Segundo Periodo Dinástico, los de calcedonia o ágata en los kassitas de Babilonia, etc.) que pueden ser valiosos aliados a la hora de datar y ubicar los yacimientos. Usados durante más de 3.000 años, principalmente en zonas donde se dio la escritura cuneiforme en tablillas de arcilla, los sellos y cilindros son también una de las mejores fuentes para conocer la vida cotidiana, las deidades y las creencias de Mesopotamia. Tanto por la citada moda y recursos disponibles en cada época, como por sus motivos y estilos, y nos proporcionan una muy valiosa información sobre su datación, así como de sus cambios o progresos, como por ejemplo en la vestimenta, el peinado, el inicio en el uso de la bóveda, el laúd o la introducción del búfalo indio (Frankfort, 1939).

En muchos casos resulta sorprendente la perfección de su factura, incluso desde los primeros sellos conocidos de épocas prehistóricas. Las escenas religiosas, heroicas, mitológicas, seculares, rituales, de ofrendas, heráldicas, bélicas, cinegéticas o cotidianas son habituales, y por ello la vida animal también es frecuente, tanto en los iniciales con profusión de escenas a los del citado Estilo de Brocado, con figuras más lineales o los del Periodo de Bandas Figuradas, que permitían repetir indefinidamente el motivo, y los artrópodos no dejan de aparecer en ellos (Fig. 9, 39), siendo los citados escorpiones los más representados en estas escenas, seguidos de los hombres escorpión, langostas, moscas o abejas (Lám. 1).

Estos objetos son característicos de esta civilización, pues aunque su uso se extendió por Egipto durante el III milenio a.C. y por otras zonas como Siria, Anatolia, Palestina y Creta, sólo lo fue durante periodos de una gran influencia babilónica, y aunque hay épocas en la que no son demasiado frecuentes, su uso se extiende desde el IV milenio a.C. hasta la dominación persa, por un periodo de más de 3.000 años.

Los artrópodos en sus conocidos kudurrus (Lám. 2)

Otros elementos donde se reflejan las creencias / deidades mesopotámicas con abundante representación artropodiana son los kudurrus (en acadio “límite”). Eran estelas labradas para constatar la donación de terrenos en beneficio de una comunidad o personaje importante. Mayoritariamente tallados en piedras duras como el basalto, generalmente estaban asociados a los templos y probablemente fueran copiados para delimitar estos territorios (Fig. 47, 49, 50, 56). Fueron característicos del sur de Mesopotamia, y aunque probablemente fueron introducidos por los Kasitas, la tribu de ocupantes procedentes de Irán que invadió Babilonia tras su destrucción por el Rey hitita Murshil I, fueron muy populares durante este

periodo (c.1.530-1.160 a.C.) y estuvieron en vigencia hasta el Periodo Neo-Babilonio (s. VII a.C.).

Para hacer válido un contrato, en los kudurrus se citan varias divinidades que actúan como testigos (Fig. 46). La peculiaridad es que estos dioses aparecen representados con sus nombres o en forma de símbolos dispuestos en muchos casos según las constelaciones celestes, herramienta enormemente importante para la identificación del Panteón Mesopotámico. Así, por describirlo en un par de ejemplos, en el kudurru del Rey Nebuchadnezzar I (reinado entre 1.125 – 1.104 a.C.) (Fig. 49) aparecen en la parte superior los símbolos astrales de Sin, Ishtar y Shamash, en la siguiente fila, las tres tiaras de los dioses Anu, Enlil y Ea. Debajo Marduk, Nabu y Ninhursag. Después Zababa, Nergal, un dios guerrero y Shuqamuna y Shumalia. Debajo está la diosa Ninmah junto a un Hombre-escorpión (guardián del inframundo) (Fig. 56). En la última fila está Adad, Nusku, el escorpión de la diosa del lecho conyugal Ishhara y una tortuga, otra representación de Ea (Fig. 56). En la esquina superior izquierda, también hay una serpiente, probablemente representando a Ningishzidda dios del inframundo. En otro kudurru similar (Fig. 47) aparecen Sin, Ishtar y Shamash en forma del disco solar del sol-dios Shamash, la creciente del pecado y la estrella de Ishtar, diosa de la luna, de la fertilidad y de la guerra (estrella de ocho puntas, síntesis de la imagen de la araña, y diosa que se vinculaba con la abeja y se le ofrecía miel), bajo ellas los altares que apoyan los símbolos de los dioses, tiaras de Anu y Enlil, el útero de Ninhursag, la tortuga de Ea y la azada o espada triangular de Marduk (dios de la constelación de Escorpio), y la aguja acuñada de Nabu, el dios de la escritura. En la fila de abajo la maza de Ninurta, el perro de Gula, el escorpión de Ishhara y el muro de Nabu probablemente como símbolos relacionados con las constelaciones. El texto termina con maldiciones en cualquier persona que quite, no haga caso o destruya el kudurru.

También en estos objetos el escorpión aparece asociado a Ereshkigal, demoniaca diosa del inframundo y esposa del citado Nergal (Fig. 70) e hija de Shamash e Ishtar (Is-ha-ra o Ishhara), diosa del amor semita que fue asimilada posteriormente como Ishtar/Ishhara que también aparece como diosa guerrera en otras tradiciones, y a veces aparece como esposa de Dagan, dios semita agricultor inventor del arado. Su culto tuvo una gran importancia en la región de Anatolia y entre los Hurritas. En un principio, parece que era representada por serpientes, pero a partir de la época Cassita su símbolo sería el escorpión. Precisamente, figuraba en el firmamento gracias a la constelación Girtab (“el escorpión”), de donde procede nuestro Escorpio.

También el escorpión aparece en otros kudurrus kasitas (Fig. 49, 50, 54, 56) acompañando a otros personajes en escenas mitológicas, bélicas, adoraciones, presentaciones o banquetes, como el procedente de Diyala – Jafaye (primera mitad del III milenio), el llamado de Melishpak, procedente de Susa (siglo XII a.C.), con animales mitológicos y el escorpión, el de Nabuconodossor I procedente de Abu-Habba (siglo XII a.C.) o el de Eanna Sum Idina del (1.120 a.C.), etc., donde los escorpiones están asociados con terribles textos advirtiéndoles a los que osaran traspasar las fronteras (Fig. 47, 49, 50, 54), o curiosamente aparecen asociados a medios fluviales, como en el citado relieve del *Palacio de Sargón II* (s. VII - VII a.C.) (Fig. 66), en este caso como probable símbolo acuático de abundancia.

A toda esta iconografía hay que añadir la enorme cantidad de animales híbridos o mezclados en combinación con algunos de los citados anteriormente, como águilas con cabeza de león, leones-pezu, toros alados, dragones, grifos, etc. (Fig. 17, 18, 41, 45), junto a seres y animales en actitud humana o bien con aspecto antropomorfo (Fig. 21, 34, 52, 57) como esfinges, centauros, leones y toros androcéfalos, genios alados y elementos mitológicos muy curiosos como es el caso del Hombre Toro (Fig. 33), muy reproducido en relieves y grabados, el Hombre/Mujer Pezu del Periodo Kassita, el Hombre León y el citado Hombre Escorpión en el que nos detendremos. Los primeros datos que tenemos de alguno de estos seres en Occidente son dos imprecisas referencias de Herodoto (Monstruos alados) y Plinio (Pájaros fabulosos).

Tanto escorpiones como Hombres-escorpión (en akadio *girtabullû*) aparecen representados por primera vez en la III Dinastías de Ur y del Periodo Akadio, y se hicieron muy comunes en épocas Neo-asirias y Neo-babilonias alcanzando el Periodo Persa-Helenístico (Fig. 18-19, 27, 38, 56). Los Hombres escorpión son citados en la primera epopeya conocida en la Humanidad, la babilónica obra *Gilgamesh* (Bottéro, 1998) que en su noveno canto los cita: “de la cintura arriba suben al cielo y de la cintura abajo se hunden en los infiernos; custodian, entre las montañas, la puerta por la que sale el sol”, y tanto hombres como mujeres escorpión se citan como guardianes de las puertas de la Montaña Masu desde el atardecer. Los Hombres Escorpión eran guardianes de las Montañas del Este, las Puertas del Sol, así como de Puertas Dobles y Murallas.

En ocasiones poseen actitudes lúdicas u oferentes, pero normalmente aparecen con aspecto más agresivo y beligerante, con arcos y flechas como los *Kudurrus de Nabuconodossor I* procedentes de Abu-Habba (s. XII a.C.) (Fig. 50, 56). De una forma o de otra aparecen representados en algunos sellos Neo-Asirios (Fig. 18, 27, 38), a veces asociados a Samas (Utu) y en el Periodo Neo-asirio fueron protectores contra los demonios y aparecen en textos de rituales como en los de la ciudad urartiana de Teisebaini (s. VII a.C.). También los hallamos en otros objetos y grabados, como en el arpa hallada en una *Tumba Real* de Ur (primera mitad del III milenio) (Fig. 60, 61) o en estatuas y kudurrus particularmente frecuentes en Halaf y en el periodo Kassita (Fig. 49).

Una figura probablemente algo distinta al *girtabullû* y combinación de hombre, cuerpo de ave y cola de escorpión aparece con cierta frecuencia en la glífica Kasita, Neo-babilónica, Neo-asiria y Seleucida (Fig. 17), y a veces se intuyen escorpiones en sellos acadios asociados al dios Serpiente (Fig. 21) o aparecen con mucha frecuencia asociados a deidades, particularmente al dios Sol, a Innana y a la fertilidad y la diosa del amor Ishara, a ofrendas, así como en los citados de *Gilgamesh* (Fig. 16-19, 23, 24). Todos estos seres zootropomorfos ejercerán una enorme influencia en las demás culturas llegando hasta los *Bestiarios* medievales e incidirá en el Arte Occidental de todos los tiempos.

Al margen de la iconografía que hallamos en sus sellos, en la estatuaria citada, a pesar de ser muy descriptiva, es especialmente hierática y generalmente poco dada a las concesiones, y el resto de la iconografía sumeria y en general mesopotámica, tanto en relieves como en grabados o en pintura mural, es como hemos indicado, casi exclusivamente religiosa (sobre todo a partir del III milenio), y a veces, y ya con igual tratamiento y tamaño, aparecen escenas de gobernantes con

evidente intencionalidad propagandística sobre hechos dignos de conmemoración, loa o recuerdo (Alejandro Magno aprenderá de ellos, a través de los Persas, la importancia de estas prácticas, que llegarán a nuestros días). En cualquier caso parece entreverse que la religión mesopotámica no sólo era la vía de salvación, sino la del terror (el Cristianismo recogerá esta filosofía con sus amenazas y castigos eternos) y, como hemos indicado, la figura humana (con sus a veces acompañantes artrópodos) es su principal tema, y multitud de objetos (con figuras de deidades, mitológicas, de adoraciones, procesiones, ritos y sobre todo figuras oferentes y orantes como las más frecuentes) se dejaban dentro de los templos para mantener una constante plegaria, costumbre extendida en muchas religiones y que, a través de los *in votum* romanos, ha permanecido hasta la actualidad con el uso de los exvotos, de los que hablaremos en el siguiente apartado, y las velas de cera que se dejan en los templos orientales y las iglesias cristianas o las figuras de cera empleadas en la brujería medieval y contemporánea.

La importancia de la abeja y sus derivados en Mesopotamia

La cera anteriormente citada nos abre el camino a un insecto de especial relevancia en la cultura mesopotámica: la abeja (a veces citadas como moscas). Muy excepcionalmente representada, en consonancia con la escasa representación de otros animales pequeños como gallos, pájaros, peces o reptiles, que no son frecuentes en las manifestaciones mesopotámicas, donde, como hemos indicado, imperan los grandes animales, especialmente mamíferos, aun así las abejas aparecen a veces representadas.

Es el caso del cilindro kassita (s. XIII - XII a.C.) (Fig. 15) del que se desconoce su valor simbólico, pero por la orientación de la figura entre los personajes cabe suponer que está relacionada con el mensaje transmitido de uno al otro. En otros sellos también parece deducirse esto con elementos similares (Fig. 20). Las abejas han estado relacionadas en muchas culturas con la palabra y estaban asociadas en Egipto a las armas del dios solar Ra y actuaban como intermediarios entre los dioses y la humanidad, y muy probablemente estos ejemplos reflejen esta significación de emisarios de los dioses, pues la presencia de la abeja como mensajera de los dioses estuvo muy extendida en Mesopotamia y las relaciones de este pasaje con el Zeus griego son bastante evidentes (Fig. 15), elementos que aún veremos entre los romanos y quedará en Europa como mensajeras con alas de los dioses del roble y del trueno que llevan las nuevas al mundo de los espíritus.

La abeja, que se cita con frecuencia en sus textos, se vincula frecuentemente con la diosa Hannahanna, diosa de la tierra, de la casa y de la abundancia, y en los recitales del Festival Hitita Ki Lam con la Madre Abeja como símbolo de la domesticación, y la abeja se cita como habitante del Árbol Sagrado. Es probable por ello que sean o representen abejas algunos de los muchos puntos y puntuaciones que aparecen en algunos sellos y cilindros con esta temática (similar problemática discutíamos en Monserrat, 2011 a, respecto a cientos de puntuaciones halladas sobre otros tantos sustratos en representaciones que se remontan a la Prehistoria), y sean seguro abejas (¿psicópteros?, si sus libros se hubieran realizado de papiro o papel cabría sugerirlo) en otros casos (fig. 44). También parece probable su influencia, vía Hicsos-Egiptos-Fenicios, en la Civilización Minoica y todas sus

consecuencias en el efésico y delfico Mundo Griego (Ransome, 1937; Robertson, 1997; Monserrat, 2011 a).

La abeja y el águila están vinculadas en este Árbol Sagrado, como lo están en el Mito de Telipin, del que existen varias versiones, donde el águila enviada por el dios Sol y la abeja enviada por la diosa Hannahanna buscaron a su hijo perdido Telipinu, pidiéndole a la abeja que al hallarlo le picara las manos y pies para despertarlo y levantarlo y lo lavara con cera y purificara para devolverle su divinidad (Ransome, 1937). Las supuestas propiedades mágicas de la miel llevó a este insecto a vincularlo con ciertas deidades (Ransome, 1937). Miel se ofrecía para implorar el favor de Marduk o de Istar, y conocemos un texto bilingüe que hace alusión al dios miel, pero lamentablemente no indica a qué dios se refiere (*“Así que ningún demonio puede acercarse, he colocado el dios miel y el Lal-arag en las puertas para alejar cualquier demonio”*).

Se da por hecho que la recolección de miel de la naturaleza se pierde en los orígenes (evolutivos y culturales) del hombre, y que una verdadera apicultura se fue gestando y perfeccionando desde la domesticación de los primeros animales en los asentamientos neolíticos ya desarrollados, y evidentemente en los mesopotámicos (Ransome, 1937; Fraser, 1951; Hallman, 1951; Marchenay, 1979; Crane, 1983, 1999; Paulian, 1999). Aunque podría haber cierta confusión o mezcla entre el término miel (de abeja) y miel (del jugo azucarado de la palmera datilera), sabemos que la miel de abeja era conocida en la magia/medicina de los Sumerios, Babilonios y Asirios (Herrero, 1984; Frayne, 1990; Leick, 2007), siendo empleada tanto por el Ashipu (mago experimentado) como por el Asu (médico que prescribía los remedios) (Weiss, 1947) (génesis de nuestros médicos y farmacéuticos). Hay textos cuneiformes con recetas y propiedades curativas y cicatrizantes de la miel y la cera que atestiguan su empleo (como el *Manual de medicinas* de la Universidad de Filadelfia, del III milenio a.C.). También son frecuentes las escenas narrativas, a veces festivas o eróticas relacionadas con la miel que se mezclaba con el vino y la cerveza y que eran bebidas muy habituales entre los Sumerios y que, consumidas desde el cuarto milenio, se bebían con pajitas como aparece en las *Tumbas Reales* de Ur. También la miel, junto al agua bendita, cerveza, vino, vinagre, etc., eran empleadas en rituales de libación y ceremonias del Nuevo Año y de ofrendas, y aunque no puede demostrarse, muy seguramente, y como en el caso egipcio, en muchas de las escenas de libación y ofrendas pudiera participar la miel (Fig. 63).

Otros elementos atestiguan que la miel estaba enormemente extendida en muchos otros rituales, conmemoraciones y proezas (la primera cita aparece en un cilindro donde se describe la construcción de un nuevo templo para el dios Ningirsu por Judea en Lagash, datada c. 2.450 a.C.). Interesante resulta también la asiria *Estela del Rey Shamash-reshusur*, que gobernaba Suhu, cerca de Ana, y quien a mediados del s. IX a.C., mandó grabar sus proezas, especialmente su éxito ante los ataques de Asurbanipal. En esta estela, que posteriormente debió ser trasladada a Babilonia, donde fue hallada, se anota como uno de los mayores orgullos de su reinado la introducción de las abejas para la producción de miel y cera en los campos de Suhu. No parece pues casual la aparición de hexágonos muy abundantes, a modo de panal de abejas, en un relieve hallado en Susa (Fig.55), donde una deidad sostiene la estaca que marca el punto donde se ini-

ciarán los cimientos y habrá de construirse el futuro templo, siendo esta ceremonia relacionada con la purificación del lugar, y por ello con la miel. Una inscripción del soberano sumerio Gudea, que gobernó la ciudad de Lagash alrededor del 2.000 a. C., ofrece valiosa información sobre este tipo de acto fundacional.

De todo ello deducimos ciertos conocimientos sobre las abejas, tanto por su presencia en las zonas bajas del Valle del Éufrates, como por las numerosas referencias escritas sobre la miel en sus rituales. Aún así no hay elementos que atestigüen una verdadera apicultura en Mesopotamia hasta el s. VIII a.C., probablemente entre 783 – 745 a.C., donde una inscripción de Shamash-res-usur, gobernador de Suhu y Mari, cita y regula la introducción de colmenas provenientes de Suhki en el este de la actual Turquía (existe constancia del cultivo de abejas entre los Hititas por una referencia legislativa sobre el daño a colmenas, el hurto de abejas y el empleo de miel en pociones datada hacia el 1.650 a.C.) (Crane, 1983, 1999), y quizás sus prácticas llegaron a través de las rutas comerciales del Éufrates, pues el uso de miel (alimento de los dioses) acabó usándose como alimento o para endulzar pasteles entre las clases privilegiadas, incluso su valor comercial está suficientemente documentado (Fig. 6), así como de su uso junto con el polen como afrodisíaco por parte del cuadro sacerdotal asirio (más información sobre las abejas y sus derivados y la apicultura en la Antigüedad puede recabarse en Ransome, 1937; Fraser, 1951; Hallman, 1951; Marchenay, 1979; Crane, 1983, 1999; Paulian, 1999).

Posteriormente son muy numerosas las citas de miel y colmenas que aparecen en sus textos, como la referencia de Rab-shakeh, oficial del Rey Sennacherib, enviado c. 701 a.C. contra Hezekiah, Rey de Judea, quien se refiere a Asiria como Tierra fértil de árboles floridos donde prosperan las abejas (*Libro de los Reyes* 2, xviii, 32). La referencia a las abejas de Asiria de Isaías (vii,8) o las costumbres de los apicultores asirios de silbar a las abejas para manejarlas citadas por Cirilo, Patriarca de Alejandría (muerto en 444 a.C.) y especialmente en el asirio *Tratado de los medicamentos*, demuestran en la zona una apicultura generalizada, y la riqueza de términos relacionados con la apicultura en sus lenguas (Sumerio: miel = *lal*, apicultor = *lu-lâl*, panal = *gab-lâl*; Asirio: miel = *dispu*, mead o bebida alcohólica hecha de panales de abeja que era utilizada como elixir = *dussupu*) lo demuestra de forma evidente.

En general, y como ya hemos anotado, y a diferencia de los egipcios, los mesopotámicos no fueron muy aficionados a las prácticas funerarias. Sólo en época sumeria, en la ciudad de Ur, se encuentran hipogeos de cierta importancia (corresponden las tumbas reales, conocidas tanto por la cantidad de joyas que contenían, como por el sacrificio de los familiares y del séquito), pero a través de Estrabón poseemos referencias del uso de miel en rituales funerarios entre los asirios, en ofrendas a la diosa Ishtar y de miel de palma también usada como edulcorante (Heródoto lo cita entre los babilonios y cita el uso de miel de palma en Lydia y Libia, pero no de Asiria) y hay otras numerosas referencias directas sobre el uso de miel, aceite y vino en ofrendas, como las citas de Esarhaddon, quien la menciona al iniciar el primer año de su reinado (682 a.C.) en la reconstrucción de Babilonia y la fundación de la *Casa de Wisdom* en Asshur, o su uso como purificador por Nabonidus (555 – 538 a.C.) sobre los muros del *Templo de Sin in Harran* en Babilonia. Al margen del uso de este deri-

vado de la abeja en rituales de exortización contra espíritus malignos y demonios que nos han sido legados en escritos en babilonio y sumerio, también conocemos el uso de la cera en rituales funerarios, que está documentado en sus textos y en las referencias de Heródoto, de hecho, la palabra momia no es de origen egipcio, sino que procede del persa *mum/moum*, que significa cera. Los cilindros y tablillas pertenecientes a la *Biblioteca de Asurbanipal*, Rey Asirio (669 – 625 a.C.) lo describen. También se conservan fragmentos de un texto sobre la ceremonia mortuoria de apertura o lavado de la boca, que se practicaba en Babilonia (similar a lo conocido en Egipto y Oriente) y donde se usaba miel, y a través de Heródoto y Estrabón conocemos su utilización en rituales de enterramiento de difuntos entre asirios y babilonios. El cuerpo del mismo Alejandro Magno, quien precisamente murió en el 323 a.C. en la ciudad de Babilonia, parece que recibió este tratamiento.

Por el elevado valor de estos productos apícolas, también aparece la miel en los textos jurídicos babilonios, siendo el más conocido el de Hammurabi (2.123 – 2.081 a.C. / 1.728 – 1.686 a.C.), periodo que alcanzó un notable desarrollo social y jurídico, según refleja su conocido *Código* (c.1760 a.C.), labrado en 2,25 m de diorita para el *Templo al dios Sol de Babel* (y con la intención de “disciplinar a los libertinos y a los malos, e impedir que el fuerte oprima al débil” con 282 severas leyes que, en algunos casos se nos antojan actuales (contrato de alquiler, garantía de préstamos, sociedades gananciales, créditos, divorcio, incesto, adulterios, etc.) y penas para los juzgados con castigos (flagelación, mutilación) y ejecución (empalamiento, cremación y ahogamiento) con sentencias como... “que lo ejecuten; que la empalen; que le saquen un ojo; que le corten un pecho; que le corten la mano; que le rompan un hueso; que le corten una oreja; que maten a su hija”, y leyes que hoy nos parecen “divertidas”:

110 Si una (sacerdotisa) *naditum* [o] una (sacerdotisa) *ugbab-tum* que no reside en un convento *gagu* abre una taberna o entra por cerveza en una taberna, a esa mujer, que la quemmen. **133** Si esa mujer no guarda su cuerpo y entra en casa de otro, que se lo prueben a esa mujer y que la tiren al agua. **157** Si un hombre, después de muerto su padre, yace con su madre, que los quemmen a ambos. **226** Si un barbero, sin consentimiento del dueño de un esclavo, afeita el copete a un esclavo que no sea suyo, que corten la mano del barbero. **282** Si un esclavo dice a su amo: «Tú no eres mi amo», que (el amo) pruebe que sí es su esclavo y luego le corte la oreja, etc., y en estos inclementes textos jurídicos no faltan referencias literario/alegóricas al mundo animal, y en otros textos a los artrópodos en particular (como aparecen en las sentencias del Rey Asarhaddon (680 – 669 a.C.) a sus vasallos: “... Así como la oruga no vuelve a su capullo, tú no volverás a tu mujer ni a tus caballos, ... Como la langosta devora.... piojos y orugas devorarán tu tierra...”). La Justicia punitiva quedará fijada desde entonces y tristemente así lo reflejan nuestras leyes en Occidente.

El uso de cera como soporte para la escritura, así como para el vaciado de moldes de armas y figurillas en metal, técnica posteriormente llamada de la cera perdida, están documentado entre los Sumerios con anterioridad al 2.050 a.C., y estos soportes y técnicas serán de uso cotidiano en el Mundo Clásico y el Medioevo Europeo.

Por último, citemos el empleo de figurillas de cera con propiedades mágicas, que parece que estuvo muy extendido en Babilonia y Asiria y, como pasó en Egipto, las afrentas que

podrían recibir recaerían sobre la persona a quien representaban, y su uso por magos y brujos estuvo muy extendido en rituales, encantamientos y exorcismos que quedan recogidos en los textos rituales llamados *Maklu*. Similares elementos hallamos extensamente repartidos desde el Cristianismo a Vudú.

Las maléficas y pertinaces moscas y los molestos mosquitos y tábanos mesopotámicos

Otro insecto mesopotámico de especial relevancia es la mosca, de difícil diferenciación iconográfica con la abeja, y de la que existen infinidad de referencias que reflejan el nivel sobre su conocimiento, tanto en distinguirlas morfológicamente, como en su biología.

Desde muy temprano, y así aparece en los primeros textos mesopotámicos conocidos, queda constancia de la necesidad humana de listar ciudades, profesiones, aves, objetos, etc., listas que también se utilizaban para enseñar a escribir a los futuros escribas. Entre los mesopotámicos queda constancia de esta avidez innata del hombre en dar nombre a las cosas, a las plantas y a los animales (los taxónomos seguimos en este empeño) y estos listados pudieron influir en la redacción del *Génesis* cuando se cita que “el Hombre recién creado dio nombre al ganado, a las aves del cielo y a todas las bestias del campo” (*Génesis* 3:19, 20).

Esto, unido al carácter meticuloso, organizativo, descriptivo y analítico que define al Mundo Mesopotámico, hace que aparezcan referencias de listas de animales (y de insectos) en muchos de sus escritos, e incluso aparezcan inventariados, como es el caso de las *Tablillas de Har-ra-Hubullu*, (Uruk IV) con enumeraciones de signos ideográficos o fonéticos, clasificados según un principio predefinido y, generalmente, divididos en columnas, explicando o traduciendo en una lengua un signo determinado, y en la *Tablilla XIV*, y basándose en listas sumerias anteriores, se inventaría sobre arcilla y en lengua akadiana, la fauna terrestre empleando 396 nombres diferentes, de los que sólo las moscas poseen diez denominaciones distintas en función de las características de cada especie.

Alguna de estas denominaciones iniciales que se dieron a los animales, y en este caso a los insectos y/o a las moscas en particular (Greenberg, 1973), se han mantenido etimológicamente conforme unas lenguas derivaban / influían en otras. Como entomológico ejemplo de la influencia de unas lenguas en otras a lo largo de sus génesis y de su evolución, citemos el término *makshika* (pronunciado *muckshika*) del Sánscrito, del que se llega a *makshi* (Hindú), *mashi* (Bombayo), *mukha* (Ruso), *mucha* (Polaco), *musca* (Griego-Latín) y de ahí a *mosca* (Italiano, Portugués, Castellano) o *mouche* (Francés). En la mencionada tablilla, la mosca citada como “mosca verde” podría tratarse de *Phaenicia* sp. o *Chrysomya* sp., y la llamada “mosca azul” podría tratarse de *Calliphora* sp. (Diptera: Calliphoridae). También existen textos con el nombre *zizzili*, que por su onomatopeya y su carácter volador, y su molestia y pertinacia parece referirse a lo que hoy conocemos como mosquito.

Es evidente que las moscas no podrían ser ajenas a la vida cotidiana de esta civilización (Greenberg, 1973; Greenberg & Kunich, 2002), y su presencia junto a sus ofrendas y residuos, sus alimentos, sus graneros, sus cultivos y sus animales, sus propios cuerpos y los de sus muertos debían ser de una presencia constante, y a la pléyade de moscas que debían

acompañar a los cadáveres de animales y personas tras cada sacrificio o batalla serían hechos sorprendentes, pero cotidianos. También en un poema sumerio, una pequeña mosca ayuda a Inana contra los demonios, y en Babilonia probablemente las moscas fueran, junto al escorpión, el símbolo de Nergal (Fig. 70), dios de las enfermedades y la muerte.

Las moscas estaban ligadas a los devastadores efectos de las inundaciones, cuyos cadáveres flotando eran acompañados y comparados con las moscas. Hay referencias de supervivientes de estas inundaciones, como Ut-napisti (Ziusura), quien en agradecimiento realizó un sacrificio a los dioses, quienes se acercaron como zumbidos de moscas, y de la diosa Madre Nintu (o Belet en el *Poema épico de Gilgamesh*), quien toca el collar de moscas (Fig. 62) que hizo para ella Anu (An) jurando no olvidar jamás los efectos de la inundación. Reminiscencias de todas estas creencias aparecerán por doquier en el Mundo Egipcio.

Su vinculación con la podredumbre, los cadáveres y la muerte, nos hará verlas asociadas con su primeva medicina para evitarlas (Greenberg, 1973). Existen tablillas médicas como las de Nippur, datadas del tercer milenio a.C., que ya muestran el uso de fármacos aplicados como ungüentos o filtros para uso terapéutico o mágico con sustancias animales, especialmente salvajes, como gacelas, ranas, leones y otros como insectos y otros elementos artropodianos, estiércol, pelos, huesos, concha de tortugas o piel de serpientes para aliviar las picaduras de las moscas y del escorpión (como en el *Texto del Louvre* del 2.000 a.C.) o mitigar las dolencias (Herms, 1939; Weiss, 1947; Labat, 1951; Herrero, 1984), y que se hallan generalmente escritos a tres columnas en las que se expone el fármaco, la enfermedad y el modo de empleo. La Medicina también estaba severamente regulada, y del citado *Código de Hammurabi* extraemos algunas de sus leyes: “**215** Si un médico hace incisión profunda en un hombre con bisturí de bronce y le salva la vida al hombre, o si le abre la sien a un hombre con bisturí de bronce y le salva un ojo al hombre, percibirá 10 siclos de plata. **218** Si un médico hace incisión profunda en un hombre con bisturí de bronce y le provoca la muerte, o si le abre la sien a un hombre con bisturí de bronce y deja tuerto al hombre, que le corten la mano”. De esta primitiva medicina y farmacopea arrancará la Medicina y la Farmacia que nos lleva hasta hoy día a través de la Magia, la Alquimia, la Brujería y la Botánica. A partir de otras tablillas médicas pertenecientes a la *Biblioteca de Asurbanipal*, datadas del s. VII a.C., se deduce el conocimiento de enfermedades relacionadas con la malaria, la esquistosomiasis, la filariosis y otras dolencias relacionadas con artrópodos vectores o ectoparásitos (Herrero, 1984), así como del uso terapéutico de escarabajos cantáridos (*Cantharis vesicatoria*) y meloideos (*Lytta* y *Meloe*) que a través de la Época Clásica llegará a Occidente, donde se emplearon de forma generalizada en Europa hasta bien entrado el s. XIX.

La presencia de moscas, al menos las moscas habituales en las casas, debía ser enormemente habitual, familiar y molesta, y esto hace que sean relativamente frecuentes en sus textos y representaciones artísticas. Ya aparece tallada en piedra caliza, a modo de amuleto, en Arpachiyah, en estratos de la Cultura de Tell Halaf y en serpentina hallada en el *Anu Ziqqurra* del *Templo Blanco* en Uruk, y con ellas la primera representación de un insecto en un cilindro, perteneciente al Periodo Uruk III y que posee una antigüedad cifrada en 5.000 años, y es precisamente una mosca, o quizás más específica-

mente un tábano, el/los que aparece/n junto a dos ibices y una gacela o incluso junto/ sobre el ganado (Fig. 25, 29, 32), por lo que parece tener una larga tradición simbólica y ritual, una vez gestada y asentada la ganadería (Vila, 1998).

Abalorios de lapislázuli con forma de mosca han sido hallados en diversos yacimientos (enterramiento 88 del *Cementerio de Kish*), y joyas en forma de moscas se conocen en los inventarios de varios templos o han sido hallados en sus excavaciones (Andrae, 2010), como en el caso del arcaico *Templo de Sin* en Kafajeh, o a modo de abalorios de collares en el de Nuzi (Fig. 62). También pendientes en forma de mosca han sido hallados en estratos neobabilónicos en Babilonia y Ur. Similitudes de todo esto encontramos en el Arte Egipcio, así como reminiscencias alcanzando, a través del Periodo Clásico, la Edad Media europea.

Debido a esta familiaridad, particularmente la mosca es relativamente frecuente en las manifestaciones y representaciones cotidianas, artísticas, en cilindros/sellos, etc. (Fig. 29, 62). En algunos cilindros aparecen asociadas con deidades, de lo que se deduce un cierto carácter reverencial de la mosca, e incluso que estuviera deificada entre los mesopotámicos desde la primera dinastía babilónica y en especial en el Periodo Kasita, así en un cilindro Kassita (1.700 – 1.400 a.C.) aparece una mosca (por la deidad dudamos sea una abeja) junto al dios Jergal o Nergal (Fig. 70), dios de la pestilencia, y en su literatura también las moscas aparecen relacionadas con alguna de sus deidades. También aparecen moscas en la glíptica y mayoritariamente entre figuras de gran tamaño que se encuentran frente a frente (Fig. 15), pugnando con la citada abeja en la interpretación relacionada con el don de la palabra, aunque en otros sellos aparece con más difícil asignación (Fig. 32), tratándose probablemente de tábanos (Diptera: Tabanidae). Hasta el segundo milenio aparecen moscas ocasionalmente en sellos, pero probablemente hubieran ya adquirido otra significación.

En los relatos épicos babilónicos, y como ocurrirá en los relatos épicos griegos, los insectos son tratados mayoritariamente en relación con elementos moralizantes y los símiles, en particular con su fuerza, y por su pequeño tamaño, con el eterno tema del “pequeño vence al grande” (reminiscencias quedan o se repiten en las *Fábulas de Esopo*). Sobre las proezas de Gilgamesh (s. XXVIII a.C.) quien, por cierto, relata el Diluvio Universal (fechado hacia el 3.000 a.C. y probablemente ocasionado por sucesivas inundaciones acrecentadas por la rupturas de represas existentes en el Tigris y el Éufrates, unido a erupciones volcánicas y seísmos), existen muchas referencias entomológicas que implican un elevado conocimiento sobre la biología de muchos arácnidos e insectos, sean dos escorpiones que defienden el Monte Mastro o la cita en lengua Asirio-Babilónica “*ku-li-li-ki-lip-pa*” que ha sido interpretado como la exuvia (piel) de la náyade de libélula que se relacionaba con la inmortalidad (Bottéro, 1998). Similar referencia hallamos en el *Poema de Atrahasis*. Pero al margen de estas referencias, son las moscas las más citadas, y otras referencias entomológicas hallamos en el texto épico *Enuma Elish*.

Volviendo al *Poema de Gilgamesh* (Tabla IX, 162), en él se cita que los dioses se reunían como moscas alrededor de Utnapistim cuando ofrecía su sacrificio, y que los dioses de la amurallada Uruk se trasformaban en moscas que zumbaban entre sus calles. En la *Tabla XI* se cita que Belitili-Aruru, la diosa Madre Inanna, diosa de las tormentas y la lluvia, fre-

cuentemente asociada a la figura del león, tras una fuerte y calamitosa inundación levanta y ofrece antes de anudarlo a su cuello, un collar con moscas talladas en lapislázuli (Fig. 62) como memoria de los días que no han de olvidarse, habiéndose sugerido que el color iridiscente/metálico de sus alas/cuerpo podría estar asociado entre los mesopotámicos al arco iris que trae el fin de las lluvias y la paz. Piezas como los collares descritos han aparecido en algunos enterramientos, como el citado de la *Tumba de la Reina Puabi* (2.600 – 2.500 a.C.) en Ur (Fig. 62), cuyas moscas talladas en materiales nobles como oro y lapislázuli apoyan esta vinculación entre las moscas y lo divino, y esta tradición de glorificar con moscas parece que de ellos se transfirió a los egipcios, cuyos dignatarios regalaban moscas a los soldados que habían destacado por su coraje en las batallas.

En relación con las moscas, no puede dejar de citarse a Beelzebub, el conocido demonio de la muerte tan temido entre los persas, y del cual parece proceder el nombre Baal – zeboub, príncipe de las moscas. Demonio de la destrucción y la putrefacción, y especialmente venerado en la ciudad de Ekron, y que fue permanentemente referido en la *Biblia* (*II Reyes* 1: 1-18) (Chavalas & Lawson Youn, 2002; Ohler, 2009) y en multitud de textos posteriores (en la *Biblia*, Beelzebub es el príncipe de espíritus malvados y en el *Paraíso perdido* de Milton es el principal teniente de Satán). Siempre aparece asociado a las moscas (Baal fue un dios cananeo con poderes mágicos para prevenir las enfermedades, e introducido en Egipto por los comerciantes fenicios (Moscati, 1988), pues era también protector de la navegación, y fue particularmente venerado por los hicsos en Avaris durante su invasión de Egipto), y Beelzebub era uno de los dioses Patronos entre los Filisteos en la antigua Palestina y también se identifican con el dios de Ekron, Baal-Zebub. El término es una imitación deliberada del término cananeo Baal-Zebul ("*príncipe Baal*"), uno de los títulos del dios Baal. También le llamaban "*Señor de las moscas*", derivado del "Baal-Zevuv" hebreo, que tan citado aparece en la *Gehenna* semítica. En el texto persa *Vendidad* está escrito que tan pronto una persona muere, este dios entra en el cadáver en forma de mosca, y este dios, por ende, será asociado al mal y a lo diabólico entre algunos de sus enemigos, así Caldeos, Filisteos o Fenicios asociaban la mosca con Belzebub (Belcebú) deidad semítica de las ciudades de Beel, Ekron o Baal, al que también llamaron "*Señor de las moscas*", y cuyas dipterológicas reminiscencias llegarán a través de los griegos (Thorens, 1977) y hebreos hasta el Cristianismo, la brujería medieval y a la iconografía renacentista como símbolo del mal, de la enfermedad, de la muerte y del diablo.

No obstante este temor/ admiración y esta veneración por las moscas se extenderá por otras culturas mediterráneas, particularmente en Egipto, pero también hallamos moscas en la orfebrería de la Edad de Bronce tardía Sirio-Palestina de Ajjul. La mosca ha sido un símbolo predominante en las religiones primitivas, y se creía de ellas que portaban el alma de las personas fallecidas, y esta simbología aparece entre los egipcios y los celtas, así como su casi divinización en el esteta Mundo Clásico, donde parcialmente se transforma en mariposa.

Relacionado con las moscas diremos por último que, entre uno de los muchos símbolos de potestad y jerarquía que se utilizarán en numerosas civilizaciones de los cinco continentes y que ya se utilizaban en Mesopotamia, se hallaban los

espantamoscas, que eran objetos labrados de materiales nobles y dignificaban a la persona que los portaba. En el *Relieve de Ashurnasirpal II asistido por un eunuco* (883-859 a.C.) de Nimrud (antigua Kalhu) en Iraq (Fig. 63), es precisamente un espantamoscas uno de los objetos que se ofrece al monarca en una escena cargada de serenidad y majestad.

Los devastadores (y comestibles) saltamontes y langostas

Con diferentes nombres, sean asignables a saltamontes, grillos o langostas, con los que aparecen en la *XIV tablilla* de la citada *Serie Har-ra*, tratamos ahora otro (s) insecto (s) bien conocido (s) en las representaciones mesopotámicas (Fig. 19, 58, 59). El saltamontes/ langosta es frecuentemente citado en los textos como el dios de las Tormentas, y es un insecto bien conocido en la glífica Kassita desde sus orígenes, y no es raro hallar su representación en cilindros y sellos (Fig. 19). Es evidente que debió ser un animal clave para este pueblo agricultor (El Faïz, 1995), y por ello en muchas ocasiones aparece asociado a escenas agrícolas y de su recolección o de frutos, como en los hallados en Lagas o en Meskalamdug, cerca de Ur (Fig. 59), así como en ciertos sellos asociados a motivos vegetales (Fig. 19). Secuencialmente empiezan a aparecer en ciertos sellos junto a / o como animales fieros y peligrosos (Fig. 25, 29) y desde la primera Dinastía Babilónica aparecen como referencia de una auténtica plaga, y es el caso del texto que aparece en una de las famosas *Tablillas de Mari*, donde se recoge abundantes datos de la vida palaciega de la época, y en una de ellas, refiriéndose al *Palacio de Zimri-Lim* se cita: "*una plaga de langostas que llegó a Terqa y el gobernador las capturó y se las envió al rey*". En el Periodo Kassita las langostas aparecen vinculadas a deidades y templos, como las figuras de langostas en plomo halladas en la *Habitación 4* del *Templo de Asur* en Kâr-Tukulti-Ninurta, de donde también podría proceder una placa vidriada donde aparece junto un personaje, probablemente un rey asirio, que solicita una petición a una deidad (Fig. 58).

Los saltamontes que aparecen en grabados sugieren inequívocamente su uso como alimento e incluso como exquisitez, existiendo bajorrelieves asirios, como los paneles del *Palacio de Sennacherib* (705-681 a.C.) en Nínive, que muestran dos portadores llevándolos a una fiesta real (Fig. 59). También existen textos, como el hallado en Mari, en el que el escriba de Terqa los ofrece al Rey. Más tarde Plinio (XI, XXVI) y Heródoto referirán esta costumbre de comer saltamontes y cigarras entre otros pueblos de la zona como los Partos, que pudieron heredar estas costumbres. Fuentes de historiadores griegos llamaron *acridophagi* a esta costumbre de comer langostas y saltamontes en el Próximo Oriente y otras localidades de África y Europa, y particularmente Diodoro de Sicilia (s. I. a.C.) la refiere como frecuente en el Norte de África. Las costumbres entomofágicas han desaparecido prácticamente de la dieta occidental (muy probablemente por la influencia de los textos hebreos), pero están ampliamente repartidas por muchos continentes, especialmente América, Asia, África y Australia (Bodenheimer, 1951; Defoliart, 1989; Domínguez, 1997; Menzel & D'Aluizio, 1998), y en el caso de los saltamontes, nosotros hemos hallado esta costumbre en numerosas etnias del S. E. asiático, y particularmente extendida en Vietnam.

Hallamos también saltamontes en otro relieve del citado *Palacio de Sennacherib* sobre las ramas de una palmera a la izquierda del grupo de personajes y en tallas de marfil de

inspiración egipcia de los yacimientos sirio-palestinos de Kamid el Loz. Para acabar con este tipo de insectos, citemos que los grillos, tan extendidos en culturas orientales, eran considerados dioses visitantes anunciadores de los presagios.

Otros artrópodos mesopotámicos: escarabajos, mariposas, ciempiés, cucarachas, cangrejos, libélulas, megalópteros, etc.

Para una civilización más agricultora que ganadera, y con escasez de grandes mamíferos en su fauna autóctona, y a diferencia del Mundo Egipcio, los escarabajos son muy poco frecuentes en la iconografía y arte de Mesopotamia. Ha sido citado su uso en medicina, y en algunos sellos del Periodo Jemdet Nasr se han interpretado líneas circulares o espirales sobre el agua como las que generan ciertos escarabajos acuáticos (Coleoptera: Girinidae), que debían llamar la atención de estos pueblos fluviales. También como amuletos en lapislázu o arcilla esmaltada se han hallado en el *Cementerio A* de Kish y como abalorios de collares en otros enterramientos. Los llamados “*insect class*”, mayoritariamente grabados en hematita, podrían ser escarabajos, y de influencia u origen egipcio son los escarabeos hallados en enterramientos kasitas en Babilonia. Plinio refiere que los magos persas conjuraban el granizo, las langostas y demás calamidades con una esmeralda cuando “el escarabajo volaba más alto que el águila”.

La mariposa es otro insecto curiosa- y proporcionalmente escaso en las referencias mesopotámicas, hecho que se explica por la excesiva sobriedad de esta civilización que no les permitió demasiadas concesiones “superfluas”. La mariposa era presagio de difuntos durante la noche, y esta relación con la muerte debió extenderse por el Mediterráneo y África, donde aun así la encontramos (Montserrat, 2009b, 2012b). También aparece con frecuencia citada en textos como el *Cuento de Anzû*.

Otros insectos como las hormigas son permanentemente citados en la literatura mesopotámica, como en los *Textos del Rey Hattusili I*, cuando se refiere a su hijo Ullikummi ante sus enemigos “*déjale aplastarlos bajo su pie como una hormiga*”, pero aún no las hemos hallado representadas en sus manifestaciones artísticas.

Por último citemos otros insectos, en este caso también acuáticos, como la libélula Hannahanna, sin duda muy abundante a orillas de sus ríos y por ello muy frecuentemente citada en multitud de textos como en el citado *Poema de Gilgamesh*, pero de la que no hemos hallado aún representación iconográfica y ya hemos mencionado la cita en lengua Asorio-Babilónica “*ku-li-li-ki-lip-pa*” que ha sido interpretado como la exuvia (piel) de la náyade de libélula que se relacionaba con la inmortalidad. Similar referencia hallamos en el *Poema de Atrahasis*. La libélula, junto a otros animales acuáticos se asocia a la diosa sumeria Nanshe, diosa de los manantiales y los arroyos, hija de Ea (Dios de las aguas) y hermana del citado Marduk. En algunos sellos aparece asociada a peces y se ha identificado como un Megaloptera (*Sialis*), sin duda frecuente en sus ríos, al que llaman *klihu*, *kulilitu* o *kulili* en los antiguos textos árabes.

La propia ubicación mayoritariamente fluvial de esta civilización (Gomis, 1992) hace que la presencia de ríos y, consecuentemente de elementos de su fauna, como son los peces o los cangrejos (aunque mayoritaria- / sorprendentemente de mar), sea casi una constante en sus representaciones, y este hecho dejará una enorme impronta en todo el Arte de

Occidente, que los utilizará para informar al observador que lo que se representa es agua y no tierra.

La figuración de crustáceos es frecuente y diversa en sus manifestaciones. Mayoritariamente aparecen, como se ha dicho, asociados a otros animales acuáticos para definir este elemento. Así aparecen en los relieves de los muros del palacio del S. O. de Nineveh, realizado bajo el reinado de Assurbanipal (668-627 a.C.), donde se narran escenas de la Batalla de Til Tuba (Río Ulai) en Elam contra los árabes (Fig. 64) y los fenicios (Fig. 65, 66) (Moscati, 1988) en los que aparecen varios cangrejos representados. También pueden aparecer cangrejos en temas relacionados con otras actividades humanas, tal es el caso del relieve que alberga el British Museum de Londres (ref. WA 124825 y WA124782) procedente de Nínive, con escenas de pesca, y donde hay representados cangrejos de río, o el cangrejo de mar que aparece en el citado relieve del *Palacio de Sargón II* (s. VII-VII a.C.) (Fig. 65, 66).

Cambiando de elemento, otro crustáceo obligatorio y paralelo al que hemos citado al hablar del escorpión, es la inclusión del cangrejo como constelación de Cáncer, y junto a Escorpio aparecerá en muchos de los ejemplos astrales y en todos los zodiacales que hemos citado (Fig. 69, 71, 72). Desde el punto de vista de la Mitología Mesopotámica, el cangrejo está vinculado al ciertas divinidades como Anu/An, pero sobre todo era uno de los atributos, junto a escorpiones, serpientes, langostas y otros seres acuáticos de la citada diosa Sumeria Nina, Señora de las Aguas, que en ocasiones ha sido considerada la misma deidad que Ishara por aparecer también con escorpiones (Fig. 42) junto a otros atributos acuáticos. Así aparece en tablillas conservadas en París y Leningrado con ofrendas de pescadores (peces y grano) a esta diosa, sin embargo la presencia de escorpiones en estas dos escenas son excepcionales y, por el contrario, nunca aparecen crustáceos vinculados expresamente con la multitud de referencias que asocian, desde la III Dinastía de Ur, el escorpión con Ishara, diosa cuyo origen babilónico parece fuera de dudas.

Siendo animales relativamente frecuentes en la zona, es curioso que sean también muy escasas las referencias al ciempiés en el Arte Mesopotámico. Pueden aparecer tallados sobre determinados materiales, generalmente asociados a otros animales venenosos, como en el referido vaso en caliza gris (Fig. 51) o modelados independientemente, como es el caso de los de arcilla roja hallados en Lagas, y quizás poseyese algún tipo de simbología. Por último citar figuras enigmáticas que aparecen en sellos del Periodo Jemdet Nasr (c. 3.000 a.C.) y que han sido asociadas a embarcaciones, signos contables, etc. (Fig. 28, 40) y que para nosotros se nos antojan miriápodos, que no serían nada ajenos a este entorno, y también cucarachas parecen representar algunos insectos impresos sobre arcilla.

Epílogo

Hemos mencionado que la sucesión de invasiones y saqueos de diferentes pueblos fue una constante en su historia (aún hasta el presente), y en este apartado de su ocaso final como civilización han de citarse a los admirados, temidos y hedonistas Persas, quienes entraron en escena desde los primeros reinos arios rivales de los Medos, el de Parsa (c. 1.000 a.C.) y el Elamita (2.400 – 539 a.C.) hasta que Ciro II (559 – 529 a.C.) los reunificara (con más de 23 etnias), liberara a los

judíos esclavizados y fundara el también permisivo y teocrático Imperio Aqueménida que todos conocemos. Este belicoso pueblo había extendido su área de influencia y enorme imperio hasta India, Egipto y Asia Menor y desde Lidia a Caria, y que entrando en conflictos con los griegos, representan el último eslabón de la dilatada historia mesopotámica que venimos tratando y que concluye con la conquista de Babilonia por los Persas en el 539 a.C. Esto, unido a la progresiva consolidación de la hegemonía comercial en el Mediterráneo oriental iniciada desde los Minoicos y sobre todo con los Fenicios y retomada por Micenas y consolidada por los Griegos, hacen que el devenir histórico se occidentalice, y que toda esta vasta región mesopotámica pierda poco a poco preponderancia y protagonismo y dé paso a un nuevo curso de la Historia, ya no fluvial, sino marítima (mediterránea).

Tras interminables periodos de rivalidades y guerras entre los Persas y los Griegos, la balanza de la Historia acaba por decantarse, y con la conquista de su imperio concluida en el 331 a.C. por parte de las tropas de Alejandro Magno y la anexión del Imperio Persa al Griego (Macedonio), se cierra la última página de todas estas magníficas civilizaciones que tras más de 10.000 años de historia, acabaron convirtiéndose en ruinas cubiertas de otras religiones, de arena, de mitos y de leyendas (Prada, 1997; Lara Peinado, 2002; Andrae, 2010). Junto al resto del área de influencia macedonia, la zona sería posteriormente anexionada al Imperio Romano (Provincias de Armenia, Asiria y Mesopotamia creadas bajo el mandato del emperador Trajano en el año 114 y 116 d.C.), con varios conflictos bélicos (113-116 a.C.) con los Partos (247/255 a.C.-224 d.C.) que ocuparon la zona, luego por los Sasánidas (224 – 614), vendrían después los mongoles, los turcos y por último en el s. VII llegaría el Islam Chihita, y nuevos imperios coloniales europeos controlarán, ocuparán o se repartirán más recientemente la zona, manteniéndose la “costumbre” invasora de su larga historia. Después llegaría el petróleo y el integrismo/ fundamentalismo que marcarán su reciente historia cuyas consecuencias todos conocemos.

Sólo a través de algunos textos como la *Biblia* (Chavalas & Lawson Youn, 2002; Ohler, 2009) o de los relatos de clásicos como Heródoto, Estrabón o Ptolomeo se ha mantenido una mítica vigencia mesopotámica en la memoria colectiva de la Historia Occidental, pero la verdad es que no hace demasiados años que ha empezado, poco a poco, a salir realmente de nuevo a la luz gracias a la Arqueología (Andrae, 2010). Aún queda mucho por conocer y recuperar, especialmente tras los citados recientes e imperdonables (y evitables) saqueos del Museo Nacional Irakí (1991), pero ya sabemos que a estas Civilizaciones le debemos agradecer muchos logros y conocimientos conseguidos para la Humanidad. Fueron precursores de las matemáticas, la aritmética, la geometría, aportaron el ángulo recto y la línea recta, la arquitectura, el urbanismo, la ingeniería agrícola, la cartografía y la topografía, la química, la anatomía, la medicina o la astronomía, y desde luego de la entomología.

Su estética, su técnica y su saber influyeron notablemente en civilizaciones próximas, pero a través de los Persas, de forma incuestionable en el Mundo y en el Arte Griego, y fueron uno de los elementos desencadenantes que derivó en su Periodo Helenístico desde este momento (Dalley, 1998), y en parte su legado ha llegado a nosotros hasta nuestros días a través de griegos y árabes, desde la agricultura de irrigación al zodíaco, desde muchos alimentos a los vehículos, desde la

rueda al lenguaje escrito, desde la astrología/astrología a la literatura y la poesía, desde la esclavitud a las aleaciones (cobre y estaño o cobre y arsénico), desde el ladrillo a los planos a escala, desde el uso de la técnica del temple a la cúpula, el abovedado y el adintelado, desde los mosaicos decorativos y los azulejos al bote y la vela, desde las ciudades y el urbanismo a las obras de ingeniería fluvial y las presas, desde enyesar las paredes de las casas que habitamos a los tejidos que nos cubren, desde las rutas comerciales y las caravanas a la administración y el comercio, desde el arado y los arreos para los animales al sistema postal o de correo, desde la legislación a la división del círculo en 360°, desde el calendario de 12 meses al sistema sexagesimal (múltiplos de 60) con el que organizamos el tiempo (24 horas, 60 minutos y 60 segundos), desde el número π , las ecuaciones de tercer grado, la raíz y la potencia a la justicia punitiva, y desde los ingleses (que aún se apañaban con su sistema monetario) o nosotros (que seguimos comprando los huevos por docenas en el supermercado) a conocer lo que Pitágoras formuló mil años después de que ellos ya usaran su teorema, mucho pues ha de agradecerles la Humanidad.

Mesopotamia sentó las bases de todas las técnicas que se desarrollaron hasta la Revolución Industrial (agricultura, ganadería, arquitectura, transporte, carpintería, alfarería, vidrioado, manufactura textil, del cuero, de los metales, etc.) y crearon conceptos que se nos antojan contemporáneos y “muy nuestros”, como son el cuerpo de infantería militar, los comerciantes, los magistrados, los impuestos, los préstamos e intereses bancarios (en su caso del 20 % para metales y del 33 % para granos) y las garantías de devolución, la protección a las viudas y los huérfanos, la heredabilidad de la propiedad territorial, las adopciones, las donaciones, y en definitiva un largo etc., desde una sociedad jerarquizada y clasista que aún mantenemos vigente (y hemos citado numerosos ejemplos), elementos que tienen aquí su origen (Dalley, 1998), pero como nos recordaba Heródoto, el gran historiador de la Grecia Clásica (quien tantos datos y elementos nos legó de la zona en su obra), nada es perdurable, y los imperios cambian de manos, y sobre todo que el progreso no es patrimonio continuado de nadie, sino de la Humanidad. Mesopotamia, que conoció el esplendor en épocas remotas, es hoy una de las zonas del mundo con mayor retraso social y con colectividades ancladas en el pasado. Su tiempo de grandiosidad ha dado paso a siglos de penuria, de retraso social, de integrismo y de mantenimiento de tradiciones ancestrales que en la actualidad, a pesar de la fanfarronería de alguno de sus dirigentes y su escalada armamentística nuclear, impiden su real desarrollo económico y social, y su inmenso legado a la humanidad agradecida ha virado transformándose en una potencial amenaza hacia ella.

Volviendo a aquel pasado esplendor, hemos paseado por esta impresionante civilización a la que tantas cosas hemos de agradecer, no sólo demostrando la constante presencia de los artrópodos en su cosmología, en su mitología, en sus creencias, en su arte, en su literatura, en su ciencia y en otras de sus diversas manifestaciones, sino especialmente importantes en el origen y la fijación de muchos de los conocimientos entomológicos, muchos de los cuales, y en lo que nos compete, llegaron a los Persas, los Hebreos, los Griegos y los Árabes, quienes acopiaron mucha de su información, y cuya huella se conserva hoy día, dejando constancia de la importancia y trascendencia de su saber entomológico. Lo-

gros que ejercerán una enorme influencia en otras civilizaciones posteriores, incluida la Civilización Occidental a través del Mundo Helenístico, al que tanto impresionó, y que heredará de Mesopotamia muchas de sus tradiciones, conocimientos, leyendas y mitos, que constituirán el inicio de las ficciones, fábulas y conocimientos sobre los artrópodos, que aún hoy día mantenemos vigentes o, al menos, recordamos sus ecos (Dalley, 1998).

Bibliografía recomendada

- ALGAZE, G. 2008. *La antigua Mesopotamia en los albores de la civilización: la evolución de un paisaje urbano*, Bellaterra, Barcelona, 200 pp.
- ANDRAE, W. 2010. *Memorias de un arqueólogo: viajes y descubrimientos alemanes en Babilonia y Asiria*, Ediciones del Viento, La Coruña, 373 pp.
- ANNUS, A. 2010. *Divination and interpretation of signs in the ancient world*, Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, 351 pp.
- ASCALONE, E. 2008. *Mesopotamia*, RBA, Barcelona, 368 pp.
- BECKMAN, G. M. 1989. The Religion of the Hittites. *Biblical Archaeologist*, **52**: 98-108.
- BLACK, J. & A. GREEN 1992. *Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia: An Illustrated Dictionary*, British Museum Press, London, 192 pp.
- BLASCO ZUMETA, J. 1997. Breve nota sobre langosta y superstición hasta la ilustración del siglo XVIII. En: (Melic, A.). *Los Artrópodos y el Hombre. Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, **20**: 363-365.
- BODENHEIMER, F. S. 1951. *Insects as Human Food*, W. Junk, The Hage, 352 pp.
- BOTTÉRO, J. 2001. *Religion in Ancient Mesopotamia*, Chicago, University of Chicago Press, 260 pp.
- BOTTÉRO, J. 1998. *La epopeya de Gilgamesh: el gran hombre que no quería morir*, Akal, Madrid, 339 pp.
- BOTTÉRO, J. 2004. *Mesopotamia: la escritura, la razón y los dioses*. Cátedra, Madrid, 358 pp.
- CALVET, L. J. 2007. *Historia de la escritura: de Mesopotamia hasta nuestros días*, Paidós, Barcelona, 263 pp.
- CATHERINE, G. 1929. Les insectes dans les religions anciennes, les legendes et l'histoire. *Bull. Soc. Linn. Seine Maritime*, **15**: 20-27.
- CAUVIN, J. 1994. *Naissance des divinités, naissance de l'agriculture: la révolution des symboles aux néolithique*, CNRS, Paris, 304 pp.
- CHAVALLAS, M.W. & K.LAWSON YOUN 2002. *Mesopotamia and the Bible: comparative explorations*, Grand Rapids, Baker Academic, Michigan, 395 pp.
- CIRAOLO, L. & J. SEIDEL 2002. *Magic and divination in the ancient world*, Brill, Leiden, Boston, Köln, 152 pp.
- CLOUDSLEY-THOMPSON, J. L. 1990. Scorpions in Mythology, Folklore and History: 462-485. En: *The Biology of Scorpions*, Polis G.A. ed., Stanford University Press, California, 587 pp.
- COLLINS, B. J. 2002. *A history of the Animal World in the Ancient Near East*, Brill, Leiden, 620 pp.
- CRANE, E. 1983. *The archaeology of beekeeping*. Duckworth, London, 360 pp.
- CRANE, E. 1999. *The World History of beekeeping and Honey Hunting*. Duckworth, London, 682 pp.
- CRAWFORD, H. 2004. *Sumer and the Sumerians*, Cambridge University Press, Cambridge; New York, 252 pp.
- DALLEY, S. 1991. *Myths from Mesopotamia*, Oxford University Press, Oxford, 337 pp.
- DALLEY, S. 1998. *The legacy of Mesopotamia*, Oxford University Press, New York, 227 pp.
- DEFOLIART, G. R. 1989. The human use of insects as food and as animal feed. *Bull. Entomol. Soc. Am.*, **35**(1): 22-35.
- DHORME, E. & R. DUSSAUD 1949. *Les religions de Babylonie et d'Assyrie; Les religions des hittites, des phéniciens et des syriens*, Presses Universitaires de France, Paris, 433 pp.
- DOMÍNGUEZ, J. A. 1997. Los artrópodos como fuente de alimentación. *Boln. Soc. Ent. Aragonesa*, **20**: 259-263.
- DOWNING, CH. 1999. *The Goddess: Mithological Images of the Feminine*, Continuum, New York, 254 pp.
- EL FAÏZ, M. 1995. *L'agronomie de la Mésopotamie antique: analyse du "Livre de l'agriculture nabatéenne" de Qûit-âmâ*, Brill, Leiden; New York, 330 pp.
- FAGAN, B. 2004. *The Long Summer: How Climate Changed Civilization*, Basic Books, New York, 304 pp.
- FOSTER, B. R. 2011. *Las civilizaciones antiguas de Mesopotamia*, Crítica, Barcelona, 309 pp.
- FRANKFORT, H. 1939. *Cylinder Seals*, MacMillan, London, 328 pp.
- FRASER, H. M. 1951. *Beekeeping in Antiquity*, University of London, London, 145 pp.
- FRAYNE, D. 1990. *Old Babylonian Period (2003-1595 BC)*. University of Toronto Press, Toronto; Buffalo, 853 pp.
- GIMBUTAS, M. 1991. *Diosas y dioses de la Vieja Europa 7000-3500 a.C. Mitos, leyendas e imaginaria*, Istmo, Madrid, 347 pp.
- GIMBUTAS, M. 1996. *El lenguaje de la diosa*, GEA, Oviedo, 388 pp.
- GOMIS, A. 1992. *Las civilizaciones fluviales: Egipto y Mesopotamia*, Akal, Madrid, 54 pp.
- GREENBERG, B. 1973. Flies through history. En: *Flies and Diseses*, vol. 2: 3-18, *Bio-History of Insects*, Philadelphia: Lippincott, Princeton Univ. Press, Princeton, 396 pp.
- GREENBERG, B. & J. C. KUNICH 2002. *Entomology and the Law. Flies as Forensic Indicators*. Cambridge University Press, Cambridge, 306 pp.
- HALLMAN, M. S. 1951. The Story of Honey Bees, *Bios* **XXII**, 3: 198-208.
- HERMS, W. B. 1939. *Medical Entomology*, Mac Millan, New York, 582 pp.
- HERRERO, P. 1984. *La thérapeutique mésopotamienne* (Ed. M. Sigrist), Recherche sur les civilisations, Paris, 140 pp.
- HODGKIN, L. 2006. *A history of mathematics: from Mesopotamia to modernity*, Oxford University Press, Oxford, New York, 281 pp.
- HOGUE, C. L. 1975. The insect in human symbolism. *Terra*, **13**(3): 3-9.
- HOGUE, C. L. 1980. Commentaries in cultural entomology. 1. Definition of cultural entomology, *Entomol. News*, **91**: 33-36.
- HOGUE, C. L. 1981. Commentaries in cultural entomology. 2. The myth of the louseline, *Entomol. News*, **92**: 53-55.
- HOGUE, C. L. 1987. Cultural entomology. *Annual Review of Entomology*, **32**: 181-199. Disponible on line en: http://www.insects.org/ced1/cult_ent.html
- HØYRUP, J. 2002. *Lengths, widths, surfaces: a portrait of old Babylonian algebra and its kin*. Springer, New York, 459 pp.
- HUOT, J. L. 1994. *Les premiers villageois de Mesopotamie: du village a la ville*, A.Colin, Paris, 223 pp.
- KLIMA, J. 1983. *Sociedad y cultura en la Antigua Mesopotamia*, Akal, Madrid, 318 pp.
- KLINGENDER, F. 1971. *Animals in art and thought to the end of the Middle-Ages*, Routledge & Kegan, London, 580 pp.
- LABAT, R. 1951. *Traite Akkadien de diagnostics et pronostics médicaux*, E.J. Brill, Leiden, 2 vol.
- LAMBERT, W. G. 1960. *Babylonian wisdom literature*, Winona Lake, Eisenbrauns, 358 pp.
- LARA PEINADO, F. 1989. *El Arte de Mesopotamia*, Historia del Arte, vol. 5. Historia 16. Madrid, 308 pp.
- LARA PEINADO, F. 1999. *El arte de Mesopotamia*, Historia 16, Madrid, 160 pp.
- LARA PEINADO, F. 2000. *Mesopotamia*, Arlanza Editores, Madrid, 117 pp.

- LARA PEINADO, F. 2002. *Leyendas de la antigua Mesopotamia: dioses, héroes y seres fantásticos*, Temas de Hoy, D.L., Madrid, 366 pp.
- LEICK, G. 2002. *Mesopotamia. La invención de la ciudad*, Ediciones Paidós Ibérica, S.A. Barcelona, 290 pp.
- LEICK, G. 2007. *The Babylonian world*. Routledge, London, 590 pp.
- LÉVÊQUE, P. 1991. *Las primeras civilizaciones. 1. De los despotismos orientales a la ciudad griega*, Akal, Madrid, 517 pp.
- LEVEY, M. 1959. *Chemistry and chemical technology in ancient Mesopotamia*, Elsevier Pub. Co., Amsterdam, 242 pp.
- LIVERANI, M. 2008. *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Crítica, Barcelona, 796 pp.
- MARCHENAY, P. 1979. *L'Homme et l'abeille*, Berger-Levrault, Paris, 207 pp.
- MARGUERON, J.C. 2003. *Les Mésopotamiens*, Picard, Paris, 447 pp.
- MARINATOS, N. 2000. *The Goddess and the Warrior: The Naked Goddess and Mistress of Animals in Early Greek Religion*, Routledge, London, 162 pp.
- MELIC, A. 1997. Los Artrópodos y el Hombre. *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, **20**, Zaragoza, 468 pp.
- MELIC, A. 2003. De los jeroglíficos a los tebeos: Los Artrópodos en la Cultura. *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, **32**: 325-357. Disponible en: <http://entomologia.rediris.es/aracnet/e2/11/08/index.htm>
- MENZEL, P. & F. D'ALUIZIO 1998. *Man eating bugs: the art and science of eating insects*. The Speed Press, Berkeley, 191 pp.
- MONSERRAT, V. J. 2008. Los artrópodos en la obra de Pablo Picasso, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **43**: 469-481.
- MONSERRAT, V. J. 2009 a. Los artrópodos en la Historia y en el Arte de la Ciudad de Venecia, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **44**: 603-628.
- MONSERRAT, V. J. 2009 b. Los artrópodos en la vida y en la obra de Vincent Van Gogh, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **44**: 629-642.
- MONSERRAT, V. J. 2009 c. Los artrópodos en la vida y en la obra de Hieronymus van Aken (El Bosco), *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **45**: 589-615.
- MONSERRAT, V. J. 2009 d. Los artrópodos en la obra de Francisco de Goya, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **45**: 617-637.
- MONSERRAT, V. J. 2010 a. Los artrópodos en el Oficio de las Piedras Duras, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **46**: 623-634.
- MONSERRAT, V. J. 2010 b. Los neurópteros (Insecta: Neuroptera) en el arte, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **46**: 635-660.
- MONSERRAT, V. J. 2010 c. Los artrópodos en la Historia y en el Arte de la Ciudad de Florencia, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **47**: 499-549.
- MONSERRAT, V. J. 2010 d. Sobre los artrópodos en el tatuaje, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **47**: 477-497.
- MONSERRAT, V. J. 2011 a. Sobre los artrópodos en los inicios de la abstracción y la figuración humana, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **48**: 1-45.
- MONSERRAT, V. J. 2011 b. Sobre los artrópodos en la obra de Heródoto y su tiempo, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **48**: 525-543.
- MONSERRAT, V. J. 2011 c. Sobre los artrópodos en la Arquitectura Ibérica, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **49**: 465-493.
- MONSERRAT, V. J. 2011 d. Sobre los artrópodos en Don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **49**: 435-463.
- MONSERRAT, V. J. 2011 e. Los artrópodos en la obra de Salvador Dalí, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **49**: 413-434.
- MONSERRAT, V. J. 2011 f. Los artrópodos en la filmografía de Luis Buñuel, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **48**: 501-524.
- MONSERRAT, V. J. 2012 a. Los artrópodos en la numismática de Grecia y Roma Clásicas, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **50**: 591-629.
- MONSERRAT, V. J. 2012 b. Los artrópodos en la cinematografía de Pedro Almodóvar, *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **51**: 391-420.
- MONSERRAT, V. J. & J. AGUILAR 2007. Sobre los artrópodos en el Grafiti Ibérico, *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa*, **41**: 497-509.
- MONSERRAT, V. J. & A. MELIC 2012. Las arañas en la cultura y el arte de Occidente (Arachnida: Araneae), *Boletín Sociedad Entomológica Aragonesa*, **50**: 631-673.
- MOSCATI, S. 1988. *I Fenici*, Fabbri, Milano, 584 pp.
- NEUMANN, E. 1974. *The Great Mother: An analysis of the Archetype*, Bollingen Series 47, Princeton University Press, New Jersey, 620 pp.
- OHLE, A. M. 2009. *Atlas de la Biblia*. Akal, Madrid, 263 pp.
- OPPENHEIM, A. L., 1977. *Ancient Mesopotamia: Portrait of a Dead Civilization*, University of Chicago Press, Chicago, 445 pp.
- PAULIAN, R. 1999. L'apport des insectes a la vie des sociétés humaines. *Ann. Soc. Entomol. Fr.*, **35**: 5-11 (Suplemento).
- PARROT, A. 1963. *Sumer*. El Universo de las Formas, Aguilar, Madrid, 396 pp.
- PENGLASE, C. 1994. *Greek myths and Mesopotamia: parallels and influence in the Homeric hymns and Hesiod*, Routledge, London, 278 pp.
- PETRIE, W. M. F. 1917. *Scarabs and Cylinders with names*, School of Archeology in Egypt and Constable and Company, London, 46 pp., pl. I-LXXIII.
- PRADA, J. M. DE LA 1997. *Mitos y leyendas de Mesopotamia, Creación y Realización*, Barcelona, 167 pp.
- RANSOME, H. M. 1937. *The Sacred Bee in ancient times and folklore*, Houghton Mifflin Company, Boston & New York, George Allen & Unwin Ltd, London, 308 pp.
- RAWSON, J. 1997. *Animals in art*, British Museum Publications, Trustees of the British Museum, London, 150 pp.
- ROAF, M. 2000. *Atlas cultural de Mesopotamia y el Antiguo Oriente Medio*, Optima, Barcelona, 238 pp.
- ROBERTSON, M. 1997. *El Arte griego. Introducción a su historia*. Alianza Editorial, Madrid, 434 pp.
- ROUX, G., J. BOTTÉRO & J. C. BERMEO BARRERA 2002. *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Akal, Madrid, 496 pp.
- ROY, W. 1994. *Signifying animals: human meaning in the natural world*, Routledge, London, 258 pp.
- SCHIMITSCHEK, E. 1977. Insekten in der bildenden Kunst, im Wandel der Zeiten in psychogenetischer Sicht. *Veröffentlichungen Naturhist. Musien, N.F.*, **14**: 1-119.
- SCHMÖKEL, H. 1965. *Ur, Asur y Babilonia: tres milenios de cultura en Mesopotamia*, Ediciones Castilla, Madrid, 294 pp.
- SEGURA MUNGUÍA, S. 2005. *Los jardines en la Antigüedad*, Universidad de Deusto, Deusto, 206 pp.
- SELLÉS GARCÍA, M. & C. SOLÍS 2008. *Los orígenes de la ciencia* [Recurso electrónico]. Ministerio de Ciencia e Innovación, Secretaría General Técnica, Madrid.
- SMITH, R. F., T. E. MITTLER & C.N. SMITH 1973. *History of entomology*, Annual Reviews, California, Palo Alto. 517 pp.
- STROMMINGER, E. 1964. *The art of Mesopotamia*, Thames & Hudson, London, 480 pp.
- THOMSEN, M. L. 1991. *The Sumerian language: an introduction to its history and grammatical structure*, Akademisk Forlag, Copenhagen, 363 pp.
- THOORENS, L. 1977. *De Sumer a la Grecia Clásica: Mesopotamia, Egipto, Palestina, Persia, Grecia*. Daimon, Madrid, 315 pp.

- VAN BUREN, E. D. 1937. The Scorpion in Mesopotamian Art and Religion, *Archiv für Orientforschung*, **12**: 1-28.
- VAN BUREN, E. D. 1939. *The fauna of ancient Mesopotamia as represented in art*, *Analecta Orientalis* 18, Pontificium Institutum Biblicum, Roma, 113 pp.
- VILA, E. 1998. *L'exploitation des animaux en Mésopotamie aux IV^e et III^e millénaires avant J.C.*, Centre national de la recherche scientifique, Centre de recherches archéologiques, Paris, 206 pp.
- WAGNER, C. G. 1999. *Historia del cercano Oriente*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 288 pp.
- WEISS, H. B. 1947. Entomological medicaments of the past, *Journal of the New York Entomological Society*, **55**: 155-168.
- WOLF, W. 1972. *The origins of western art, Egypt, Mesopotamia, the Aegean*, Weidenfeld and Nicolson, London, 207 pp.
- YOFFEE, N. 2005. *Myths of the archaic state: evolution of the earliest cities, states and civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge, 277 pp.

Enlaces recomendados

- General: <http://es.wikipedia.org/wiki/Mesopotamia>
<http://www.monografias.com/trabajos35/mesopotamia/mesopotamia.shtml>
- Arte Mesopotámico: <http://www.arteespana.com/artemesopotamico.htm>
- Arquitectura de Mesopotamia: http://es.wikipedia.org/wiki/Arquitectura_de_Mesopotamia
- Listas reales sumerias: http://es.wikipedia.org/wiki/Listas_reales_sumerias
- El Imperio acadio: http://es.wikipedia.org/wiki/Imperio_acadio
- Renacimiento sumerio: http://es.wikipedia.org/wiki/Renacimiento_sumerio
- Babilonia: http://es.wikipedia.org/wiki/Imperio_paleobabilónico
- Biblioteca de Asurbanipal: http://es.wikipedia.org/wiki/Biblioteca_de_Asurbanipal
- A & D: http://www.diomedes.com/hm_1.htm
- Religiones y mitos: http://www.kalipedia.com/religion-cultura/tema/religiones-mesopotamia.html?x=20070718klpprcryc_54.Kes
- Deidades por atributos: http://es.wikipedia.org/wiki/Categor%C3%ADa:Deidades_por_atributos
- Museo de Chicago: <http://mesopotamia.lib.uchicago.edu/>
- British Museum: <http://www.mesopotamia.co.uk/>
- Museo de Melbourne: <http://museumvictoria.com.au/mesopotamia-exhibition/>
- New York, Metropolitan Museum: <http://www.metmuseum.org/htmlfile/gallery/html>
- Kunsthistorisches Museum Vienna: <http://www.khm.at/homeE/homeE.html>
- University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology: <http://www.museum.upenn.edu/>
- University of Saskatchewan, Museum of Antiquities: <http://www.usask.ca/antiquities/index.html>
- Museo de Berlín: <http://www.smb.spk-berlin.de/smb/de/home/index.php>
- Museo del Louvre: <http://www.louvre.fr/>
- Minneapolis Institute of Arts: <http://www.artsimia.org/index.cfm>
- Ancient Near East: <http://www.ancientneareast.net/>
- 922 videos en youtube: <http://www.youtube.com/watch?v=evjKpygDE90>

► LÁMINA 1: Artrópodos en la cerámica y la glíptica mesopotámica.

1: Plato con figuras femeninas formando una esvástica y escorpiones, procedente de Samarra (V Milenio a.C.), barro cocido, de Parrot, 1963. 2: Cuenca de terracota pintada esquemáticamente con motivos humanos, animalísticos (pájaro y escorpión) y geométricos, procedente de Susa (Irán), (4.200 – 3.800 a.C.), (altura 10,60 cm, Ø 22,30 cm), Museo del Louvre (París). 3: Escritura proto-elamita (2.900 a.C.) con ideogramas similares a la figura de la mosca, de ancientscripts.com 4: Paso de la forma pictográfica al silabograma - cuneiforme de la idea escorpión. 5: Alfabeto fenicio antiguo y alfabeto griego antiguo. 6: Tablilla de arcilla con listado de diversos artículos y su valor comercial, entre otros la miel, de The Barakat Gallery, Londres. 7: Tablilla de arcilla en la que se menciona la trayectoria de Escorpio entre el 1º y 9º mes, Jamdar Nasr, (2.000 – 1.600 a.C.), terracota (17,8 x 110 cm), Oriental Institute (Chicago), fotografía del autor. 8: Dibujo de impresión de sello de Susa con animales mitológicos y escorpión con cabeza humana, de Frankfort, 1939. 9: Impresión de sello del Periodo Jemdet Nasr, con escorpiones, de Frankfort, 1939. 10: Dibujo de impresión de sello del Segundo Periodo Dinástico/ Periodo Presargónico, Ur (III milenio), con escorpiones, esteatita (3,4 cm), de Frankfort, 1939. 11: Dibujo de impresión de sello procedente de Mesilim, del Segundo Periodo Dinástico, con escena de lucha con leones asociada a escena acuática y escorpión, de Frankfort, 1939. 12: Impresión de sello del Tercer Periodo Dinástico con escorpión, leones y el dios Sol, de Frankfort, 1939. 13: Impresión de sello de la Dinastía Akad, con Rey Sol con arado y escorpión, procedente de la región de Diyala – Tell Asmar (III milenio), piedra (2,3 cm), de Frankfort, 1939. 14: Impresión de sello Babilónico con deidades y escorpión, de Frankfort, 1939. 15: Impresión de sello kasita con el Rey Burnaburiash y un héroe y una mosca (¿abeja?) entre ellos, (s. XIII - XII a.C.), caliza (7,3 cm), Museo de Berlín, de Frankfort, 1939 y detalle de Parrot, 1963. 16: Impresión de sello Babilónico con bailarines (?) y escorpión, de Frankfort, 1939. 17: Impresión de sello Neo-Asirio con *Hombres-escorpión*, de Black & Green, 1992. 18: Impresión de sello Asirio (s. IX a.C.) con deidades, símbolos (Nabu, Ishtar y Marduk) y Hombre-escorpión, de Frankfort, 1939. 19: Impresión de sello Kassita con toro, león y langosta sobre palmera, de Frankfort, 1939. 20: Impresión de sello babilónico con Marduk y un héroe y mosca (saltamontes? abeja?) entre ellos, de Frankfort, 1939. 21: Dibujo del dios Serpiente con escorpión en la mano, de un cilindro del Periodo Akadio, de Black & Green, 1992. 22: Impresión de sello del Periodo Jemdet Nasr con mujeres sentadas y araña que protege las cosechas del ataque de los insectos, probablemente relacionada con la protectora diosa Inanna, procedente de Uruk (3.000 a.C.), caliza (2,5 cm), de Parrot, 1963. 23: Dibujo de impresión de sello Babilónico con escorpiones asociados a escena de ofrenda (2º milenio a.C.), de Marinatos, 2000. 24: Dibujo de impresión de sello con escorpión, perros y ave asociado a figura femenina, procedente del norte de Siria (2º milenio a.C.), de Marinatos, 2000. 25: Cilindro e impresión con figuras de langostas (¿tábanos?) atacando a toros, Iraq Museum, Bagdad, de van Buren, 1939. 26: Sello babilónico con Gilgamesh y Enkidu dando muerte al toro infernal. 27: Impresión de sello Asirio (s. IX a.C.) con cazadores y Hombre-escorpión, de Frankfort, 1939. 28: Sello e impresión con dios barca llevando dos pasajeros y un escorpión a su lado, Dinastías arcaicas III (c. 2.500 a.C.), Sumer, caliza, Musée du Louvre (París). 29: Impresión de cilindro mesopotámico con figuras de langostas (¿tábanos?) atacando a toros, de van Buren, 1939. 30: Impresión de cilindro mesopotámico con escorpiones y personajes sobre barcas, de van Buren, 1937. 31: Impresión de cilindro acadio con escena mitológica y escorpión, procedente de Ur (segunda mitad del III milenio a.C.), concha (3,5 cm), de Parrot, 1963. 32: Impresión de cilindro mesopotámico con mosca (¿tábano?) sobre ibices, caliza, de van Buren, 1939. 33: Dibujo de impresión de sello mesopotámico (procedente de Mesilim) con escena de hombres toro y héroes desnudos asociada a escorpión entre discos solares, de Van Buren, 1939. 34: Zu, deidad mitad hombre, mitad ave (¿insecto?) del inframundo mesopotámico, sello akadio y dibujo del sello (c. 2.200 a.C.), Museo Británico (Londres). 35: Dibujo de impresión de sello mesopotámico (procedente de Capadocia) con escena de culto a una deidad acuática asociada a escorpión, de Van Buren, 1937. 36: Dibujo de impresión de sello mesopotámico (procedente de Arrapha, N. Siria) con figuras de ibices, grifos y escorpión, de Van Buren, 1937. 37: Imagen de la diosa Ishara junto a dos escorpiones, proviene de Ur (hacia 2400 a.C.), de Melic, 1997. 38: Sello asirio con figuras de deidades aladas y de Hombre-escorpión, Periodo Neo-Asirio (883–612 a.C.), (36,5 x 17 mm), Museum of Fine Arts (Boston). 39: Cilindro neosumerio con estelas de gansos y escorpiones, procedente de Tello (S. XXII – XXI a.C.), diorita (3,1 cm), de Parrot, 1963. 40: Figuras enigmáticas (¿miriápodos?) en cilindro-sello Mesopotámico, Periodo Jemdet Nasr (c. 3.000 a.C.), Colección privada. 41: Impresión de sello Neo-Assyrian con animales con cola de escorpión, British Museum (Londres). 42: Cilindro con diosa desnuda (¿Ishara?) y escorpión, Babilonia (principios del II Milenio a.C.), hematina (3 cm), de Parrot, 1963. 43: Sello en calcita con palacio y figuras de ibices y escorpiones, hallado en Dilyala, Uruk, Periodo Jemdet Nasr (3200-3000 a.C.), (altura 4,4 cm, Ø 3,9 cm), British Museum (Londres). 44: Sello Mesopotámico en piedra roja procedente de Breccia, con imagen de una abeja (¿psocóptero?) (c. 1.200 a.C.), Colección privada. 45: Sello de serpentina e impresiones con monstruos alados con cola de escorpión, Cultura Urrartiana, Anatolia (s. VIII a.C.), British Museum (Londres).

► PLATE 1: Arthropods in Mesopotamian pottery and glyptic.

1: Plate with female figures forming a swastika and scorpions, from Samarra (V millennium BC), clay, from Parrot, 1963. 2: Painted terracotta bowl with schematically human, animalistic (bird and scorpion) and geometric motives, from Susa (Iran), (4200 - 3800 BC), (10.60 cm height, Ø 22.30 cm), Museum the Louvre (Paris). 3: Writing proto-Elamite (2900 BC) with ideograms similar to the figure on the fly, from ancientscripts.com 4: Transformation from the pictographic idea of scorpion to syllabogram - cuneiform. 5: Ancient Phoenician Alphabet and ancient Greek alphabet. 6: Clay Tablet with a list of various articles and their commercial value, including honey, from The Barakat Gallery, London. 7: Clay Tablet with mention of Scorpio path between 1 and 9 months, Jamdar Nasr, (2000 - 1600 BC) terracotta (17.8 x 110 cm), Oriental Institute (Chicago), photograph of author. 8: Drawing of seal impression from Susa with mythological animals and scorpion with human head, from Frankfort, 1939. 9: Printing seal from Jemdet Nasr Period, with scorpions, from Frankfort, 1939. 10: Drawing of impression seal of the Second Dynastic Period / Period Presargonic, Ur (third millennium), with scorpions, steatite (3.4 cm), from Frankfort, 1939. 11: Drawing of printing seal from Mesilim, Second Dynastic Period, with lions fight scene with associated aquatic scene and scorpion, from Frankfort, 1939. 12: Printing seal of Third Dynastic Period with scorpion, lions and the Sun God, from Frankfort, 1939. 13: Printing seal from Akad Dynasty, with Sun King with plow and scorpion, from the Diyala region - Tell Asmar (III millennium), stone (2.3 cm), from Frankfort, 1939. 14: Printing seal with Babylonian deities and scorpion, from Frankfort, 1939. 15: Printing of Kassite seal with King Burnaburiash and a hero and a fly (bee?) between them (XIII Century - XII BC), limestone (7,3 cm), Museum of Berlin, from Frankfort, 1939 and detail from Parrot, 1963. 16: Printing of Babylonian seal with dancers (?) and scorpion, from Frankfort, 1939. 17: Printing of a Neo-Assyrian seal with Scorpion Men, from Black & Green, 1992. 18: Assyrian seal impression (ninth century BC) with deities, symbols (Nabu, Ishtar and Marduk) and Man-scorpion, from Frankfort, 1939. 19: Printing of Kassite seal with bull, lion and lobster on palm, from Frankfort, 1939. 20: Printing of a Babylonian seal with Marduk and a hero and fly (grasshoppers? bee?) between them, from Frankfort, 1939. 21: Drawing the Serpent god with scorpion in hand, of a cylinder of the Akkadian period, from Black & Green, 1992. 22: Printing Jemdet Nasr Period seal with women sitting and spider protecting crops from insect attack, probably linked to the patron goddess Inanna, from Uruk (3000 BC), limestone (2,5 cm), from Parrot, 1963. 23: Drawing Babylonian seal impression with scorpions associated with offering scene (2nd millennium BC), from Marinatos, 2000. 24: Drawing of seal impression with scorpion, dogs and bird associated with female figure, from northern Syria (2nd millennium BC), from Marinatos, 2000. 25: Cylinder and Printing with figures of locusts (horseflies?) attacking bulls, Iraq Museum, Baghdad, from Van Buren, 1939. 26: Babylonian Seal with Gilgamesh and Enkidu slaying the bull from hell. 27: Assyrian seal impression (IX century BC) with hunters and man-scorpion, from Frankfort, 1939. 28: Seal and printing with a god boat carrying two passengers and a scorpion on his side, Archaic Dynasties III (c. 2500 BC), Sumer, limestone, Musée du Louvre (Paris). 29: Printing Mesopotamian cylinder with figures of locusts (horseflies?) attacking bulls, from Van Buren, 1939. 30: Printing Mesopotamian cylinder with scorpions and people on boats, from Van Buren, 1937. 31: Printing Akkadian cylinder with mythological scene and scorpion, from Ur (second half of the third millennium BC), shell (3.5 cm), from Parrot, 1963. 32: Printing Mesopotamian cylinder with fly (horsefly?) on ibex, limestone,



from Van Buren, 1939. **33:** Drawing of a Mesopotamian seal impression (from Mesilim) with scenes of naked bull men and heroes with scorpion between disks associated with solar, from Van Buren, 1939. **34:** Zu, deity, half man, half bird (insect?) from the Mesopotamian underworld, seal Akkadian and drawing (c.2200 BC), British Museum (London). **35:** Drawing of a Mesopotamian seal impression (from Cappadocia) with scenes of worship to an aquatic deity associated with scorpion, from Van Buren, 1937. **36:** Drawing of a Mesopotamian seal impression (from Arrapha, N. Siria) with ibex, griffes and scorpion, from Van Buren, 1937. **37:** Image of the goddess Ishara with two scorpions, from Ur (circa 2400 BC), from Melic, 1997. **38:** Assyrian Seal with winged figures of deities and Man-scorpion, Neo-Assyrian Period (883-612 BC), (36.5 x 17 mm), Museum of Fine Arts (Boston). **39:** Neosumerian Cylinder with geese and scorpions stelae, from Tello (Century XXII - XXI BC), diorite (3.1 cm), from Parrot, 1963. **40:** Enigmatic Figures (millipedes?) in Mesopotamian cylinder-seal, Jemdet Nasr Period (c. 3000 BC), Private Collection. **41:** Printing of a Neo-Assyrian seal with Scorpion tailed animals, British Museum (London). **42:** Cylinder with naked goddess (Ishara?) and Scorpion, Babylon (early second millennium BC), hematine (3 cm), from Parrot, 1963. **43:** Calcite seal with palace and figures of ibex and scorpions, found in Dilyala, Uruk, Jemdet Nasr Period (3200-3000 BC), (height 4.4 cm, diameter 3.9 cm), British Museum (London). **44:** Mesopotamian seal in red stone from Breccia, with picture of a bee (booklice?) (c. 1200 BC), Private Collection. **45:** Serpentine seal and prints with winged monsters with scorpion tail, Urrartian Culture, Anatolia (eighth century BC), British Museum (London).

► **LÁMINA 2: Artrópodos en la pintura, escultura y estatuaria mesopotámica.**

46: Símbolos y deidades con inscripción de sus nombres (aquí traducidos) en un kudurru babilónico (s. XIII a.C.) hallado en Susa (S. O. Irán), allí llevado seguramente como trofeo de guerra, de Black & Green, 1992. **47:** Kudurru de Eanna Sum Idina sobre la concesión de tierras a Gula-eresh, con figuras de escorpión y texto advirtiéndolo a los que osaran traspasar las fronteras (14,25 x 9 pulgadas), Sealand, Periodo Kassita (1.202-1.188 a.C.). **48:** Bajorrelieve del obelisco de Shaimaneser III (858 – 824 a.C.), donde se narran los tributos enviados a Siria, Oriental Institute (Chicago), fotografía del autor. **49:** Kudurru kasita de Melishihu, Época de Nabucodonosor I (1.124-1.103 a.C.) con Hombres Escorpión con arcos y flechas y escorpión (probablemente representando al pueblo Qutu), hallado en Abu-Habba, cerca de Susa, mármol negro (0,65 m x 0,30 m.), British Museum (Londres). **50:** Kudurru de Nabucodonosor I, Periodo Casita, (1.124-1.103 a.C.) con animales mitológicos, escorpión y Hombre escorpión, procedente de Abu-Habba (Siglo XII a.C.), caliza (65 cm), British Museum (Londres), de Parrot, 1963. **51:** Pedestal de vaso con figura de escorpión, caliza gris, de van Buren, 1939. **52:** Estela funeraria con bajorrelieve de centauro bicéfalo alado, asociado a un escorpión (51 cm), Periodo Kasita, Reino de Meli – Shipak (1.188 – 1.174 a.C.), de Rawson, 1997. **53:** Estela funeraria, o quizás fronteriza, con bajorrelieve con disco solar y animal alado, asociado a un escorpión, (51, 5 cm), Babilonia, 2ª Dinastía de Isin, Reino de Marduk – nadin – ahhe (1.098 – 1.081 a.C.), de Rawson, 1997. **54:** Kudurru de Nebuchadnezzar I con motivos astrales, University of Pennsylvania Museum. **55:** Relieve en caliza (altura 52 cm) hallado en Susa (c. 2.200 a.C.) con deidad en el acto purificador de sostener la estaca donde se construirá el templo y sobre él una inscripción en lineal elamita y símbolos hexagonales, probablemente relacionados con la miel, de Roaf, 2000. **56:** Detalle de 50. **57:** Dibujo de Marduk con Nabu, la serpiente dragón o mušhuššu, con cuerpo escamado, cabeza de serpiente, cuernos de víbora, manos de felino, pies con garras de ave y cola de escorpión. **58:** Dibujo de placa proveniente del Templo de Asur en Kār-Tukulti-Ninurta (Qal'at Sharqat, Iraq) representando un noble asirio, probablemente un rey y un saltamontes, solicitando petición al dios Ashur, de Smith, Mittler & Smith, 1973. **59:** Dibujo de panel del Palacio de Sennacherib en Nínive (c. 700 a.C.) con escena de dos sirvientes portando ristras de granadas y langostas (probablemente para ofrecerlo al Rey Asirio) y que sugieren su uso como alimento, de Blasco Zumeta, 1997. **60-61:** Gran lira del rey y dibujo del hombre escorpión del panel, Ur, Iraq (c. 2.650–2.550 a.C.), oro, plata, lapislázuli, concha y madera (cabeza: 35,6 cm, placa: 33 cm), University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology (Filadelfia). **62:** Collar con abalorios de moscas de oro y lapislázuli procedente de la tumba de la Reina Puabi en Ur (2.600 – 2.500 a.C.), de Greenberg & Kunich, 2002. **63:** Relieve Neo-Asirio con Ashurnasirpal II asistido por un eunuco (883-859 a.C.), Nimrud (antigua Kalhu, Iraq), Metropolitan (Nueva York). **64:** Bajorrelieve con escena de la Batalla de Til Tuba (Río Ulai) en Elam, Palacio de Nineveh, Reinado de Assurbanipal (668-627 a.C.), con crustáceos y peces. British Museum (Londres). **65:** Nave fenicia en bajorrelieve de Senna Cherib (Nínive) con elementos acuáticos (s. VII a. C.), British Museum (Londres), de Moscati, 1988. **66:** Bajorrelieve en alabastro del Palacio de Sargón II (c. 700 a.C.), con barcos fenicios transportando troncos y motivos acuáticos, cangrejo y escorpión, Museo del Louvre (París). **67:** Vaso sumerio con escena de animales y leones cazando con figura de escorpión, procedente de Diyala-Jafaye (primera mitad del III Milenio), esteatita (alt.: 10 cm), de Parrot, 1963. **68:** Demonio sumerio conocido como Pazuzu, que habitaba en los desiertos y poseía cola de escorpión. **69:** Altorrelieve con busto de Atargatis y signos del Zodiaco, Jordania, Reino Nabateo (s. I), caliza (29,5 x 35,6 x 13,3 cm), Cincinnati Art Museum (Cincinnati). **70:** Ereshkigal, diosa del inframundo, esposa de Nergal, hija de Shamash e Ishtar, asociada a un escorpión, de Black & Green, 1992. **71:** Relieve romano con escena de Mitra matando el toro y cuyos genitales muerde un escorpión (2ª mitad S. II), mármol (61 cm), Kunsthistorisches Museum (Viena). **72:** Bajorrelieve romano con del dios Mitra degollando al toro, procedente de Sidón, Líbano (s. II-IV), Museo del Louvre (París).

► **PLATE 2: Arthropods in Mesopotamian painting, sculpture and statuary.**

46: Symbols and deities with inscription of their names (here translated) in a Babylonian kudurru (thirteenth century BC) found in Susa (S O Iran), probably brought there as a war trophy, from Black & Green, 1992. **47:** Eanna Sum Idina Kudurru on the granting of land to Gula-eresh, with pictures of scorpion and text warning to those who dared to cross the borders (14.25 x 9 inches), Sealand, Kassite Period (1202-1188 BC). **48:** Bas relief in the Shaimaneser III (858 to 824 BC) obelisk, which narrate the tributes sent to Syria, Oriental Institute (Chicago), author's photograph. **49:** Kassite Kudurru of Melishihu, Time of Nebuchadnezzar I (1124-1103 BC) with scorpion men with bows and arrows and scorpion (probably representing the Qutu people), found at Abu-Habba, near Susa, black marble (0.65 m x 0.30 m.), British Museum (London). **50:** Kudurru of Nebuchadnezzar I, Kasite Period (1124-1103 BC) with mythological animals, Scorpion and Scorpion Man, from Abu-Habba (twelfth century BCE), limestone (65 cm), British Museum (Londres), from Parrot, 1963. **51:** Pedestal glass figure of a scorpion, gray limestone, from van Buren, 1939. **52:** Funerary stele with bas-relief of two-headed winged centaur, associated with a scorpion (51 cm), Kasita Period, Kingdom of Meli - Shipak (1188 to 1174 BC), from Rawson, 1997. **53:** Funerary stele, or perhaps border, with bas-relief with solar disk and winged animal, associated with a scorpion, (51, 5 cm), Babylon, 2nd dynasty of Isin, Kingdom of Marduk - nadin - ahhe (1098 to 1081 BC), from Rawson, 1997. **54:** Kudurru of Nebuchadnezzar I with astral motives, University of Pennsylvania Museum. **55:** Relief on limestone (height 52 cm) found in Susa (c. 2200 BC) with purifying deity in the act of holding the stake where the temple will be built on it an inscription in Linear Elamite and hex symbols, probably related to honey, from Roaf, 2000. **56:** Particular of 50. **57:** Drawing of Marduk with Nabu, the dragon or snake mušhuššu, with scaly body, serpent's head, viper's horns, feline hands, bird clawed feet and tail of a scorpion. **58:** Drawing of plate from the Temple of Asur in Kar - Tukulti-Ninurta (Qal'at Sharqat, Iraq) depicting an Assyrian noble, probably a king and a grasshopper, asking petition to the god Ashur, from Smith, Mittler & Smith, 1973. **59:** Drawing panel of Sennacherib's Palace at Nineveh (c. 700 BC) with two servants scene wearing strings of granates and grasshoppers (probably to offer it to the Assyrian King) and suggesting their use as food, from Blasco Zumeta, 1997. **60-61:** Royal Great Lyre and drawing of the Scorpion Man in panel, Ur, Iraq (c. 2650-2550 BC), gold, silver, lapis lazuli, shell and wood (head: 35.6 cm, plate: 33 cm), University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology (Philadelphia). **62:** Necklace with beads of gold and lapis lazuli flies from the tomb of Queen Puabi in Ur (2600 to 2500 BC), from Greenberg & Kunich, 2002. **63:** Neo-Assyrian Relief of Ashurnasirpal II with the assistance of a eunuch (883-859 BC), Nimrud (ancient Kalhu, Iraq), Metropolitan (New York). **64:** Bas-relief with the Battle of Til Tuba (Ulai River) scenes in Elam, Nineveh Palace, Reign of Assurbanipal (668-627 BC), with crustaceans and fish. **65:** Phoenician ship in relief of Senna Cherib (Nineveh) with water features (VII a. C.), British Museum (London), from Moscati, 1988. **66:** Alabaster bas-relief in the Palace of Sargon II (c. 700 BC), with Phoenician ships transporting logs and aquatic motifs, crab and scorpion, Louvre (Paris). **67:** Sumerian vase with scene of animals and hunting lions with figure of a scorpion, from Diyala, Jafaye (first half of the Third Millennium), steatite (height: 10 cm), from Parrot, 1963. **68:** Sumerian demon called Pazuzu, who lived in the desert and had scorpion tail. **69:** High relief bust of Atargatis and signs of the Zodiac, Jordan, Nabataean Kingdom (Century I), limestone (29.5 x 35.6 x 13.3 cm), Cincinnati Art Museum (Cincinnati). **70:** Ereshkigal, goddess of the underworld, wife of Nergal, and Shamash and Ishtar daughter, associated with a scorpion, from Black & Green, 1992. **71:** Roman relief scene of Mithras killing the bull, whose genitals are bitten by a scorpion (2nd half century II), marble (61 cm), Kunsthistorisches Museum (Vienna). **72:** Roman bas-relief of the god Mithras slaying the bull, from Sidon, Lebanon (II-IV), Louvre (Paris).

